

Sumario

Editorial

La Iglesia y la realidad nacional. Ministerio de Comunión y Servicio

Reportaje a Mons. Casaretto

Reportaje a Mons. Maccarone

La pastoral de comunión en la Novo Milennio Ineunte

Mons. Cristián Precht Bañados

Corresponsabilidad sacerdotal. Un camino de comunión presbiteral

Pbro. Alberto Zanchetta

El sacerdote, hombre eucarístico. Liturgia y Vida

R. P. Jesús Castellano Cervera, ocd.

El sacerdote del tercer milenio

Pbro. Fernando Rodríguez Trives

Fraternidad en el ministerio diocesano. Subsidio para un encuentro de reflexión

Pbro. Emilio Cardarelli

Vivir desde el sacerdocio la gracia de la Semana Santa. -Vida espiritual desde el ministerio-

Pbro. José María Recondo

Semblanza del magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II

P. Gerardo Daniel Ramos SCJ

Recensión

Noticias

Editorial

Ante la realidad nacional: **Comunión y servicio.**

Si bien Pastores nunca fue una revista que, de modo periodístico, presenta o analiza la vida diaria, siempre intentó acompañar el ministerio de los sacerdotes desde la vida de la Iglesia en su devenir histórico concreto.

Así hemos reflejado los acontecimientos que se fueron sucediendo, como los distintos encuentros sacerdotales y sus conclusiones, los documentos del Papa y su relación con el ministerio sacerdotal, los grandes sucesos como el Jubileo del año 2000, y la vida de la Iglesia en Argentina.

No hay duda que nuestro ministerio sacerdotal se da en una situación eclesial y social concreta que incide en el ejercicio diario de nuestra vida. Y esto sí, desde Pastores, queremos tenerlo en cuenta.

Por eso el número anterior fue dedicado al tema de la Esperanza, y cómo nuestra vida sacerdotal está llamada a “animar” al decaído, al triste, al angustiado, al necesitado, al pobre, al “acorralado”, al enfermo sin remedios, etc. La situación de nuestro país nos llama a responder adecuadamente los reclamos espirituales y materiales de nuestra gente.

En este número queremos seguir ubicando nuestro ministerio en la realidad de nuestro país. Y lo vamos a hacer a partir de los textos de nuestros Obispos y del Papa, presentados cronológicamente, para ver la evolución en el análisis de la situación, los “pecados” y miserias argentinas, y los valores y esperanzas a fortalecer.

Surgen dos actitudes a vivir: **Comunión y servicio.** La Iglesia quiere ser (desde el Papa y los Obispos) promotora de la *Comunión* entre todos los argentinos y *servidora* al pueblo que sufre.

Nuestro ministerio cotidiano, mas aún al terminar la cuaresma, tiene que mostrar también signos de *comunión y servicio*. El servicio a la comunión y reconciliación en esta situación política y social no es fácil. Lo saben los sacerdotes que en distintos lugares del país, en capillas y centros evangelizadores distribuyen los planes sociales del gobierno o de la provincia respectiva. Lo saben tantos otros que desde Caritas crean estructuras solidarias con el temor que lo que hay no alcanza, pero con la alegría de la “milagrosa multiplicación” de la caridad cuando al final se responde adecuadamente a los reclamos y necesidades. Lo saben también quienes han participado en intendencias o barrios, en diálogos con autoridades oficiales o representantes de organizaciones intermedias, en asambleas barriales o en intercambios con políticos. También lo saben quienes buscando formas creativas de solidaridad han ofrecido espacios parroquiales para la organización de clubes de trueque u otras formas e intercambio entre vecinos.

No es fácil vivir el ministerio en la línea de la *comunión y el servicio*. Si hasta los mismos Obispos advierten la dificultad de esta tarea y su desilusión, al decir en el último documento: “*Tenemos un país frenado por falta de acuerdo y de grandeza de sus actores políticos, sociales y económicos, e incapaz de dar respuesta apropiada a la gravedad de esta crisis terminal. Los intereses sectoriales y corporativos siguen queriendo imponer su fuerza en desmedro del interés general...*” (Reconstruir la Patria n° 3, Comisión Permanente de la CEA, 21.03.02).

Dificultad y desilusión manifestada también al reconocer que no fue fácil el discernimiento para decidir responder al llamado del gobierno: “*Desde mediados del año pasado, voces de las principales corrientes políticas y de muchos sectores de la sociedad nos han alentado a los Obispos a animar un diálogo nacional, que nos ayudase a los argentinos a salir del estado de crisis. No sin cierta aprehensión, nos decidimos a acompañar la Mesa del Diálogo Argentino convocada por el Presidente de la Nación y contando con los auspicios de las Naciones Unidas. Valoramos el esfuerzo que la Mesa viene realizando, pero debemos recordar lo que dijimos a su inicio: El Diálogo argentino para que tenga eficacia y también credibilidad ha de despertar en la dirigencia política,*

financiera, sindical y empresarial, la necesidad de gestos y signos que muestren un sincero deseo de cambios reales y profundos". Ministerio de *comunión y servicio* que tiene sus riesgos, pero que se asumen por el bien de todos y por la paz social.

Decíamos que en este número dedicado a "El ministerio de la *comunión* y el *servicio*" presentamos primero, según su aparición en orden cronológico, los mensajes que han tenido que ver con la situación política y social de nuestro país. Cabe destacar la importancia que le da el Papa al ministerio sacerdotal en medio de la crisis, al unir su mensaje con un llamado para trabajar más en la pastoral vocacional. Para él, el ministerio sacerdotal y la crisis de un país, están estrechamente unidos: son necesarios más sacerdotes para ponerse al servicio del pueblo e iluminar y denunciar a sus clases dirigentes. Completamos con un reportaje a Mons. Casaretto, miembro del equipo del Diálogo Argentino, que nos invita a vivir toda tarea de diálogo como *servicio sacerdotal*.

Para profundizar en el tema *comunión*, presentamos un artículo de Mons. Cristián Precht Bañados, Vicario episcopal Zona Sur del Arzobispado de Santiago de Chile, que lo hace desde la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, tomando la perspectiva de una espiritualidad de la *comunión*.

La *comunión* tiene diversas formas de concretarse en la Iglesia. Entre ellas el P. Alberto Zanchetta (Ordinariato Castrense) destaca la función consultiva ya que, si la Iglesia es una comunión, debe haber en todos sus niveles participación y corresponsabilidad.

La *comunión* tiene su fuente en la Eucaristía y al mismo tiempo es impulso para obrar la caridad, el *servicio*. Por tal motivo publicamos un artículo del R.P. Jesús Castellano Cervera, ocd, Rector del Teresianum, Roma, que busca reflexionar a partir del sacerdote y su *comunión* con Cristo en la espiritualidad eucarística.

Mons Fernando Rodríguez Trives, rector del Seminario de Orihuela-Alicante, nos presenta una reflexión sobre el sacerdote del Tercer Milenio, acentuando la necesidad de ser testigo en el *servicio*. Este *servicio* se hace en la vida del sacerdote: misión, misericordia, evangelización.

La fraternidad sacerdotal es un signo y un *servicio de comunión presbiteral*. Así lo destaca el Pbro. Emilio Cardarelli en unas reflexiones que escribió para Pastores. El Padre José María Recondo, de la diócesis de Morón, a modo de testimonio, presenta el ministerio del sacerdocio vivido en Semana Santa como *servicio* al pueblo de Dios y como fuente de la propia espiritualidad.

Finalmente publicamos un estudio sobre el magisterio teológico de Juan Pablo II. El P. Gerardo Ramos, SCJ, hace una semblanza del pensamiento del Papa a partir del núcleo eclesiológico de su magisterio que se desarrolla en la línea de la teología conciliar de la *Iglesia-comunión*.

Comunión y servicio. Esperamos que Jesús resucitado nos de la fuerza del Espíritu de Pentecostés para crecer en *comunión* y en el *servicio* al pueblo de Dios.

Informe

La Iglesia y la realidad nacional Ministerio de Comunión y Servicio

Presentamos, de modo cronológico, los documentos emitidos por nuestros obispos y el discurso del Papa, que iluminan y orientan una reflexión sobre la realidad argentina. Nuestro ministerio sacerdotal se desarrolla en esta situación concreta que condiciona el modo de ejercer el ministerio.

Buenos Aires, 7 y 8 de enero de 2002.

Reunión extraordinaria de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina

RECONSTRUIR LA PATRIA

1. El pueblo cristiano está inmerso en este tiempo en las alegrías de la Navidad. El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo es garantía de que la vida humana en sociedad, basada en el respeto a la Ley de Dios, es posible. Por ello, la incertidumbre provocada por los acontecimientos políticos, económicos y sociales que se han sucedido vertiginosamente en estos días, no nos desespera. Y deja paso a la confianza de que vale la pena trabajar por salvar a la Argentina y construir en ella una Patria de hermanos. Una vez más, nos acercamos a todos los argentinos para fortalecernos mutuamente en este propósito y llevarlo a término.

2. Que la Patria está gravemente enferma por una larga afección moral, reflejada en los diversos órdenes - económico, político, cultural -, es innegable. Pero es cierto también que el momento de gran humillación de un pueblo, puede convertirse en el comienzo de su resurgimiento. Para ello basta que reconozcamos la situación con honestidad, aunemos las fuerzas y no perdamos el tiempo en echarnos las culpas por lo acaecido, sin obviar por esto el papel de la justicia. Y, especialmente, que todos los ciudadanos y los diversos sectores sociales nos pongamos a trabajar con empeño por la reconstrucción espiritual y material de la Patria, aportando la cuota de sacrificio que nos corresponde. Los dirigentes que no se sintiesen capaces de hacer los renunciamentos y esfuerzos necesarios para levantar al País deberían dar un paso al costado.

3. Los argentinos nos equivocáramos si considerásemos este momento crítico como uno más, y no pudiésemos los remedios morales e institucionales necesarios. Sería lamentable, pues perderíamos una ocasión providencial para crecer como Nación. La crisis terminal que vivimos indica una claudicación grave en la moral social; es decir, en la responsabilidad de la conducta con respecto a la sociedad y a sus diversos componentes.

Sobre esto han de examinarse con sinceridad no sólo las personas sino también las instituciones, privadas y públicas. Sugerimos que todas abran un espacio de deliberación, dispuestas a reconocer graves errores y a adoptar cambios profundos de mentalidad y de comportamientos. Ningún sector e institución puede decir que no es responsable de la situación que sufre la Patria. Este examen han de hacerlo muy especialmente los partidos políticos y los sindicatos, pero también las cámaras empresariales y las entidades financieras. Y, a no dudar, lo han de hacer los tres poderes del Estado y las entidades que dependen de él.

4. La superación de la crisis que sufre el País exige el cultivo de los valores morales. En especial: la austeridad, el sentido de la equidad y de la justicia, la cultura del trabajo, el respeto de la ley y de la palabra dada. Y, en orden a ello, es preciso: elevar la calidad de la educación basándola en los ineludibles valores puestos por Dios en el corazón del hombre; transformar la orientación de fondo de los medios de comunicación pues muchos de sus programas degradan al pueblo; modernizar el aparato productivo de modo que multiplique las fuentes de trabajo real; promover la reforma del

Estado y de la política; afianzar la justicia, erradicando todo tipo de corrupción, privilegios y prebendas, y evitando el despilfarro de los fondos y bienes públicos.

5. También los pastores hemos de examinarnos. En un país que se profesa mayoritariamente cristiano no es fácil explicar la presente crisis sin una grave falla en la coherencia entre la fe y la vida, y en la catequesis y predicación de la moral social.

6. Este examen es premisa indispensable para que se entable un diálogo fecundo entre todos los ciudadanos y sectores de la sociedad argentina, que nos lleve a acuerdos fundamentales, conforme a los cuales conducirnos en el futuro.

Para cultivar este diálogo es preciso buscar sinceramente el bien común, formular con honestidad la propia proposición y escuchar atentamente la del prójimo.

Repetimos el ofrecimiento que ya hemos formulado: en circunstancias excepcionales como ésta, la Iglesia, dentro de su propia misión, respetando plenamente las instituciones de la República, y buscando sólo la paz y el progreso integral del pueblo argentino, está dispuesta a alentar iniciativas de diálogo entre los diversos sectores sociales y políticos.

7. La vida en sociedad se basa en un diálogo permanente, y excluye toda forma de violencia física o moral. Por ello deploramos los hechos violentos acaecidos en los días pasados, en especial las muertes y los saqueos. Recordamos que la violencia no es humana ni cristiana, ni es camino para la solución de nuestros problemas.

Jesús el Señor, que se hizo hombre y hermano nuestro en María Virgen, y amó entrañablemente a su gente y a su tierra, nos auxilie con su fuerza y sabiduría en la reconstrucción de nuestra Patria.

Buenos Aires, 28 de enero de 2002

Mons. Juan Carlos MacCarone, Mons. Jorge Casaretto, y Mons. Ramón A. Staffolani.

COMUNICADO

Hace quince días comenzó el Diálogo Argentino. Queremos reiterar que, como ministros de la reconciliación, de la unidad y la comunión, los Obispos nos comprometimos a intensificar nuestro trabajo en la construcción de un ámbito que sirva para rehacer los vínculos sociales de los argentinos.

Dialogar no es claudicar, ni entrar en connivencia con algún sector.

El diálogo es un gesto audaz y profético que nos dispone a todos a ser esclavos de la verdad.

Lo aprendimos de Jesús que dialogaba con todos, aún con aquellos que eran sus enemigos.

Por ello, nuestra presencia no es ejercicio de poder político, ni intento de ocupar un lugar que no nos corresponde.

Queremos ayudar a crear un espacio para que la sociedad se encuentre sin enfrentarse.

Estamos en este diálogo para reclamar la fundación de un tiempo nuevo y no para el intercambio sectorial de beneficios económicos o de réditos políticos.

Estamos para ayudar a la búsqueda sincera de la verdad y del bien de todos, con permanente preocupación por los más pobres.

En estos primeros días de trabajo se ha comprobado que:

1. La crisis es muy profunda. Nuestra sociedad está seriamente fragmentada. Es una crisis de confianza y de credibilidad. El pueblo no se siente representado por sus dirigentes y a la vez los sectores desconfían unos de otros y buscan en las culpas ajenas la responsabilidad total de lo que ocurre.

2. En su gran mayoría las personas y los grupos que han acudido, valoraron el espacio de Diálogo Argentino como camino para encontrar acuerdos básicos que se transformen en políticas de Estado. Muchos han usado términos similares a 'refundación' o 'reconstrucción' de la Argentina.

3. Algunos han expresado su temor de que este diálogo pueda llegar a ser una nueva frustración, un modo de ganar tiempo para permitir que se tranquilice el profundo malestar del pueblo y todo siga igual que antes.

4. Un gran interrogante estuvo presente en casi todas las conversaciones: ¿cómo es posible generar grandes cambios con los mismos actores que han llevado al país a la situación actual?

Quizás la respuesta a esta sincera y lógica pregunta sea una de las claves más difíciles de resolver. Porque también hemos comprobado que si bien son muchas las propuestas que se van recibiendo, son pocos los ofrecimientos de renunciaciones personales o sectoriales que permitan pensar en una verdadera voluntad de cambio.

El diálogo Argentino, para que tenga eficacia y también credibilidad, ha de despertar en la dirigencia política, financiera, sindical y empresarial, la necesidad de gestos y signos que muestren un sincero deseo de cambios reales y profundos. Esos cambios requeridos son muy difíciles, pero no imposibles.

Por eso pedimos al gobierno y a todos los estamentos de la sociedad signos y gestos concretos para que el Diálogo Argentino pueda cumplir su propósito de lograr acuerdos que sirvan para recrear el país en un marco de paz y unidad.

Roma, 12 de febrero de 2002

Juan Pablo II

Discurso al primer grupo de obispos argentinos en su quinquenal visita al Papa

LA CRISIS ARGENTINA EXIGE UN SERIO EXAMEN DE CONCIENCIA

Queridos hermanos en el episcopado:

1. Os recibo complacido, amados obispos de la República Argentina que realizáis esta visita «ad Limina» con la cual fortalecéis los lazos de amor y comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia de Roma, «en unión con la cual siempre por los fieles de todo el mundo se ha conservado la apostólica Tradición» (san Ireneo, «Adv. Haeres.», III, 3). Os doy la bienvenida con las palabras del apóstol Pablo, deseando que os acompañen siempre «la gracia, la misericordia y la paz que proceden de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro Señor» (1Tm 1,2). Quiero que mi saludo llegue a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de vuestras diócesis, a los que idealmente abrazo y a los que renuevo mi afecto en el Señor.

Agradezco de corazón las amables palabras que en nombre de todos me ha dirigido Mons. Eduardo Vicente Mirás, arzobispo de Rosario, reafirmando vuestros sentimientos de adhesión al Papa y presentándome el camino que recorréis para el anuncio gozoso del Evangelio de Jesucristo, aún en medio de las dificultades. Correspondo expresándoos mi gratitud por el trabajo incansable que lleváis a cabo en todos los ámbitos y alentándoos a no sucumbir ante los desafíos de la hora presente, confiando y enseñando a confiar en la Providencia amorosa de Dios.

2. Siendo Sucesores de los Apóstoles, estáis al frente de vuestras Iglesias particulares como Pastores para actuar «in persona Christi Capitis» y haciendo las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Sacerdote (cf. «Lumen gentium», 21). Consagráis vuestra existencia y actividad al servicio apostólico de transmitir la fe y fomentar la vida de caridad en el Pueblo de Dios. Como ministros del Evangelio, haciendo presente de manera visible y eminente al Señor, estáis llamados a ser testigos y servidores de la esperanza evangélica en el ejercicio del triple «munus» de santificar, enseñar y gobernar (cf. Ibíd. 21). Os invito, pues, a seguir prestando a vuestros fieles y a todo el pueblo el hermoso servicio de mantener la esperanza auténtica que es Jesucristo resucitado, en un momento tan apremiante, sea a

escala mundial como en la situación particular de la querida Nación argentina.

3. Vuestro país atraviesa en estos momentos una profunda crisis social y económica que afecta a toda la sociedad y, además, pone en peligro la estabilidad democrática y la solidez de las instituciones públicas, con consecuencias que van más allá de las propias fronteras patrias. En muchos hogares falta hasta lo más básico e indispensable, poniendo a tantas personas ante un futuro lleno de riesgos e incertidumbres. La preocupación del momento presente debe llevar a un serio examen de conciencia sobre las responsabilidades de cada uno y las trágicas consecuencias del egoísmo insolidario, de las conductas corruptas que muchos denuncian, de la imprevisión y mala administración de los bienes de la Nación. Sobre todo ello habéis ofrecido a los fieles y a las personas de buena voluntad documentos de alerta y realismo, desde una marcada óptica evangélica. Ya en vuestra última visita «ad Limina», en el año 1995, me refería a ello señalando como «la corrupción y su impunidad corren el riesgo de generalizarse, con las lamentables secuelas de indiferencia social y escepticismo» («Discurso», 11.XI.1995, 4). En la raíz de esa penosa situación hay una profunda crisis moral y por ello, como habéis señalado, el primer paso ha de ser «el cultivo de los valores morales. En especial: la austeridad, el sentido de la equidad y de la justicia, la cultura del trabajo, el respeto de la ley y de la palabra dada» («Mensaje de la Comisión Permanente de la CEA», 8.I.2002).

En este momento se requieren ciertamente oportunas medidas técnicas que levanten la economía y favorezcan que a cada argentino no le falten los bienes necesarios para desarrollarse como persona y como ciudadano. No le corresponde a la Iglesia en cuanto institución señalar cuáles son las más adecuadas, pues eso es tarea de los gobernantes y de los especialistas en las diversas ciencias sociales. Sin embargo, aun cuando la misión de la Iglesia es de orden puramente religioso, ello no impide que ofrezca su colaboración para favorecer un diálogo nacional entre todos los responsables a fin de que cada uno pueda cooperar activamente para la superación de la crisis. El diálogo excluye la violencia en sus diversas expresiones, como son muertes y saqueos, y ayuda a construir un futuro más humano con la colaboración de todos, evitando de ese modo un radical empobrecimiento de la sociedad. Es oportuno recordar que la situación social no mejora tan sólo aplicando medidas técnicas, sino también, y sobre todo, promoviendo reformas con una base humana y moral, que tengan presente una consideración ética de la persona, de la familia y de la sociedad.

Por ello, sólo una nueva propuesta de los valores morales fundamentales, como son la honestidad, la austeridad, la responsabilidad por el bien común, la solidaridad, el espíritu de sacrificio y la cultura del trabajo, en una tierra como la vuestra que la Providencia ha creado fértil y fecunda, puede asegurar un mejor desarrollo integral para todos los miembros de la comunidad nacional.

4. La situación que se vive en Argentina puede ser también causa de división y fomentar odios y rencores entre quienes están llamados a ser los constructores cotidianos del país. Por ello, os invito a seguir acompañando a vuestro pueblo como ministros de la reconciliación, para que la grey que os ha sido encomendada, superando las dificultades del presente, avance por los caminos de la concordia y el amor sincero entre todos, sin excepción. Sabéis bien que el futuro del país se debe basar en la paz, que es fruto de la justicia (cf. St 3,18). ¡Seguid esa senda, ayudad a construir una sociedad que favorezca la concordia, la armonía y el respeto por la persona y cada uno de sus derechos fundamentales! Con vuestra palabra valiente y oportuna, y teniendo siempre presentes las exigencias del bien común, debéis animar a todos, empezando por los responsables de la vida política, parlamentaria, administrativa y judicial de la Nación, a promover condiciones más justas de vida, de trabajo y de vivienda.

Si bien es cierto que la magnitud del fenómeno tiene también componentes externos y es necesario buscar apoyos fuera de las propias fronteras, se ha de tener presente que los argentinos mismos, con las ricas cualidades que les distinguen, han de ser los protagonistas y artífices principales de la reconstrucción del país, comprometiéndose, con su esfuerzo y su tesón a superar esa situación tan

difícil.

5. Mientras se espera que las soluciones adoptadas den resultados positivos, es menester fomentar la acción caritativa y asistencial, tarea que la Iglesia siempre ha llevado a cabo, para hacer más llevaderas las condiciones de los menos favorecidos. Os preocupa, queridos Hermanos, la situación de aquellas personas que sufren y carecen de lo necesario. Pienso particularmente en los jubilados, en los desempleados, en los que lo han perdido todo en las revueltas. A este respecto, son consoladoras las diversas iniciativas tomadas en cada diócesis para responder adecuadamente a las necesidades de los pobres. Son de alabar las actividades de Cáritas, las de numerosas parroquias y congregaciones religiosas, así como la iniciativa ya consolidada de la Colecta «Más por menos» y otras similares. Con ellas se invita a los cristianos a privarse de algo necesario, y no sólo de lo superfluo, fomentando la actitud de compartir con los hermanos.

Esta preocupación «forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia» («Sollicitudo rei socialis», 41), en la que debe ocupar un lugar predominante la promoción humana. Por tanto, los pastores deben orientar a sus fieles en este campo y todos ellos están llamados a colaborar activamente en este servicio de la caridad, impulsando y favoreciendo en esta hora crucial de la historia argentina convenientes iniciativas encaminadas a superar situaciones de pobreza y marginación, que afectan a tantos hermanos necesitados. La coordinación con las diversas instituciones, estatales y no gubernamentales propiciará una ayuda más eficaz al prójimo, ayudándole a que no se deje llevar por los espejismos del lucro o del consumismo, sino que se apoye en las mejores tradiciones de sobriedad, solidaridad y generosidad que anidan en el corazón de vuestro pueblo.

6. El examen de las Relaciones quinquenales y el coloquio personal con cada uno de vosotros ponen de relieve la vitalidad de la Iglesia en Argentina, con sus logros y avances, sus proyectos y esfuerzos, así como los límites humanos con los que inevitablemente hay que contar, en el marco del empeño constante de fidelidad a la misión que Cristo el Señor confió a su Iglesia de ser instrumento de salvación para todos, capaz de inspirar una acción de transformación de la sociedad.

En el ejercicio de vuestra misión de Pastores es necesario mantener siempre la comunión afectiva y efectiva con esta Sede de Pedro y entre vosotros mismos. El esmero por seguir conservando este espíritu, manifestado en vuestras asambleas o en otros tipos de encuentros para ofrecer ayuda mutua y complementar la visión sobre los variados aspectos de la realidad pastoral, es una gozosa experiencia eclesial y, a la vez, ha de ser un valioso ejemplo para los sacerdotes, para las comunidades y hasta para la sociedad civil misma, enfrentada a veces por diversos puntos de vista o por conflictos de intereses.

7. Para poder llevar adelante la tarea de la Iglesia en Argentina os invito a prestar atención a la exigencia de contar con evangelizadores suficientes, tanto en cantidad y calidad, ya sean sacerdotes y religiosos, religiosas y personas consagradas que hagan presente el anuncio del Evangelio a todas las gentes.

Ello implica una atención permanente al problema de las vocaciones de especial consagración. En este sentido es fundamental contar con familias sanas, estables, fundadas en los verdaderos valores domésticos en cuyo seno puedan brotar y crecer en un clima conveniente las semillas de la vocación; así mismo son importantes las organizaciones, de tipo parroquial, escolar o vinculadas a los nuevos movimientos apostólicos, como ambiente propicio para la inserción en un estilo de vida que muestre interés por los demás y ofrezcan una educación basada en la fe. La experiencia enseña que con frecuencia las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración han surgido en esos ambientes y en los centros educativos de orientación cristiana, donde al objetivo de procurar la madurez humana y técnica se le añade el compromiso evangelizador.

Los jóvenes, y a veces personas ya maduras y formadas, deben ser recibidos, sentirse amados y ser convenientemente atendidos en los seminarios y casas de formación mediante un proceso que ayude

a desarrollar la vocación y puedan ser un día servidores de Dios en beneficio de los fieles y de tantos hermanos necesitados en el mundo entero. Para colaborar en esta tarea importantísima no hay que dudar en elegir a las personas más capaces y de vida más íntegra, porque de ello depende en buena parte un futuro prometedor para la Iglesia.

Conozco la previsión de vuestra Conferencia Episcopal, donde se ha llevado a cabo un reciente estudio sobre la tendencia de las vocaciones en Argentina. Es consolador constatar que, en determinados aspectos, hay un incremento, pero el dato de que disminuyan en proporción al aumento de la población os debe estimular a redoblar los esfuerzos para preparar el porvenir eclesial de cada diócesis.

8. Queridos Hermanos: termino este encuentro esperando que os llevéis el aliento y el apoyo del Papa para continuar en la sacrificada y, a la vez, gozosa entrega a la Iglesia y a la sociedad donde ejercéis vuestro ministerio. Conozco las dificultades que vosotros y vuestros colaboradores afrontáis cada día. Pero Cristo Jesús, modelo perfecto del Pastor, os dará la fuerza para el servicio fiel y la paz de la conciencia en la perseverancia, «expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi» (Ordinario de la misa, preparación a la comunión).

Os pido que llevéis a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los seminaristas, a los miembros de los movimientos eclesiales y laicos comprometidos en la misión de la Iglesia, así como a todo el pueblo fiel, el saludo del Papa y la seguridad de su oración por ellos, para que cada uno persevere en la fe y se afiance en el camino de la vida cristiana y en el propósito del amor solidario universal.

A todos vosotros, a todo el querido pueblo argentino, especialmente a quienes más sufren en este momento de dolorosa prueba, imparto con afecto la Bendición Apostólica

Buenos Aires, 21 de marzo de 2002.

131ª reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina

PARA QUE RENAZCA EL PAÍS.

1. La celebración de la Semana Santa y de la Pascua de Resurrección es una ocasión para que los Obispos, reunidos en la Comisión Permanente de nuestra Conferencia Episcopal, nos dirijamos una vez más a nuestro pueblo. Los cristianos proclamamos que en Cristo muerto y resucitado la Vida triunfa sobre la Muerte, la gracia de Dios sobre el pecado y la alegría definitiva sobre el dolor de este valle de lágrimas. Cristo es garantía de que los hombres podemos convertirnos y transformarnos profundamente, y ser artífices de la reconstrucción de la Patria.

2. Recientemente hemos peregrinado a Roma para venerar la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo y para abrazar fraternalmente al Papa Juan Pablo II. La enseñanza del Papa, que entonces hemos recibido, es muy certera y digna de ser tomada en consideración: “Sólo una propuesta de los valores morales fundamentales, como son la honestidad, la austeridad, la responsabilidad por el bien común, la solidaridad, el espíritu de sacrificio y la cultura del trabajo, en una tierra como la vuestra que la Providencia ha creado fértil y fecunda, puede asegurar un mejor desarrollo integral para todos los miembros de la comunidad nacional”.

3. En nuestra reunión extraordinaria de enero pasado decíamos que no debemos equivocarnos considerando este momento crítico como uno más y sin poner los remedios morales e institucionales necesarios. Tenemos un país frenado por falta de acuerdo y de grandeza de sus actores políticos, sociales y económicos, e incapaz de dar respuesta apropiada a la gravedad de esta crisis terminal. Los intereses sectoriales y corporativos siguen queriendo imponer su fuerza en desmedro del interés general. En gran parte del pueblo hay deseos de una Argentina nueva, pero no encuentra en sus

dirigentes la voluntad suficiente para cambiar los errores que nos han degradado tanto. Hay un vacío de la dirigencia que impide encontrar los caminos de la honesta representatividad política, de la equidad social y de la seguridad jurídica. Es preciso renunciar a las formas inmorales de actuar en la vida pública y a los irritantes privilegios. También es necesario reparar todo daño ocasionado y restituir todo lo que se haya obtenido ilícitamente.

Como dirigentes religiosos, los Obispos no rehusamos continuar examinando nuestra responsabilidad sobre la situación del país.

4. En los meses pasados todo el pueblo argentino ha sufrido las consecuencias de medidas económicas y financieras muy graves, que han afectado a la moneda, al valor y disponibilidad de los ahorros, a las fuentes de trabajo y a las relaciones con los demás pueblos del mundo. Las decisiones económicas también están sometidas a las normas morales. Entendemos que las medidas tomadas, explicables en momentos de grandes catástrofes sociales como las guerras, han herido gravemente la confianza del pueblo en sus dirigentes y en el futuro del país. Es de desear que sus cargas y consecuencias sean compartidas por todos y en forma proporcional, comenzando por los que más tienen, sean individuos o empresas, nacionales o multinacionales. Para exigir tanto sacrificio al pueblo es preciso decidirse firmemente a erradicar la corrupción de la vida política y social, a disminuir drásticamente el gasto político, a encarar la postergada reforma del estado y a revertir la enorme evasión impositiva de grandes sectores corporativos. Quienes gozan de privilegios injustos deben saber que, aunque sean legales, no dejan de ser inmorales.

5. Ante la pasividad de la dirigencia y a su escasa representatividad, es explicable la aparición de formas nuevas de protesta social. Si bien en algunos casos permiten entrever un interés renovado por participar en la cosa pública, en otros son causa de preocupación, pues hieren directamente los derechos de terceros y pueden desembocar en un ambiente de anarquía generalizada. El enfrentamiento y la descalificación como sistema, incluso mediante el uso irresponsable de los medios de comunicación, se oponen a una convivencia plural y madura.

6. Frente a esta panorámica, hemos de saber imitar a los pueblos que han sufrido catástrofes iguales o peores, pero se han puesto a reconstruir su patria con tesón. No negamos el derecho a reclamar lo propio. Pero alentamos a todos a trabajar con esfuerzo y sacrificio. El que tiene trabajo ha de sentir la vocación a realizarlo con espíritu de servicio y esmero. El que no lo tiene ha de procurarlo en la medida de lo posible, ofreciendo a cambio su habilidad y capacitándose permanentemente para ello. No hay nada más triste para el trabajador que dejarse despojar de su natural honradez y laboriosidad, y crearse la imagen de ser un perpetuo dependiente de la dádiva ajena. La comunidad entera, por su parte, debe ser solidaria con los que no tienen trabajo. Acompañamos de todo corazón a todos los que sufren. Valoramos muy especialmente a tantos voluntarios que con generosidad sirven y ayudan a los más necesitados y desposeídos.

7. Desde mediados del año pasado, voces de las principales corrientes políticas y de muchos sectores de la sociedad nos han alentado a los Obispos a animar un diálogo nacional, que nos ayudase a los argentinos a salir del estado de crisis. No sin cierta aprehensión, nos decidimos a acompañar la Mesa del Diálogo Argentino convocada por el Presidente de la Nación y contando con los auspicios de las Naciones Unidas. Valoramos el esfuerzo que la Mesa viene realizando, pero debemos recordar lo que dijimos a su inicio: *“El Diálogo argentino para que tenga eficacia y también credibilidad ha de despertar en la dirigencia política, financiera, sindical y empresarial, la necesidad de gestos y signos que muestren un sincero deseo de cambios reales y profundos”*. Por lo mismo, exhortamos a los poderes del Estado a promover con leyes sabias los acuerdos a los que va arribando la Mesa, para que en forma progresiva y rápida se concreten las reformas que la Argentina necesita. En especial, la reforma de la política y del Estado. Esta responsabilidad justifica y puede ennoblecer la actual transición.

8. Agradecemos el gesto fraterno de varios pueblos e Iglesias de América y de Europa que en este momento nos tienden una mano generosa. En la emocionada expresión “Argentina nos duele,” escuchada en España, se resume el sentimiento de todos ellos. Les agradecemos de corazón. Y confiamos en hacernos dignos de ese afecto y solidaridad.

También nos parece importante que los organismos internacionales de crédito tengan la comprensión y la responsabilidad necesarias en este momento crítico del país, que presenta signos dramáticos de una creciente pobreza y peligro de enfrentamientos sociales.

9. El misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo que nos disponemos a celebrar, nos dice que hemos de morir a todo lo que haya de malo en nosotros para resurgir a la Vida nueva. Nada más mortal que el pecado en todas sus formas, personal y social. Cada cristiano debe morir a su pecado para poder ser un hombre nuevo. La Argentina debe morir a las concepciones sociales corruptas de la vida política, económica, social y cultural, para que pueda nacer un nuevo país regido por la verdad, la justicia, el amor y la solidaridad. Pidamos esta gracia a Jesucristo nuestro Redentor, que murió para salvarnos a todos. Hagámoslo en unión con María, a quien en la cruz nos la dio por Madre.

Testimonio

Reportaje a Mons. Casaretto Obispo de San Isidro

Miembro de la Mesa del Dialogo Argentino

¿Porqué el Episcopado decidió participar del diálogo?

En el Episcopado Argentino decidimos participar en el diálogo por una razón de caridad social. La posibilidad cierta de anarquía, la profunda disgregación y fragmentación de la sociedad, la ruptura de vínculos, el peligro de la perturbación de la paz social, eran razones suficientes como para que la Iglesia decidiera dar un paso trascendente en la reconstitución del tejido social argentino.

Como es sabido la Iglesia ha prestado un ámbito de carácter espiritual, es decir, intenta animar el diálogo, fomentarlo y priorizarlo como camino de encuentro que aleje la violencia en nuestras relaciones.

El Episcopado hacía ya mucho tiempo que había ofrecido este ámbito pero, por supuesto, era necesaria una petición formal que recién la concretó el actual gobierno. Vuelvo a insistir en que la presencia nuestra en el Diálogo Argentino no obedece sino a una actitud de caridad con nuestros hermanos y desde el primer momento nos fue muy claro a los obispos que si íbamos a estar presentes en el diálogo era para priorizar dos cuestiones: la reconstitución ética de nuestra sociedad, es decir intentar que toda nuestra vida esté regida por una escala de valores; y en segundo lugar la preocupación por los pobres. Hay un sector de nuestro pueblo, que llega ahora al cuarenta por ciento, que está padeciendo pobreza, y dentro de este cuarenta por ciento muchos están en situación de exclusión social. Si estamos en el diálogo es para priorizar estas dos cuestiones.

¿Cómo vive como pastor (obispo-sacerdote) esta tarea? ¿Cuáles son sus aspectos positivos y negativos?

He encarado esta tarea como parte de mi acción pastoral. De ninguna manera veo que esto que estamos haciendo sea como un agregado o algo ajeno a la acción pastoral de un obispo. Por supuesto que como esta misión entraña meterse en cuestiones hondamente políticas, económicas, etc, me siento muy demandado a rezar mucho más y hallar más tiempo aún para el encuentro directo con Dios. No hay ninguna duda de que cuando uno se mete tanto en las cosas del mundo corre el riesgo de mundanizarse. La tentación del poder, de sentirse importante, es muy fuerte, y de ahí que fue muy propicio que esta misión apareciera en tiempos de Cuaresma, porque volver en la oración a la meditación de la pasión y muerte del Señor me ayudaron a ubicarme y a tratar de vivir mi acción en el diálogo en su dimensión de servicio.

Cuando uno entra en estas cosas comprende con qué facilidad los políticos y los dirigentes en general pueden desviar su atención de la dimensión servicial y vivir los cargos desde el poder.

Un aspecto realmente positivo ha sido el hecho de que en la mesa del dialogo se sentara gente de distintos sectores y saliera de la misma vislumbrando que la problemática general de la Argentina era aquella que afectaba al bien común y no sólo a su propio sector. Después de haber escuchado a más de un centenar de instituciones y más de mil personas, el diálogo entró en lo que se han dado en llamar los 'diálogos sectoriales' y de aquí en más todas estas propuestas deberán ser llevadas adelante por el poder del Gobierno.

A partir de la experiencia que viven en la mesa del diálogo, qué le diría a un presbítero sobre la forma de desarrollar el ministerio pastoral en situaciones como la que pasamos?

Creo que cualquier presbítero, por su misma condición de pastor, debe estar muy presente en la problemática de su comunidad. Un tiempo como éste es un tiempo muy demandante y por lo tanto un tiempo en el que debemos priorizar nuestra dimensión espiritual porque eso es lo bueno que podemos aportar a la gente.

Sin lugar a dudas hoy tenemos que trabajar mucho en la dimensión social, fortalecer nuestras Cáritas, tratar de que las comunidades se organicen, etc, pero sobretodo, hay algo que solamente podemos aportar nosotros, y es unir al Misterio Pascual del Señor todo lo que les pasa a nuestras comunidades, todo lo que viven, e impedir así que caigan en el desaliento y en la desesperación.

Nuestra misión fundamental hoy es animar a los fieles, hacerles vivir en la esperanza, ayudarlos a que desde el Evangelio encuentren un sentido a este tiempo tan cuestionador y tan apasionante a la vez.

Por eso así como tenemos que estar muy cerca de nuestros hermanos en lo que hace al trabajo social, fundamentalmente debemos priorizar lo que nosotros como sacerdotes podemos dar y ningún otro puede entregar en lugar nuestro. Es un tiempo en que debemos intentar crecer en nuestra identidad y en el que debemos permitir que todas estas cuestiones tan demandantes nos ayuden a ser más sacerdotes aún, y a vivificar a nuestros hermanos manifestando una presencia viva de Cristo Sacerdote entre ellos.

Pastoral

La pastoral de comunión en la Novo Millennio Ineunte

Mons. Cristián Precht Bañados Vicario episcopal Zona Sur, Arzobispado de Santiago de Chile *

Dos teólogos jóvenes, de diversa escuela, han comentado que la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* es un documento que marcará la pastoral de manera semejante a lo que sucedió con la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Y uno de ellos añadió, "en la primera se nos propuso la Carta Magna de la Evangelización; en esta encontramos los contenidos de la Nueva Evangelización". A primera vista pueden parecer dos observaciones un tanto exageradas. Sin embargo, y sin entrar en comparaciones, nos encontramos ante un documento de gran envergadura que se debe leer de la mano de la *Tertio Millennio Adveniente* y -en nuestro continente- de la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*.

Es grande la riqueza de esta Carta Apostólica, escrita con un lenguaje novedoso y hasta testimonial en que el Papa nos brinda una mirada agradecida del acontecimiento jubilar, recordando sus principales objetivos y momentos, prolongándola en una contemplación del Rostro de Cristo, que es "el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja" el Jubileo. En ese espíritu nos invita a "mirar hacia adelante" y a "remar mar adentro" pues "lo que hemos hecho este año no puede justificar una sensación de dejadez y menos aún llevamos a una actitud de desinterés". Esta Carta, traspasada de urgencia evangelizadora, nos invita a realizar "una programación pastoral eficaz", en cada Iglesia Particular, pero insistiendo en que esta se enraíce en "la contemplación y la oración... buscando ser antes que hacer". Y, consecuente con esta invitación, nos introduce en "la profundidad del misterio de Cristo" -antes de señalar algunas prioridades pastorales- y en "la espiritualidad de la comunión", antes de entrar en indicaciones más "operativas".

El contenido de esta Carta Apostólica no se puede agotar en una breve presentación. Podríamos, desde luego, detenemos en su Cristología o en su reiterada llamada a la contemplación. Podríamos profundizar "la apasionante tarea de renacimiento espiritual" que se traduce en "algunas prioridades pastorales" encabezadas por la pastoral de santidad. Sin embargo, en esta ocasión hemos preferido concentrarnos en lo que el mismo Pontífice señala como 'el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza', es decir, en la espiritualidad y la práctica de la pastoral de comunión.

1. LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNION

Se trata, entonces, de "hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión". Esto significa en la práctica la "espiritualidad de la comunión... proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades". Según el pensamiento papal esta "casa" y esta "escuela" necesitan de un conocimiento acabado de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y, en especial, de la Constitución Apostólica *Lumen Gentium*. En efecto, la pastoral de comunión brota claramente de las enseñanzas del Concilio que el Papa propone volver a leer y dar a conocer ya que "a medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su esplendor". Esta vuelta a las fuentes del Concilio no es solo buen deseo, sino que tiene algo de mandato. Es lo que se percibe, al final de la Carta, cuando el Papa nos pregunta si hemos hecho el examen de conciencia relativo al Concilio recomendado en la *Tertio Millennio Adveniente* -¿lo

* Charla dada en Caracas, el 17 de mayo de 2001, XXVIII Asamblea Ordinaria del CELAM

hemos hecho?- y no duda de calificar el Vaticano II como "la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX" ,y "una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza". ¿No sería del caso, por ejemplo, hacer ediciones pedagógicas del Concilio -por lo menos de las cuatro grandes Constituciones- y, para los ministros ordenados y los consagrados, un Oficio de Lecturas para un año con textos tomados del Vaticano II?

1.1. El designio de Dios

El "empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de las Iglesias particulares" para hacer de la Iglesia "la casa y la escuela de la comunión" es, en primer lugar, un acto de fidelidad al "designio de Dios". Más precisamente: "La comunión (*koinonía*) encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia [...] Las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas como para minimizar su alcance. Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también en este nuevo siglo; pero si faltara la caridad [*ágape*], todo sería inútil".

La Iglesia, por designio de Dios, cree en la comunión. La gente común la intuye, la anhela, la desea... El ciudadano común quiere vivir en paz y ama la unión. La ama el padre y la madre de familia para su hogar, la ama toda persona que experimenta el dolor de una ruptura, la tensión de un conflicto y anhela reencontrar la armonía perdida. La amamos y buscamos nosotros en nuestras comunidades eclesiales así como en nuestra vida personal. A todos nos gusta sentirnos considerados, integrados, amados, tomados en cuenta, y sufrimos mucho cuando nos sentimos apartados, segregados, excluidos. La Iglesia, además, siente a lo vivo el testamento de Jesús: "que todos sean uno como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste". Es que la comunión, un bien en sí mismo, es también una condición de credibilidad del Evangelio que predicamos: "mirad como se aman...".

La Iglesia no cree en el enfrentamiento: cree en el entendimiento. La Iglesia no puede bendecir las rupturas: tiene que bendecir los reencuentros. La Iglesia no cree en un mundo excluyente: cree en un mundo integrado. Ella postula un mundo reconciliado y no uno beligerante. Uso el verbo 'creer' a plena conciencia, puesto que estamos hablando de una opción de fe y no de meras tácticas humanas. Y, precisamente por ser una opción de fe, la comunión se fundamenta en la confianza, que es fe en Dios y fe en los demás. El inicio y el sedimento de todas las rupturas se encuentra en la desconfianza, actitud que nos aleja y nos hace interpretar todo lo de Dios y todo lo del otro, bajo el prisma de la sospecha. Entonces entramos de lleno en el mundo del pecado, propio del hombre carnal.

El mundo del Espíritu, el mundo de Pentecostés, es el de la historia vivida y leída a la luz de la Santa Trinidad. Es el que pone lo mejor de lo suyo para ayudar al crecimiento de la Iglesia, de la vida en comunidad y ama las diversas formas de comunión que hoy se viven en el Pueblo de Dios. Es el mundo del amor hasta la muerte, del perdón a los que nos han ofendido y de la oración por los que nos persiguen. Y si no, ¿qué novedad aportaríamos al mundo los discípulos de Jesús?. Este es precisamente -repito- "el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza si queremos ser fieles a los designios de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo".

1.2. La espiritualidad de la comunión

Sin embargo, "antes de programar iniciativas concretase para llevar adelante este proyecto, "hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en

todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades".

1.2. 1. ¿Qué es la espiritualidad de la comunión?

Es oportuno citar in extenso -seguramente una vez más- este párrafo clave de la Carta Apostólica referente a la espiritualidad de la comunión:

- "La espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo *hacia el misterio de la Trinidad*, que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado;
- Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano en la fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por lo tanto, como *uno que me pertenece* para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una profunda y verdadera amistad;
- Espiritualidad de la comunión es también la capacidad de ver todo *lo que hay de positivo en el otro*, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: "un don para mí" además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente";
- En fin, espiritualidad de comunión es saber '*dar espacio*' al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros [ver Gál 6, 2] y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias".

Como si esto fuera poco, Juan Pablo II es tajante en su conclusión: "no nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirán los caminos externos de la comunión. Se convertirán en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento".

1.2.2. La "mirada del corazón" a la Santa Trinidad

La clave de la espiritualidad de la comunión -no podría ser de otra manera- es "la mirada del corazón" al misterio de la Trinidad. Esta contemplación cordial es la base de la pedagogía de comunión -"la escuela de comunión"- que es razón de ser de la Iglesia. Nosotros somos y nos movemos desde el seno de la Trinidad. Ese es nuestro ambiente vital. Y a esa Santa Trinidad tenemos que acudir para comprender el misterio del amor en la diversidad. Ella es la única que nos lo puede enseñar y de hecho lo hace a través del misterio de la Encarnación del Hijo que ha venido a revelarnos la existencia, el dinamismo y el amor de la Santa Trinidad. "El que me ve a mí, ve a mi Padre": así de transparente la comunión; "les conviene que me vaya pues les enviaré al Paráclito": así de intensa la comunión; y "vendremos y haremos morada en ustedes": así de íntima la comunión.

El camino hacia el misterio Trinitario es, pues, claramente cristológico. Sin embargo, al señalar el Papa que la mirada del corazón es "a la Trinidad que habita en nosotros" se hace una referencia a la experiencia espiritual, al don del Espíritu que nos habita y que nos revela todas las cosas. Es un camino neumatológico que, en ese sentido, recoge y dialoga con tanta búsqueda de espiritualidad que se da en la actualidad.

Pero la mirada no se queda encerrada en una interioridad individualista. Si es cristiana, esta "mirada del corazón" -es necesariamente antropológica ya que su "luz debe ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado". Nuestra predicación de Dios Creador ha radicado muchas veces la "imagen y semejanza" con Dios en la inteligencia, la voluntad y la libertad del hombre. Sin dejar de lado estas "semejanzas" es posible que hayamos relegado a un segundo plano la "imagen" relacional, aquella que brota del seno mismo de la Santa Trinidad. Esa que expresa con tanta belleza el texto bíblico del sexto día de la creación, cuando Dios dijo: "hagamos al hombre

a *nuestra* imagen y semejanza: que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles"... "Y Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra *los creó*". Esta es una relación que humanamente se perfecciona cuando dos personas diferentes llegan a ser una sola carne en el matrimonio, cuando los diversos formamos un solo "Cuerpo" en Cristo, así como cuando los consagrados llegamos a tener una relación Esponsal con el Señor y con la Iglesia. Entonces el hombre -varón y mujer- por su relación de amor se vuelve icono de la Santa Trinidad. Por ello, junto con contemplar cordialmente a la Trinidad que habita en cada uno de nosotros, el Papa nos invita a contemplar cordialmente a los hermanos y, *a fortiori* a la misma Iglesia de la cual formamos parte. En palabras recientes del Papa la exhortación es "ser ante todo, enamorados de la Iglesia, de la Iglesia terrestre y de la celeste, mirándola con fe y con amor, a pesar de las manchas y arrugas que puedan marcar su rostro humano".

1.2.3. La "mirada del corazón" hacia nuestro prójimo

En el mundo hay agrupaciones que se identifican con el nombre de compañero, *camarada*, *compadre*, *correligionario*... Entre cristianos, en cambio, nos llamamos *hermano*, *hermana*... Y, si le creemos al lenguaje, eso significa considerar realmente a cada persona como mi hermano, como mi hermana, hija del mismo Padre, habitado por el mismo Espíritu, por quien corre la misma Sangre de Cristo.

Todo esto lo creemos, lo sabemos y, por eso, deseamos ardientemente aprender a vivir este misterio de amor que ha cambiado la faz de la tierra. El punto está en el *cómo*... ¿Cómo convertimos a la fraternidad y dejar nuestras luchas fratricidas para apoderarnos de la influencia y del poder? ¿Cómo desarmarnos de nosotros mismos para aprender a vivir en la libertad que da el amor, aquella que es propia de los "pobres de espíritu"?

Siguiendo la trama de esta Carta Apostólica podemos afirmar que, para lograr este propósito, el como pasa por la *contemplación*. Es necesario aprender a contemplar, a admirar, al Señor y a los hermanos, para que, a través del maravilloso intercambio que establece toda admiración, recibamos con abundancia el Espíritu de Jesús. El es el único que puede mover nuestra voluntad de manera permanente y perseverante para vivir el corazón del Evangelio: "ámense unos a otros como Yo los he amado". En consecuencia, la invitación a "sentir al hermano... como uno que me pertenece... para intuirlo... y ofrecerle una verdadera amistad"; la invitación a "ver ante todo lo que hay de positivo en el otro y acogerlo y valorarlo como un regalo de Dios"; la invitación a "dar espacio al hermano, rechazando las tentaciones egoístas", se puede ver facilitada por la pedagogía de la contemplación, expresando de esa manera la primacía de la comunión en nuestra educación. En concreto, es una invitación a:

- contemplar al Hijo amado, *haciéndose prójimo de la humanidad*, poniendo su tienda entre nosotros, o descendiendo de su cabalgadura para sanar las llagas del herido que yace entre la vida y la muerte a la vera del camino. En América Latina y el Caribe podemos ponerle rostro concreto a esta solidaridad: puede llamarse Pedro Claver, Martín de Porres, Alberto Hurtado, Socorro Jurídico, Minuto de Dios, Vicaría de la Solidaridad, en la Pastoral de la Tierra, en las Campañas de Fraternidad, en la Posada de Belén... Lo cierto es que "en esta tarea que no conoce fronteras, la Iglesia ha sabido crear una conciencia de solidaridad concreta entre las diversas comunidades del continente y del mundo entero, manifestando así la fraternidad que debe caracterizar a los cristianos de todo tiempo y lugar";
- contemplar a *Cristo vivo* en el rostro de *cada hermano* especialmente en los "menores", en las prostitutas y prostitutos, en los mendigos profesionales, "lo que hiciste al menor de mis hermanos, a mí me lo hiciste", y empezar a desarrollar hacia el prójimo una devoción

semejante a la que sentimos por el Cuerpo sacramentado del Señor. Habría que recuperar esos textos inspirados de san Juan Crisóstomo y san Basilio, esos que nos muestran la incoherencia de rodear con lujos la presencia sacramental de Cristo en la Eucaristía, mientras dejamos con andrajos al Cristo que mendiga su pan en la puerta de los templos;

- contemplar *los encuentros de Jesús* que hacen del extraviado un hermano, una hermana, digna de todo nuestro respeto: puede ser Zaqueo, la Samaritana, la mujer pecadora, Pedro arrepentido o los discípulos de Emaús. Jesús vive estos encuentros con un corazón fraterno, haciendo que su señorío nunca consista en ponerse por encima, sino más bien a la altura de los pies, donde corresponde ubicarse al servidor. Desde abajo del árbol llama Jesús a Zaqueo... agachado sobre la arena mira a quienes se disponían a apedrear a la mujer adúltera... desde el suelo lava los pies a sus discípulos... Su único momento en las alturas lo tiene al ser elevado en una Cruz como el *maldito de la humanidad*... y desde su abyección atrae todas las miradas;
- *contemplar con Jesús y como Jesús el corazón de cada cual* para conocer "las razones escondidas", las que dan sentido a la vida de cada persona y las que explican sus talentos o sus frustraciones y dolores. Muchas veces habremos sentido, ante personas entrañablemente amadas, el deseo de mirar la vida desde el corazón de esa persona -aunque solo sea por un instante- para comprenderla "desde adentro" y poder donarle lo que le hace bien, lo que la edifica o simplemente lo que más le gusta. Ese es un rasgo del don del Espíritu que nos lleva a mirar "cordialmente" y "desde dentro" los sentimientos de Jesús, los proyectos de Jesús, las razones de Jesús, hasta que ellas sean parte de nuestro sentir y de nuestro actuar;
- *es la contemplación admirada*, la que es capaz de descubrir los dones que tiene cada cual; de reconocerlos, de acogerlos, de estimularlos, de bendecirlos y de llegar a sentirnos felices cuando estos brillan al servicio -del Evangelio. Se requiere una madurez muy grande para gozar con el éxito de los demás y de no sentirnos agredidos simplemente porque a otro le va bien. Una madurez humana y evangélica pues, para quien sabe que todos formamos un mismo Cuerpo, el bien de los demás redundará siempre en nuestro propio beneficio, porque el triunfo de mi hermano es mi propio triunfo;
- es la *contemplación conmovedora de la Cruz de Cristo*, sin la cual es imposible entender las dimensiones del amor, ni perseverar en las contemplaciones anteriores. Todo amor pasa por la cruz y en ella madura. Y en la Cruz del Calvario se nos regala la mayor revelación histórica del amor trinitario que es el que queremos aprender a contemplar con la mirada del corazón...

1.2.4. La "mirada del corazón" hacia la Iglesia

Otro paso en la conversión hacia la comunión es mirar a la propia Iglesia con los ojos del corazón. Es común que hablemos de la Iglesia como desde fuera... con ese lenguaje adámico posterior al pecado original en que Eva "esa mujer que tú me diste" y no más "la que es hueso de mis huesos y carne de mi carne". Tomamos distancia, hacemos análisis de corte sociológico o simplemente de carácter político, desprovisto de afecto y, peor aún, con una mirada de fe debilitada.

La invitación del Papa es a contemplar cordialmente "*hacia el misterio de la Trinidad*, que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado". ¿Y no tendríamos, en primer lugar, que hacernos prójimos de la Iglesia, y reconocer la luz de la Trinidad en mis hermanas y hermanos en la fe?

La mirada del corazón a la Santísima Trinidad consiste también en lograr una mirada diferente hacia *la* Iglesia particular y Universal, con sus grandezas y debilidades, con su historia santa y con su historia de pecado. Tal "conversión" significa pasar de considerarla como "la Iglesia a

sentirla como “mi” Iglesia. La Iglesia que me ha enseñado lo que soy y en la que hoy enseño a los que vienen. La Iglesia que sueño y la Iglesia que me desvela; aquella que me ha llamado y me ha consagrado para dar en ella mi vida entera. ¡Mi Iglesia! ¡Nuestra Iglesia!.

En estos años en que gracias al Movimiento Bíblico y Espiritual nos hemos visto enriquecidos por la *Lectio Divina*, nos haría muy bien una "*lectio divina*" de cada Iglesia Particular, de cada Parroquia, de cada Comunidad Eclesial, inspirándonos en las Cartas a las Iglesias del Apocalipsis. Es preciso preguntarnos *qué dice el Señor* en la historia de

cada Iglesia Particular, poniendo los nombres actuales a sus apóstoles, a sus profetas, a sus mártires, a sus catequistas, prolongando las historias cristianas que redactamos con ocasión del Jubileo. Es importante saber *qué nos dice el Señor* a través de la historia de cada Iglesia, de su identidad más profunda, de sus éxitos y de sus fracasos, de sus celebraciones y defecciones. Es justo y necesario *dar gracias al Señor y presentarle nuestras súplicas* y ofrendas, desde esa historia eclesial "leída y meditada". Entonces podremos *prolongar* esta "*contemplatio*" a través de los planes pastorales concretos que el Papa pide insistentemente en la Carta que comentamos.

En estos tiempos de quiebre en las identidades y en las pertenencias, en que todo cambia tan vertiginosamente, es bueno contemplar lo nuestro con amor agradecido y con genuina contrición del corazón. Es la intuición que hay tras la "purificación de la memoria" de la cual ha dado reiterado ejemplo el Santo Padre, en el pasado y lo acaba de dar en su reciente viaje a Grecia. Una purificación que no solo mira las faltas, sino que exalta las solidaridades y pone de relieve las grandes bendiciones, como es la confesión sacramental que debe -debiera- comenzar con la *confessio laudis* y, sólo en ese contexto, reconocer con humildad nuestras culpas. En nuestros pueblos, heridos por tantos desencuentros -algunos tan recientes-, esta, purificación de la memoria puede ser parte de una "pedagogía de la reconciliación", siguiendo el proceso de conversión que el mismo sacramento nos enseña. Así podremos "dar espacio al hermano", "rechazar las tentaciones egoístas... que engendran desconfianzas y envidias", reconocer los sentimientos odiosos y vengativos para purificarlos y proponer decididamente la gracia del perdón. Perdón con justicia. Perdón con verdad. Pero, finalmente, perdón y reconciliación.

Este misterio de la Iglesia, que a todos nos concierne, es parte esencial de la espiritualidad del Obispo y del sacerdote secular. Los religiosos tienen sus congregaciones y comunidades, como primer lugar de pertenencia. Y es bueno que así sea. Los monjes tienen sus monasterios y en ellos hacen voto de estabilidad. Y es bueno que así sea. Nosotros, en cambio, pertenecemos -nos hemos incardinado y dado en pertenencia- a una Iglesia Particular. Y por eso, en todo pastor maduro, hay un amor entrañable por todo lo que esa Iglesia significa.

En todo caso, los fieles laicos, los consagrados y los ministros ordenados podríamos detenemos largamente en la *lectio* de esta Iglesia que nos hace vivir y nos hace sufrir, la Iglesia en que servimos y que nos ha servido tanto. La que nos ha enseñado a orar, a amar y a perdonar y que despertó en nosotros la vocación al ministerio. Esta Iglesia tan amada por la cual quisiéramos dar la vida hasta el último suspiro.

No idealizo: simplemente verbalizo. Mi Iglesia y la de cada uno tiene defectos y pecados, empezando por los míos. Es una Iglesia que ha conocido crisis y tensiones graves, momentos de protagonismo y tiempos de vigilia. Pero es mi Iglesia, nuestra Iglesia: aquella que nos engendró como hijos de Dios Padre y en la que -por gracia del Espíritu- seguimos anunciando a Jesucristo y engendrando a un pueblo para Dios: "la Santa Iglesia de todos los días" ...

2. UNA PASTORAL DE COMUNION

Siguiendo el pensamiento deL Papa Juan Pablo II, "si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, nuestra programación pastoral se inspirará en el mandamiento nuevo" y habrá que "poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia Universal como de las Iglesias particulares... en la comunión que encarna y manifiesta la esencia misma del, misterio de la Iglesia". En nuestro Continente no podríamos hacerlo sin remitirnos a la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* cuyo Capítulo IV está dedicado a tratar *in extenso* el tema en cuestión:

“Ante un mundo roto y deseoso de unidad es necesario proclamar con gozo y fe firme que *Dios es comunión*, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidad en la distinción, el cual llama a todos los hombres a que participen de la misma comunión trinitaria.

Es necesario proclamar que *esta comunión es el proyecto magnífico de Dios [Padre]*; que Jesucristo, que se ha hecho hombre, es el punto central de la misma comunión, y que el Espíritu Santo trabaja constantemente para crear la comunión y restaurarla cuando se hubiera roto.

Es necesario proclamar *que la Iglesia es signo e instrumento de la comunión querida por Dios*, iniciada en el tiempo y dirigida a su perfección en la plenitud del Reino”.

Tenemos que decirlo muy claro: Dios es comunión y nosotros también. De ahí la urgencia de convertimos a la comunión y de proclamar -con valor- que la comunión es el proyecto magnífico del Padre”.

2.1. Los ámbitos de la comunión

Sobre la base de esta espiritualidad de la comunión el nuevo siglo nos compromete más que nunca "a valorar y desarrollar aquellos ámbitos e instrumentos que, según las grandes directrices del Concilio Vaticano II sirven para asegurar y garantizar la comunión". Y aún más, nos compromete a cultivar y ampliar día a día "los espacios de comunión [...], a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia".

¿Cuáles son entonces esos ámbitos e instrumentos específicos de servicio a la comunión?

- "*El ministerio petrino y en estrecha relación con él, la colegialidad episcopal*" que, precisamente por tener su fundamento y consistencia en el designio de Cristo sobre la Iglesia, "necesitan de una continua verificación que asegure su auténtica inspiración evangélica".
- "*La reforma de la Curia romana, la organización de los Sinodos y el funcionamiento de las Conferencias Episcopales*". En estos ámbitos se ha avanzado mucho desde el Vaticano II, pero ciertamente queda mucho por hacer para expresar de la mejor manera las potencialidades de esos instrumentos de la comunión... particularmente hoy ante la exigencia que la Iglesia tiene de afrontar los cambios tan rápidos de nuestro tiempo".
- "*Las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales*" entre quienes debe ser patente la comunión. "Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos por el Derecho canónico, como los *Consejos presbiterales y pastorales*".

Este nuevo espíritu en las mutuas relaciones debe estar basado en la "antigua sabiduría que sin desmedro alguno de la jerarquía de los pastores" escucha atentamente al Pueblo de Dios - incluso a los más jóvenes porque es consciente de que en cada fiel sopla el Espíritu de Dios.

Estas instancias de comunión deben estar presididas por la espiritualidad de la comunión recordando sabiamente que: "así como la prudencia jurídica, poniendo reglas precisas para la participación, manifiesta la estructura jerárquica de la Iglesia y evita tentaciones de arbitrariedad y pretensiones injustificadas, la espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios".

2.2. La variedad de las vocaciones

"La unidad de la Iglesia no es uniformidad sino integración orgánica de las legítimas diversidades". Ello nos lleva a estar abiertos para "acoger todos los dones del Espíritu" y, en consecuencia:

- *a impulsar "a los bautizados y confirmados a tomar conciencia de su propia responsabilidad activa en la vida eclesial"*. Pero para que ello sea efectivo, usando la terminología del Papa, es necesario "dar espacio" a los laicos, "practicando una escucha recíproca y eficaz", también en el campo de las decisiones para que su participación sea efectiva y experimenten la necesaria "ciudadanía" también en el seno de la Iglesia. Esto vale de manera especial para las mujeres sin cuyo renovado aporte el "futuro de la nueva evangelización es impensable";
- a ser más conscientes de que *"junto con el ministerio ordenado pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad"*; "atendiéndola en sus múltiples necesidades: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad";
- organizar con *urgencia "una pastoral de las vocaciones amplia y capilar*, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias";
- *"descubrir cada vez mejor la vocación propia de los laicos*, llamados como tales a 'buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios' y a llevar a cabo 'en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde [...] con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres'". En este campo la pastoral de comunión se vuelve urgente. Es un hecho que nos cuesta integrar la diversidad de vocaciones personales y de asociaciones laicales. Es un hecho que nos cuesta respetar su misión propia y tendemos a someterlos a la jerarquía;
- *"promover las diversas realidades de asociación*, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios constituyendo una auténtica primavera del Espíritu";
- *prestar atención especial a la pastoral familiar*, "especialmente necesaria en un momento histórico como el presente en que se ha constatado una crisis generalizada y radical de esta institución funda mental".

2.3. El campo ecuménico y el diálogo interreligioso

2.3.1. Ecumenismo

La comunión también ha de vivirse en el campo ecuménico en que el Papa ha insistido reiteradamente durante el Gran Jubileo y con especial solemnidad en el Consistorio de febrero del 2001 en que creó a 44 nuevos Cardenales. "La triste herencia del pasado nos afecta todavía al cruzar el umbral del nuevo milenio". Hay una nueva urgencia en sus palabras y sus gestos producto de haber

puesto la mirada en Cristo: "el Gran Jubileo ha hecho tomar una conciencia más viva de la Iglesia como misterio de unidad".

“Esta unidad que se realiza concretamente en la Iglesia católica, a pesar de los límites propios de lo humano, emerge también de manera diversa en tantos elementos de santificación y de verdad que existen dentro de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales; dichos elementos, en cuanto dones propios de la Iglesia de Cristo, les empujan sin cesar hacia la unidad plena".

Confiado en que alcanzar "incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos" que "se apoya en la plegaria de Jesús y no en nuestras capacidades" mira con gran esperanza a las Iglesias de Oriente e invita a cultivar "con análogo esmero" el diálogo ecuménico "con los hermanos y hermanas de la Comunión anglicana y las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma". Este programa se puede llevar a cabo a través del ecumenismo de la oración, del ecumenismo de la reflexión teológica y moral, así como del ecumenismo de la acción. A ellos agrega el Papa "el gran ecumenismo de la santidad" al cual ya se había referido en la *Tertio Millennio Adveniente*: "El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente. La *communio sanctorum* habla con una voz más fuerte que los elementos de división".

Lo propio del pecado es tratar de destruir la vocación de un ser humano. Allí radica su maldad. Si esto es así, es claro que el tentador tiene que ensañarse con la comunión ya que, pervirtiendo esa vocación profunda de la Iglesia, desfigura en ella su semejanza con la Santa Trinidad. Por eso, el ecumenismo de la santidad se hace imperioso, por fidelidad "al designio de Dios" y por responder "a los anhelos de la humanidad", especialmente los del mundo de la increencia, en que nuestras divisiones siguen siendo causa o motivo para no abrazar la fe.

La mirada propositiva del Papa no incluye el tema de la acción proselitista de grupos sectarios y "de nuevos grupos religiosos" confrontacionales que en América Latina y el Caribe presentan graves desafíos a la pastoral ordinaria y a la pastoral de comunión. Aunque ha crecido la conciencia eclesial al respecto creemos que aún nos falta audacia y creatividad pastoral, y en algunos casos, una mejor inculturación del Evangelio para hacer frente a estas realidades que sabemos que también afectan a los fieles de otras Iglesias y Comunidades cristianas.

2.3.2. Diálogo y misión a la luz del Concilio

Otro imperativo de la comunión es establecer un diálogo interreligioso en la línea indicada por el Vaticano II. Un diálogo que asuma "la situación de marcado pluralismo cultural y religioso" tal como se presenta en la sociedad del nuevo milenio. Un diálogo respetuoso, "íntimamente dispuestos a la escucha", confiando en que la presencia del Espíritu de Dios "que sopla donde quiere suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores". Un diálogo que ayude a proponer una firme base de paz en el mundo, alejando el espectro funesto de las guerras de religión: "el nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, *un nombre de paz y un imperativo de paz*".

Es interesante constatar que estos criterios se aplican también para el diálogo con la cultura y las culturas. De esa manera la Iglesia "da espacio en ella al *humanum*, sin el cual no hay catolicidad. No existe catolicidad si la cultura y la memoria histórica [...] no entran a formar parte de una Iglesia Particular". Esta afirmación adquiere una dimensión insospechada si se afirma que el "diálogo es el nuevo nombre de la esperanza".

Sin embargo, este diálogo "no puede basarse en la indiferencia religiosa". Por eso, los cristianos tenemos el deber de ofrecer al mundo la plenitud de la esperanza que está en nosotros y el

anuncio gozoso del Evangelio que se propone a todos "con el mayor respeto a la libertad de cada uno". La Iglesia, por lo tanto, no puede sustraerse, en este espíritu, a la "misión *ad gentes*".

3. APOSTAR POR LA CARIDAD

La pastoral de comunión no se concibe circunscrita solo al ámbito intraeclesial. Por el contrario, un rasgo propio de la programación pastoral es que, por naturaleza, "la caridad se abre [...] al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*. Este es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral".

Esta convicción lleva a ubicar lo que nosotros llamaríamos "la pastoral de solidaridad" dentro del mismo capítulo dedicado a la pastoral de comunión, uniendo más estrechamente lo enunciado en *Ecclesia in America*.

También a esa Exhortación Apostólica tendremos que acudir para ver mejor el rostro de las "nuevas pobreza" que hay en nuestro Continente. Sin embargo, hay nuevos desafíos universales que ciertamente nos conciernen y que el Papa no duda en proponer porque también afectan el ámbito de la comunión, como son las "contradicciones" con que entra el mundo al nuevo milenio dejando "no solo a millones de personas no solo al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana".

3.1. La pastoral de solidaridad: caridad y promoción humana

En primer lugar, entonces, hay que reflexionar sobre el nuevo estilo propuesto para hacemos cargos de los sufrimientos de los más pobres contemplados a la luz de la fe.

3.1.1. Cristo se identifica con los pobres

"Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse". Y citando el texto de Mateo 25 el Papa concluye -de manera categórica- "esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia".

Nadie puede ser excluido del amor. Menos aún cuando sabemos que "con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre". La misma presencia especial de Cristo en los pobres fundamenta "e impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales".

3.1.2. Solidaridad con el estilo de Jesús

Son muchas las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana al empezar el nuevo milenio. El cristiano que se asome a este panorama debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que Él dirige desde este mundo de la pobreza y tratar de "continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados".

Lo novedoso de la Carta está en la convicción de que la caridad, requiere mayor creatividad. "Es la hora de una nueva *'imaginación de la caridad'*, que promueva no tanto y no solo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno".

Nuevamente el Papa vuelve a proponer el estilo de Jesús" al que ya se refirió en *Ecclesia in America*, vinculándolo también a la opción preferencial por los pobres. Es el "estilo" de una vida sencilla, pobre, cercana a la gente y carente de ventajas que él pide especialmente a los pastores. Es el "estilo personal de Jesús" que, así como sus opciones, "deben ser normativas para todos en la tarea de la evangelización" y por ello los pobres deben considerarse entre los primeros destinatarios de la evangelización, a semejanza de Jesús...". Un "estilo" que debe reflejarse en la manera de vivir y de vestir, en las casas que habitamos y los automóviles que conducimos.

El estilo de Jesús no mira en menos la organización: lo hace en la multiplicación de los panes y la primera comunidad se organiza para servir las mesas y hacer una colecta en favor de los cristianos de Jerusalén. Por eso, bienvenidas las Caritas y tanto Departamento de Acción Social. Sin embargo, nunca hay que perder de vista que es una persona singular la que está necesitada: es mi padre el que está cesante, es mi hermana la que fue abandonada, en mi hijo el que tiene SIDA... Lo aprendemos en los gestos de Jesús que cada vez que sana a una persona le devuelve su plena dignidad.

En definitiva, lo que se propone en este nuevo "estilo" es el redescubrimiento de la primacía de la gracia, de lo gratuito, del don que, a veces, falsamente se opone a la eficiencia. Si descubriéramos el don de Dios, y la gratuidad con que Él actúa, nos daríamos cuenta que no hay nada más eficiente que la gratuidad en el amor. Lo vemos de cerca en el amor paterno y materno, sobre todo en el materno. Por eso, la "escuela de comunión" que debe ser la Iglesia está llamada a descubrir la política de comunión, la economía de comunión y hacer de la solidaridad una manera de vivir y no solo la respuesta a una emergencia.

3.2. Los desafíos actuales

3.2.1. Algunos desafíos fundamentales

Junto a las dramáticas situaciones que afectan a los pobres, nuestra programación pastoral tiene que enfrentar nuevos desafíos que también conciernen a la pastoral de comunión. Así, por ejemplo, el "*desequilibrio ecológico*, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta", "*los problemas de la paz*, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas", "*el vilipendio de los derechos humanos fundamentales*" y otras urgencias "ante las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible". Todos hechos que atentan contra la comunión.

Hay también aspectos propios de la radicalidad evangélica, a menudo incomprendidos, que deben estar muy presentes en la agenda pastoral. "Me refiero al deber de comprometerse en la defensa *del respeto a la vida de cada ser humano* desde la concepción hasta su ocaso natural" y a la obligación de "proclamar, oportuna e importunamente, que cuantos se valen de las *nuevas potencialidades de la ciencia*, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano".

3.2.2. Dar razón de nuestras opciones

"Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y controvertidos, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesaria mente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización".

Con esta comprensión de la comunión que abarca todos los campos de la Iglesia, la pastoral de comunión se vuelve claramente evangelizadora y misionera.

4. CAMINAR CON ESPERANZA

Al concluir nuestra presentación volvemos a las afirmaciones iniciales porque no se puede dejar de pensar que la contemplación del Rostro de Cristo ha sido la gracia central del Jubileo y que el Papa en persona lo ha experimentado. Esa es la fuente de esta Carta de entusiasmo contagioso en que -con transparencia y audacia- nos invita a revisar sin temor los ámbitos estructurales de la Iglesia, su variedad de vocaciones, su apertura a los demás, su servicio al mundo, su actitud ecuménica, su diálogo cultural e interreligioso. Una Carta que postula una pastoral de santidad la primacía de la gracia, la centralidad de la Palabra escuchada y proclamada. Es, sin dudas, un texto inspirado que comienza a producir un gran impacto eclesial y que entrega a las Iglesias Particulares una hermosa tarea a realizar. Un texto marcado por un llamado a la misión: urgente, esperanzado, formulado en un lenguaje actual y hasta juvenil, para adentrarnos en el vasto océano del nuevo milenio. "¡Caminemos con esperanza!". Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse contando con la ayuda de Cristo".

De esta manera se cierra a nuestras espaldas la Puerta Santa del Jubileo "para dejar más abierta que nunca la puerta viva que es Cristo" y lanzarnos con la intrepidez de san Pablo a la misión que nos espera.

Estudio

Corresponsabilidad sacerdotal - Un camino de comunión presbiteral

Pbro. Alberto Zanchetta

Ordinariato Castrense. Capellán Naval

A treinta y seis años del Concilio Vaticano II percibimos que el mismo nos ha ofrecido un riquísimo patrimonio doctrinal, espiritual y pastoral. Y la Iglesia se siente llamada, debido al tiempo transcurrido, a verificar la fidelidad al objetivo del Concilio y en vistas a un ulterior empeño.

Un aumento del sentido de corresponsabilidad es uno de los frutos importantes logrado en la Iglesia universal y en las diversas Iglesias particulares. Los frutos deseados por el Concilio, aunque abundantes, no han llegado a plena maduración en muchos aspectos. Se ha hecho mucho, pero queda aún mucho por hacer.

El principio de la corresponsabilidad eclesial, según la cual todos los miembros del Pueblo de Dios participan de la única misión de la Iglesia, conforme a su modo y según la propia condición, está suficientemente manifestado en los diversos documentos del Concilio Vaticano II.¹

Tanto la Constitución *Lumen Gentium* como los restantes documentos conciliares están sembrados de múltiples textos que expresan el papel activo que todos los fieles tienen en la edificación del Cuerpo de Cristo en su totalidad, es decir: en su aspecto carismático con la santidad de vida, y en su aspecto jurídico social colaborando en la perfección de la sociedad eclesial no sólo con la obediencia racional de las normas establecidas,² sino con aportación activa en el gobierno de la Iglesia: exponiendo sus necesidades y deseos, manifestando su parecer y asesorando prudentemente.³ *Y como la Iglesia es una comunión, debe haber en todos sus niveles participación y corresponsabilidad.*⁴

1. IMPORTANCIA Y SIGNIFICADO DE LA FUNCION COSULTIVA

La autoridad legítimamente constituida en la Iglesia siempre ha sentido la necesidad de asesoramiento a la hora de tomar decisiones importantes en el gobierno del Pueblo de Dios, y ha procurado buscarlo en personas especialmente capacitadas por su ciencia, prudencia y experiencia sobre los problemas que exigían solución. El ejercicio institucionalizado de la función consultiva tiene él título de la colegialidad que implica la *sollicitudo omnium ecclesiarum*.

La necesidad de asesoramiento como garantía de rectitud, eficacia y oportunidad de una determinación viene exigida por la misma inteligencia humana consciente de las limitaciones de la naturaleza. De ahí que solicitar consejo como prestarlo es tan antiguo como el hombre mismo, siendo precisamente el pedirlo signo de inteligencia, madurez y humildad.⁵ Dentro de la idea general de la corresponsabilidad en la misión de la Iglesia, la enseñanza conciliar y la doctrina canónica posterior han sabido diferenciar el distinto título teológico que posee, y por consiguiente el distinto alcance jurídico de la participación en cada uno en los organismos consultivos nacidos después del Concilio Vaticano II.

En la Iglesia por no existir división de poderes, sino división de funciones o ejercicios de poder es a éstos a quienes hay que asociar la función consultiva.

Los organismos consultivos, configurados para ser reflejo y representación de las distintas categorías de fieles que componen la comunidad diocesana, son instrumentos de participación en virtud de la

¹ Cf. LG 15, 23, 33, 41; CD 11, 30, 35, 43; PO 7, 8; AA 18, 20, 23, 26; AG 15, 21, 27, 28, 29, 31, 33, 38

² Cf. LG 37

³ Cf. Cóns. 208-223

⁴ Cf. Sínodo de Obispos, Asamblea extraordinaria (1985), *Relatio finalis*, II, C, 6.

⁵ Aforismo antiguo: "Es de sabios pedir consejo".

distinta posición que cada uno ocupa en el Pueblo de Dios, y del grado de corresponsabilidad en la vida y misión de la Iglesia. La corresponsabilidad tiene una base sacramental, en la que debe señalarse por un lado el principio de igualdad fundamental de todos los fieles, y por otro el principio jerárquico;⁶ debe recordarse que corresponsabilidad no significa igualdad de responsabilidades, sino una participación diferenciada en una responsabilidad común. El título teológico de corresponsabilidad no proviene de la autoridad eclesiástica, sino de la posición sacramental que ocupan los fieles en la comunidad, y de cuanto a esos efectos establece la ley.

Así dentro de la corresponsabilidad en la misión de la Iglesia, el Consejo pastoral y el Sínodo diocesano responden a un tipo de corresponsabilidad relacionada con el principio de igualdad. En cambio, el Consejo presbiteral (y el Colegio de consultores que de él procede) están configurados desde el principio jerárquico, esto es, desde la específica cooperación en la función pastoral del Obispo que proviene del sacerdocio ministerial.

Por lo tanto, la preocupación por el buen funcionamiento de los “consejos presbiterales” no es un tema menor, ni puede ser considerado como una actividad marginal o complementaria, sino como parte de la vida y las actividades de todas las Iglesias particulares. En la eclesiología conciliar, es una institución fundamental y constitutiva de las circunscripciones eclesiásticas. Los documentos de Puebla avanzando aun más, hablan de la necesidad de darles la “consistencia” y “funcionalidad” requeridas por el Concilio y que sirva, también, para promover solícitamente el crecimiento espiritual y pastoral de los presbíteros.⁷

Considerando que los obispos y los presbíteros participan en tal grado del mismo y único sacerdocio⁸ y ministerio de Cristo, por lo tanto, la misma unidad de consagración y de misión exige la “comunidad jerárquica” de los presbíteros en el orden de los obispos,⁹ pero también un trabajo conjunto y eclesial.

Dada la participación de los presbíteros en el *munus* del ministerio episcopal a través del sacramento del orden y de la *misión canónica*,¹⁰ en virtud del orden y del ministerio están asociados al cuerpo episcopal y son sus colaboradores.¹¹ Así por consiguiente, los presbíteros, al no poseer la plenitud del sacerdocio, dependen de los obispos en el ejercicio de su potestad;¹² y a su vez, los presbíteros posibilitan al obispo la extensión de su ministerio, recibiendo ellos del obispo la autenticidad y la unidad en el ejercicio del mismo.

2. NOCIÓN CONCILIAR DE PRESBITERIO

La noción conciliar de presbiterio puede sintetizarse de este modo: los presbíteros, son “necesarios colaboradores y consejeros” de su obispo,¹³ forman con él “un único presbiterio en la diócesis”.¹⁴ “Llamados para servir al Pueblo de Dios, forman, junto con su obispo, un solo presbiterio, dedicado a diversas ocupaciones”.¹⁵

La particular calificación de necesarios “colaboradores” y “consejeros”, atribuida por el Concilio Vaticano II a los presbíteros, significa, por una parte, que el ministerio episcopal no es sólo personal, sino esencialmente sinodal, y que por eso el obispo tiene necesidad del presbiterio para desarrollar su

⁶ Cf. Cánons. 204 y 207

⁷ Cf. Tercera parte, capítulo II, n° 704

⁸ Cf. CD 15a

⁹ Cf. PO 7a

¹⁰ Cf. PO 2b, 7b

¹¹ Cf. LG 28b; PO 7°; CD 15a

¹² Cf. LG 28a

¹³ Cf. PO 7, 1

¹⁴ Cf. PO 8, 1

¹⁵ Cf. LG 28, 2

tarea pastoral en la Iglesia particular; y, por otra, que el ministerio del presbítero, sin este nexo concreto con su obispo, estaría teológicamente incompleto.

La insistencia de los Padres conciliares en el hecho de que los presbíteros forman con su obispo un único presbiterio en la diócesis significa, pues, que esta institución no es ni un colegio universal paralelo al Colegio episcopal, ni una simple corporación puesta frente al obispo, como, por ejemplo, el Cabildo catedralicio, porque este mismo forma parte del presbiterio.

El presbiterio es, en la eclesiología conciliar, una institución fundamental y constitutiva de la Iglesia particular, estructurada jerárquicamente y, por estar hecha de este modo, es capaz de poner de manifiesto, al mismo tiempo, la dimensión sinodal de la potestad episcopal y la analogía estructural de la Iglesia particular con la Iglesia universal.

Los presbíteros son considerados como “fieles colaboradores”.¹⁶ El Consejo presbiteral, expresión institucionalmente representativa del presbiterio, es definido como senado del obispo.¹⁷ Dos son las condiciones para ser miembro del presbiterio: la primera sacramental, esto es, haber recibido el sacramento del orden; la segunda no sacramental, haber recibido el cargo de un oficio eclesiástico.¹⁸

El carácter irrenunciable del presbiterio y la dinámica de reciprocidad necesaria entre obispo y presbíteros esta marcada en toda la doctrina,¹⁹ donde se prescribe con carácter obligatorio la constitución en cada diócesis del consejo presbiteral que, junto con el consejo pastoral y, sobre todo, con el sínodo diocesano, representa una típica expresión institucional de la estructura de la Iglesia particular.

3. NATURALEZA Y FIN DEL CONSEJO PRESBITERAL

Su constitución se remonta a los primeros tiempos de la historia de la Iglesia.²⁰ El *presbyterium* integrado por sacerdotes era el órgano colectivo que asesoraba al Obispo al mismo tiempo que le ayudaba en el gobierno de la Iglesia particular.

Esta institución, en cuanto a la función consultiva se refiere, cristalizó en el órgano administrativo denominado “cabildo”.

Su origen más próximo se encuentra en CD 27b, pero el texto más importante sobre su constitución es PO 7a, que dispone expresamente que *en toda diócesis debe haber un grupo o senado de sacerdotes, representantes del presbiterio, que con sus consejos pueda ayudar eficazmente al obispo en el gobierno de la diócesis*. Originariamente fue intención del Concilio renovar el cabildo catedralicio.²¹

El fundamento teológico del consejo presbiteral, se halla en la unidad entre presbíteros y obispo, basada en la comunidad ontológico-sacramental entre ellos, aunque con diferencia de grado. Esta comunión sacramental y jerárquica se apoya en el hecho de que los presbíteros son los cooperadores del orden episcopal,²² y los obispos disponen de ellos como “ayuda necesaria y consejeros en el ministerio y en la función de enseñar, santificar y apacentar al Pueblo de Dios”.

El Concilio enseña que la relación entre los mismos presbíteros se basa en la comunión sacramental²³ y en la unidad de la misión;²⁴ el concilio no habla nunca de colegio de los presbíteros,

¹⁶ Can. 245 § 2

¹⁷ Id. can. 495 § 1

¹⁸ Se consideran, además, ordinarios los miembros del presbiterio que están incardinados en la misma diócesis en donde ejercen este oficio, y extraordinarios los que no están incardinados en ella.

¹⁹ Cf. Can. 495 § 1

²⁰ Cf. 1 Tm. 4, 14

²¹ Cf. Código de 1917: can. 391 §1

²² Cf. PO 2b

²³ Cf. LG 41 c

²⁴ Cf. PO 1; 2b. d; 10a

sino sólo de íntima fraternidad sacerdotal²⁵ o de particulares lazos de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad.²⁶ Todos los presbíteros forman un único orden presbiteral,²⁷ en virtud del sacramento y por la comunión jerárquica con el orden episcopal.²⁸

Del único ministerio de Cristo que se transmitió por medio de los apóstoles,²⁹ de esa misma comunión surge una corresponsabilidad de los presbíteros junto con el obispo respecto a la consecución del bien espiritual de la diócesis, que encuentra su expresión concreta en formas de participación en el gobierno de la Iglesia.

4. ORGANO CONSULTIVO PECULIAR

La carta circular *Presbyteri Sacra* (=PS) dada por la Congregación para el clero,³⁰ después de dar las bases doctrinales por las que el presbiterio es una única familia que tiene por padre al obispo (nn. 1-3), define al consejo presbiteral como “órgano consultivo peculiar” del obispo, ya que por su misma naturaleza y por su forma de proceder es preeminente respecto a todos los demás órganos consultivos: es órgano del sacerdocio ministerial, al que esta confiada la tarea de apacentar al pueblo de Dios. Por su propia naturaleza, es *una forma de manifestación institucionalizada de la fraternidad existente entre sacerdotes y, como tal, está al servicio de la única y misma misión de la Iglesia.*³¹

De ahí la tremenda responsabilidad de los sacerdotes miembros, quienes están obligados a expresar sinceramente su propia opinión y, si la gravedad de los asuntos lo requiere, a observar diligentemente la reserva y/o el secreto.

Por su naturaleza, es un órgano permanente, pero temporal en cuanto a sus miembros y a su acción.³² Procede siempre en unión con el obispo y nunca sin él. Por estas razones sólo a él le compete el título y la función de senado del obispo, en el gobierno de la diócesis.³³

Tiene carácter representativo respecto al presbiterio, porque lo representa tanto dando consejos e informando al obispo, como ejerciendo la función de gobierno que es propia del presbiterio.³⁴

La constitución del mismo es obligatoria para el bien pastoral de la diócesis. Es claro que el mismo no puede confundirse ni con una especie de sindicato del clero³⁵ ni con una comisión del clero que se dedique a tratar sus necesidades materiales y espirituales, ya que se debe consagrar a estudiar las cuestiones que se refieren a la vida y gobierno de la diócesis.³⁶

El Consejo presbiteral está llamado a intervenir en lo relativo al ministerio y a la vida de los sacerdotes, en la organización pastoral de la diócesis, en los problemas pastorales concernientes al ejercicio de la jurisdicción por parte del obispo y, en general, en las cuestiones de mayor trascendencia para la vida de las diócesis.³⁷ Es un organismo consultivo “necesario” en la diócesis

²⁵ Cf. LG 28c; PO 8a

²⁶ Cf. PO 8a

²⁷ Cf. PO 1

²⁸ Cf. PDV 17-18

²⁹ Cf. PO 2b, d; 10a

³⁰ Cf. AAS 62 (1970) 459-465; EV 3/2449-2476 (11-IV-1970)

³¹ Sínodo de Obispos, Carta *Ultimis temporibus* (30-XI-1971) en EV 4, nn. 1226-1227

³² Cf. *Acta Commissionis*, en *Communicationes* 13 (1981) 130. Los miembros de derecho cesan al cesar el oficio por el que se han hecho miembros del consejo. Los elegidos o nombrados permanecen durante el tiempo determinado en los estatutos. De tal modo que el Consejo se renueva todo o en parte cada 5 años, aunque pueden ser elegidos o nombrados de nuevo los mismos.

³³ Cf. PS n° 10; Directorio *Ecclesiae Imago*, n° 203b, (22-II-1973), en EV 4/ 1945-2328.

³⁴ Cf. PO 7a; *Motu Proprio Ecclesiae Sanctae* I, 15 § 1; PS n° 6

³⁵ Cf. *Acta Commissionis*, en *Communicationes* 14 (1982) 215

³⁶ Cf. *Motu Proprio Ecclesiae Sanctae* I, 15 § 1; PS n° 8; Directorio *Ecclesiae Imago* n° 203b

³⁷ Cf. Can. 500 § 2

ideado por el Concilio Vaticano II como senado del obispo e instrumento de representación del presbiterio para que pueda ayudarlo en el gobierno de la diócesis.³⁸

La importancia que posee se deduce, por ejemplo, al establecerse que para la validez de determinados actos, el Obispo está obligado a oír³⁹ al consejo presbiteral en los casos previstos por el derecho.⁴⁰ Y en los casos más importantes se le invita a hacerlo.⁴¹

De la misma naturaleza del consejo se deduce que es el Obispo quien lo convoca y lo preside, determinando además las cuestiones que haya que tratar o aceptando las que proponen los miembros⁴² y dando, eventualmente, si se ve oportuno y prudente a conocer lo que se establezca en el desarrollo del mismo.

El parecer y/u opinión de los sacerdotes formulando su apreciación o voto acerca de las cuestiones propuestas es de gran importancia, ya que el voto de los miembros constituye un eslabón significativo en la toma de decisiones, y el elemento del cual se vale el Obispo para llegar a una conclusión. Se podría llamar necesario para el Obispo las opiniones de sus sacerdotes,⁴³ especialmente la de los mayores y los más conspicuos, porque además son pareceres jurídicamente pertinentes. El Obispo tiene el deber de ponderar los pronunciamientos atendiendo a las circunstancias generales del caso y a los términos en que hayan sido expresadas las opiniones. El Obispo, en la medida de lo posible, debe actuar en la línea de las convergencias con el parecer señalado, sabiendo, no obstante, que a él le corresponde la entera responsabilidad de la decisión que en cualquier sentido adopte en función del bien pastoral. Pero será una decisión enriquecida con el aporte, los datos y el sentir de su presbiterio.

La categoría constitucional del Consejo Presbiteral nos hablan de un órgano sustantivo, es decir, con personalidad propia y caracterizado por su propia función: la de aconsejar y ayudar a gobernar. La función del Consejo se ejerce en un momento previo a la decisión del Obispo; incide en la fase de formación de la voluntad del ordinario. Las decisiones que tome el Obispo a partir de él, son psicológicamente más vinculantes.

La existencia de la función consultiva es imprescindible para la buena marcha de cualquier tipo de administración, mucho más en el supuesto de una sociedad, como la eclesial, cuya autoridad es esencialmente ministerial o de servicio.

Sobre la estructura del Consejo presbiteral el derecho universal dice poco, por consiguiente son los estatutos los encargados de decir mucho.

El Consejo Presbiteral, junto con el consejo pastoral y el sínodo diocesano si bien de diferente valor eclesiológico, contribuye a configurar la fisonomía pastoral de la Iglesia particular.

5. COLEGIALIDAD Y PARTICIPACION EN LA TAREA PASTORAL

La Iglesia como comunión evidencia las estrechas relaciones orgánicas que se deben dar entre el gobierno monárquico de la Iglesia particular y su realidad comunitaria, que se expresa a través de

³⁸ Las cuestiones de mayor importancia son las que atañen a la santificación personal y ciencia sagrada y demás necesidades de los presbíteros, como a la santificación e instrucción religiosa de los fieles y al gobierno de la diócesis en general, como temas propios del ministerio sacerdotal que los presbíteros desempeñan a favor de la comunidad eclesial. Le compete, entre otras cosas, buscar los objetivos claros y distintamente definidos de los diversos ministerios, que se ejercen en la diócesis, proponer las prioridades, indicar los métodos de acción, impulsar todo lo que el Espíritu suscita habitualmente por medio de los individuos y de los grupos, fomentar la vida espiritual, de modo que pueda lograrse más fácilmente la necesaria unidad. También tratar acerca de la equitativa distribución de bienes para el mantenimiento del clero, y lo que hace a la erección, supresión o renovación de las parroquias. (Directorio *Ecclesiae Imago* n° 203 b.)

³⁹ Cf. Can. 127 § 2, 2°

⁴⁰ Cóns. 461 § 1; 515 § 2; 531; 536 § 1; 1215 § 2; 1222 § 2; 1263

⁴¹ Cf. Directorio *Ecclesiae Imago* n° 203b

⁴² Cf. Can. 500 § 1 y § 3

⁴³ Cf. Can. 384

diversos órganos colegiados. Estos órganos, presididos por el Obispo, no deben entenderse como instrumentos de control, sino de ayuda a su ministerio.

La fraternidad por un lado y la corresponsabilidad colegial por el otro, apuntan al estilo de vida propio de la Iglesia y robustece la comunión que en la Iglesia es esencial que vivan, principalmente, sus pastores. Todas las funciones de los miembros de la Iglesia son actualizaciones del único sacerdocio de Cristo. La Iglesia se va construyendo como un cuerpo organizado en el que cada uno de sus miembros tiene su función propia, distinta de las funciones de los demás miembros. El punto central de esta tarea se le asigna al Obispo, que tiene en plenitud el sacerdocio ministerial. Por lo tanto, es función propia de él, dentro de la Iglesia particular, forjar y mantener la unidad de la misma, haciendo que los distintos dones y carismas estén en función del proyecto unitario de comunión. No actuar en comunión equivaldría hacer fracasar el sacerdocio de Cristo, ya que es él el que actúa realmente cuando un sacerdote ejerce su ministerio.

Una de las grandes responsabilidades del consejo presbiteral es fomentar una autentica amistad entre todos los presbíteros, porque mal se podrá actuar en unidad y en comunión si no hay fraternidad y verdadera amistad, salvando las distintas personalidades.

Los presbíteros son colaboradores activos del Obispo,⁴⁴ el Consejo presbiteral⁴⁵ es el colaborador directo porque el servicio que brinda es un servicio a la paz y a la unidad de la Iglesia, primero local y luego universal; descubriendo y coordinando, junto con el Obispo, los distintos carismas, creando para ellos espacios libres, animándolos y, si la unidad lo requiere, llamándolos al orden. Para ello el dialogo en la diócesis es determinante, porque los problemas no se ven mejor ni desde arriba ni desde abajo, sino desde la objetividad; y la objetividad es más perfecta si se ven las cosas desde ambas vertientes.

El Obispo al ser punto de referencia en la comunión presbiteral, por tratarse del mismo sacerdocio que él posee en plenitud, lo que se haga al margen o en contraposición a él, está llamado al fracaso desde el punto de vista de eficacia apostólica, ya que no se actuaría desde la comunión sino de posturas personales.

Es deber de todos estar abiertos al todo en actitud de integración y subordinación, porque no hay Iglesia local que sea "Iglesia" si no es en un cuerpo.

Toda obediencia eclesial es la fraternidad del que manda: su mandar debe ser conducir (guiar) y unificar, pues la única razón de ser del mando en la Iglesia es el crear la unidad en la pluralidad.

La unidad de la Iglesia no es una dimensión meramente administrativa, sino teológica y ella se da primariamente en la comunidad local, que no es una filial de la Iglesia universal, sino la realización concreta de ésta en un determinado lugar.⁴⁶ Para ello tiene una cierta autonomía y responsabilidad en los asuntos que le conciernen, de acuerdo con el principio de subsidiaridad.

Responsable de la Iglesia local es el Ordinario⁴⁷ y su consejo presbiteral. Las Iglesias particulares son "porciones del Pueblo de Dios" confiadas a los obispos, sucesores de los apóstoles y miembros del colegio episcopal, para que las presidan como fundamentos visibles de unidad⁴⁸ en nombre de Cristo y las apacienten con la cooperación de los presbíteros. El sentido de la Iglesia particular es hacer posible el desarrollo de la actividad salvífica de la Iglesia en el espacio y en el tiempo; es decir, *en la particularidad y diversidad de personas, grupos, tiempos y lugares.*⁴⁹

⁴⁴ Cf. Can. 384: "El Obispo diocesano atienda con peculiar solicitud a los presbíteros, a quienes debe oír como a sus cooperadores y consejeros..."

⁴⁵ Cf. Can. 384 "...cuya misión es ayudar al Obispo en el gobierno de la diócesis... para proveer lo más posible al bien pastoral de la porción de pueblo de Dios que se le ha encomendado".

⁴⁶ Cf. LG 23; CD 11; Congregación para la Doctrina de la Fe, "Carta *Communio notio* (28-V-1992) n° 7 en AAS 85 (1993) 840.

⁴⁷ Cf. Cóns. 381, 391 y 740

⁴⁸ Cf. LG 23

⁴⁹ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, "Carta *Communio notio*" (28-V-1992) n° 7 en AAS 85 (1993) 840.

Teología

El sacerdote, hombre eucarístico. Liturgia y vida

R.P. Jesús Castellano Cervera, ocd.

Rector del Teresianum. Roma.

Ante el tercer milenio de la iglesia, en pleno Jubileo del 2000, parece urgente, dedicar esta reflexión teológica y espiritual al ministerio eucarístico del sacerdote. Pasan los Años santos, pasan los documentos. Gracias a Dios el evangelio y la eucaristía no pasan. Palabra y eucaristía son realidades cotidianas.

Hace unos meses tenía esta sensación, mientras celebraba la misa en un capital de África, Yaundé. Cada día, allí como en todos los lugares, la iglesia vive de un trozo del pan de la palabra y de un trazo de pan de la eucaristía. Vive de lo esencial de Cristo Palabra que nos recuerda toda su predicación, la revelación que él nos ha hecho, proclamada y actualizada cada día, como un fragmento que lo contiene todo; y de la eucaristía, memorial de su entrega total al Padre y a nosotros en el misterio pascual de muerte y de vida. De esta palabra y de este memorial vive esencialmente la Iglesia.

UNA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL EUCARÍSTICA

Pero de esta eucaristía vive la Iglesia a través del ministerio sacerdotal que es esencial para su celebración. La gran intuición de Cristo ha sido precisamente ésta: confiar a sus apóstoles y a sus sucesores los ministros, una realidad tan sencilla como la escucha de la palabra y la fracción del pan; no sólo con la posibilidad de hacerlo presente, y con él todo su misterio redentor, sino para poder recrear en torno a la eucaristía, en cada lugar del mundo donde un sacerdote asegura su celebración, la Iglesia en sus rasgos esenciales: una comunidad convocada por la palabra puesta en oración delante del Padre, recreada por el memorial de Cristo, hecha un solo cuerpo por la comunión con el cuerpo y la sangre de su Señor, para ser en ese lugar el signo de la presencia viva de Dios en el mundo.

Por eso hay que valorar al máximo lo que significa cada día para el sacerdote esa espiritualidad de la celebración. Ese celebrar viviendo lo que se celebra y como se celebra. La espiritualidad sacerdotal tiene que ser espiritualidad eucarística, en el sentido de una espiritualidad que nace del celebrar conscientemente la eucaristía, cada día, y dejarse plasmar por el misterio celebrado.

A la luz de la eucaristía celebrada

Eso quiere decir que el sacerdote tiene que entrar conscientemente en la celebración. con todas las consecuencias. Tiene que vivir lo que el ministerio le pide: que presida con amor y humildad, que esté delante del Señor con pureza de espíritu, que ore de verdad lo que dice al Padre en las fórmulas litúrgicas, que esté atento a lo que lee y proclama. Que ejerza un humilde ministerio profético en la homilía, siendo cada día un evangelizador para los muchos o pocos fieles que con él quieren vivir la comunión cotidiana con Cristo palabra y eucaristía. Que haga sentir en su plegaria la oración de toda la Iglesia.

Lo puede y lo debe hacer, con esa conciencia de ser siempre una persona a la que se le ha concedido una gracia ministerial que rebasa sus méritos y sus virtudes y lo hace siervo de sus hermanos. Pero con la conciencia de ser un servidor del misterio que celebra. De ser en este caso un siervo de Cristo y de la Iglesia, en ese sacerdocio que por eso se llama ministerial, de servicio.

Momento fontal y culminante de la vida sacerdotal

Todo ello significa que la eucaristía es también para el sacerdote «culmen et fons». culmen y fuente de su experiencia sacerdotal cotidiana. Fuente porque cada día el sacerdote vive el momento que lo configura de verdad ante Dios y ante sus hermanos el momento del que tendría que brotar lo que hace y el modo con que realiza su existencia en sus otras acciones y ministerios pastorales: la evangelización, la caridad, la animación de la catequesis, de la comunidad cristiana, la atención a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a los enfermos.

Y momento culminante porque con esa comunidad que celebra la eucaristía, sobre todo el domingo, vive el momento más alto de la experiencia comunitaria de ser sacerdote para Dios y para los demás.

Lugar donde el sacerdote nace, renace y se forma

Hemos nacido como sacerdotes en una celebración eucarística, la de nuestra ordenación sacerdotal. Todo lo que en aquella ocasión recibimos estaba en relación con la eucaristía: la imposición de las manos, las palabras consagradorias de Obispo, las vestiduras sacerdotales, el pan y el vino recibido de las manos del pueblo de Dios y del Obispo. Pero todo esto en el mismo dinamismo eucarístico que hace referencia a Cristo, el cual recapitula en la institución de la eucaristía toda su vida, el don de su cuerpo y sangre, todo lo que él es, ha hecho y hará para su Iglesia.

Lo mismo ocurre con el sacerdote. No porque solamente se le ordena para «decir misa», como si en ese decir la misa estuviera ya incluido todo, sino para que, celebrando la eucaristía, encuentre la raíz de toda su comunión con el Padre, con Cristo y el Espíritu, su identificación con su Señor y Maestro, la posibilidad de hacer crecer la Iglesia con las palabras de Jesús y las suyas. con el don de la vida de Jesús y el don de su propia vida.

La fidelidad a un celebrar que sea verdadero, convencido, sincero, es fuente de esperanza para cada sacerdote que puede vivir, desde la celebración, una verdadera espiritualidad ministerial.

En el molde mismo de la vida en Cristo y en la Iglesia

Usamos aquí la palabra molde, para recordar que el sacerdote tiene que dejarse modelar conscientemente por ese Cristo que hace presente con su propia persona. Se necesita entrar en ese molde eucarístico. Ser lo que expresan palabras y gestos. Dejarse modelar por el Espíritu Santo en sus gestos y palabras, sin exageraciones ritualistas, sin intimismos, con sobriedad, pero sin banalidades ni prisas. Con la misma sencillez de los gestos de Jesús en el evangelio y en la última Cena.

Dejarse modelar por lo que la celebración expresa por parte del presbítero en comunión con su gente, con su pueblo. Como un hermano entre los hermanos, que hace presente la palabra, la persona, la oración de Cristo, su autodonación a su Iglesia. Para que aprenda que de los mismos gestos de la celebración tiene que nacer el amor por su comunidad eucarística, su parroquia, su gente, con el deseo de dar la vida por ellos, de vivir con ellos la palabra explicada cada día. de compartir las mismas acciones de catequesis y de caridad.

Aun cuando tenga la experiencia, y la tenemos todos, que apenas terminamos la celebración, nos salimos del molde. nos desfiguramos, no mantenemos viva la imagen y los gestos mismos de Jesús. ¡Qué más da! La importante es que volvamos nosotros, y la Iglesia, cada día, a este molde eucarístico que nos configura con Cristo y nos hace su cuerpo, para que al menos cada día, en ese

fragmento de vida y de historia, seamos lo que debemos ser. E intentemos volver a serio con perseverancia, con fidelidad cada día.

Si la Iglesia no se ha desfigurado es porque cada día vuelve a configurarse con Cristo en la eucaristía.

Como Cristo, hombre eucarístico para el Padre y para el mundo

En el fondo, el sacerdote no recibe una inspiración externa o un modelo exterior, sino desde dentro lo reclama su configuración con Cristo a ser como él. Ser un hombre eucarístico significa ser una persona que vive de cara al Padre y de cara a los hombres esas actitudes que fueron las mismas de Jesús. Vivir frente al Padre, en su presencia, para su gloria, abandonado a él, con el deseo de cumplir su voluntad, como un canal limpio y puro que trasmite las palabras, la voluntad, la vida del Padre. Vivir en actitud oblativa, pero con la generosidad que facilita el gozo del Espíritu.

Y vivir de cara a los demás, eucarísticamente, significa: hacer de su vida un don, dando a los demás su tiempo, sus cualidades, compartiendo con ellos la vida. Con un toque de gozo, de gratitud, y de gratuidad. Sintiendo realizado en ese don, haciendo que crezca entre los cristianos la cultura eucarística del compartir, del trabajo en común, del voluntariado, de la preocupación por el bien común.

EL ICONO DEL SACERDOTE CELEBRANTE

En la persona de Cristo

Si hemos de dar crédito a una observación del Cardenal Martini, no se ha desarrollado mucho la espiritualidad sacerdotal a partir de la celebración eucarística. Y, sin embargo, es necesario hacerlo.

Ante todo, desde esa perspectiva que se ha desarrollado más en línea teológica que espiritual: en la persona de Cristo.

Podemos citar unas palabras de Juan Pablo II en la Carta *Dominicae Cena*: «El sacerdote ofrece el Santo sacrificio en la persona de Cristo, que quiere decir algo más que en el nombre o haciendo las veces de Cristo, es decir en la específica identificación sacramental con el sumo y eterno sacerdote, que es el autor y el principal sujeto de este suyo y propio sacrificio en el cual, en verdad, no puede ser sustituido por ninguno. La toma de conciencia de esta realidad lanza una cierta luz acerca del carácter y del significado del sacerdote celebrante. Este, de manera sacramental y a la vez inefable, es introducido e inscrito en esa estrecha realidad sagrada, en la cual él, a su vez asocia espiritualmente a todos los que participan en la asamblea eucarística» (*Dominicae Cena* n. 8).

Comentando este texto, el Card. C.M. Martini notaba que se trata de pasar de lo teológico objetivo a ese sentido subjetivo, existencial, psicológico. Se trata de caer en la cuenta y de no confiarlo todo a esa noción clásica, pero abstracta, del «opus operatum». que asegura, pase lo que pase, la eficacia del don. Es mejor llamar la atención acerca de esa subjetividad con la cual el sacerdote realiza ese «opus operantis Christi», que en las palabras clásicas de san Juan Crisóstomo es prestar a Cristo la boca, las manos, las palabras y el corazón para ejercer su sacerdocio. Y todo eso requiere una dimensión de pedagogía y de mistagogía de la celebración. Pedagogía y mistagogía para saber celebrar y para entrar de lleno en ese dinamismo de la celebración.

En virtud da Espíritu Santo

La celebración requiere, pues, la total transparencia y ósmosis con el Espíritu Santo, la total verdad de las palabras, de los signos, de los sentimientos, dejando a su acción la necesaria suplencia de debilidades y límites humanos. Los orientales hablan del Espíritu como aquel que concelebra con nosotros. Una rúbrica de la liturgia oriental bizantina es muy significativa. Mientras los ministros se preparan para celebrar, el diácono dice al sacerdote: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el Altísimo te cubrirá con su sombra». Y el celebrante lo confirma con estas palabras: «El Espíritu Santo concelebrará («silleitourgései») con nosotros todos los días de nuestra vida». De esta forma el sacerdote, hecho icono vivo de Cristo, puede celebrar con la fuerza del Espíritu Santo que modelará desde dentro sus voz, sus gestos, su plegaria.

Saber celebrar en comunión con la asamblea

El sacerdote tiene que saber celebrar presidiendo la asamblea. Ni con los ojos cerrados, ni distraído, ni extrovertido, sino con la noble actitud de quien es cabeza de una comunidad eucarística y sabe que sus gestos, el tono de su voz, la unción de sus palabras, la forma viva de celebrar influye en los demás.

Un sacerdote que está en comunión con la asamblea, «coram ecclesia», que no quiere «decir frente a la Iglesia», como algunos erróneamente traducen, sino en presencia de la asamblea y en comunión con ella, como hermano entre los hermanos por el sacerdocio común, y como cabeza de esa Iglesia eucarística en cuanto posee el sacerdocio ministerial para servir al sacerdocio de los fieles.

Una experiencia espiritual, personal y comunitaria

El principio de la espiritualidad de la celebración es la verdad misma de la revelación, con la bondad de la comunión salvífica de Dios en Cristo, y la participación en la vida divina mediante el Espíritu Santo en la sacramentalidad de la Iglesia. Todo ello tiene una intrínseca belleza y armonía que eleva todo el ser humano, toda la comunidad celebrante; de esta forma la celebración litúrgica del misterio de la salvación está capacitada para realizar una auténtica promoción de la espiritualidad, en su vertiente teocéntrica y contemplativa, y en su dimensión antropológica y social. Todo ello se concentra en la celebración misma de la eucaristía en la que, como en un molde, hay que vaciar, con intensidad teologal, los más altos sentimientos y la más bella expresividad de los gestos, palabras y ritos, para que todo quede como «iconizado», en la máxima manifestación del misterio de Cristo y de la Iglesia que es precisamente la celebración de la eucaristía.

En efecto, es precisamente en esa plena identificación con la presencia y los sentimientos de Cristo y de su Iglesia, en el encuentro sacramental del Esposo y de la Esposa, en la celebración memorial y sacramental del momento culminante de la salvación, el misterio pascual, actualizado en cada eucaristía, donde la espiritualidad cristiana se renueva y se concentra, se expresa y se celebra, con toda su riqueza objetiva y con todas sus exigencias de participación subjetiva. Sin dualismos, de manera que se extienda a la vida cotidiana, a la caridad y al apostolado.

Todo ello requiere superar la mentalidad de la mera participación activa de los fieles, para entrar en una visión más profunda que es la de la celebración o con-celebración de todo el Pueblo santo de Dios, en la variedad de los ministerios. En esa celebración toda la asamblea, con sus presencias y ministerios, pone de relieve que se trata de sujetos activos, necesarios, co-ministros que concelebran en el mismo Espíritu Santo. Y esto supone, dentro del dinamismo de la estructura e infraestructura de la misa, un celebrar en el Espíritu y en la verdad. El Espíritu hace que lo divino -la presencia, la palabra, la realidad del misterio de Cristo- penetre en el tiempo y en el espacio, en la

misma realidad humana de los ministros y de la asamblea celebrante; y permite también a la comunidad celebrante franquear el umbral del misterio con la plegaria y los gestos sacramentales.

Comunión de sentimientos y actitudes

El sacerdote que celebra en comunión con la asamblea lo hace con una verdadera relación afectiva hacia la Iglesia eucarística que preside. Con el afecto sobrenatural y a la vez humano que suponen todas esas palabras hermosas que él dirige a la asamblea.

En efecto, a esa comunidad, con el saludo inicial desea la paz, la presencia de Cristo, la comunión trinitaria. Sobre esa asamblea invoca el perdón. Asegura la presencia de Cristo y la verdad de su evangelio, la realización cotidiana de la historia de la salvación, con la palabra y su explicación homilética, invita a participar plenamente en la plegaria eucarística que él profiere. Invita a mantener la conciencia filial al rezar juntos el Padre nuestro; ofrece la paz de Cristo, antes de ofrecer a los fieles el cuerpo y la sangre del Señor. Les desea que continúen viviendo la eucaristía en la experiencia cotidiana en el envío final, tras haberlos bendecido en el nombre de la Trinidad.

Se trata de palabras y gestos importantes para decirlos y vivirlos. Son palabras humanísimas y a la vez divinas, para que la asamblea se sienta en esa realidad divina y humana de la iglesia, comunidad de hermanos y de hijos de Dios.

LO ESPECÍFICO DE LA ESPIRITUALIDAD EUCARÍSTICA

Con los mismos sentimientos de Cristo

El secreto de una espiritualidad eucarística está precisamente en celebrar la eucaristía y vivir todos sus compromisos y virtualidades. Sin que lleguemos a ser, como decía el Card. Martini en una ocasión, la contradicción misma de lo que celebramos. Esa especie de desmentido del profesionalismo que nos lleva a una forma mecánica de celebrar, que provoca en nosotros la desgana y el tedio, el no sentir ya nada dentro de nosotros.

Es verdad que la experiencia espiritual no se improvisa, incluso que en la experiencia espiritual hay momentos de prueba y de aridez, de pruebas pasivas purificadoras y noches oscuras de la misma celebración eucarística. Poco a poco se interioriza y purifica la motivación del celebrar, se pasa de los primeros entusiasmos a la aridez, y se crece y se madura cuando cada día se siente la novedad de la celebración, desde el amor a Cristo y a la asamblea.

Pero a parte de esos momentos difíciles, lo normal es que el sacerdote tenga siempre abierto en la perseverancia cotidiana el camino hacia una experiencia de normalidad, vivificada por la vida teologal. No olvidemos que la eucaristía en su misma estructura, es algo tan sencillo como la palabra, el pan y el vino que compartimos en la mesa familiar. No hay teofanías ni milagros aparatosos. Pero puede crecer nuestra espiritualidad eucarística, si la vivimos con los mismos sentimientos de Cristo ante el Padre. Es la exaltación de la normalidad de vida cotidiana.

Esos sentimientos se reflejan sobre todo en la predicación de la palabra, como ministerio cotidiano de evangelización. en la oración eucarística. Sentimientos de Cristo evangelizador y de Cristo en su misterio pascual.

Una Plegaria filial: con los ojos puestos en el Padre

Una cualidad de los sentimientos de Cristo que el sacerdote vive en la celebración, es la dimensión filial de la eucaristía.

La plegaria eucarística exige del celebrante y de toda la asamblea del pueblo de Dios -la Iglesia eucarística- una profunda actitud teológica, ya que se trata de una plegaria a la vez dicha con audacia, con «parrhesía», «en alta voz y descubiertos los rostros», como se expresa una de las más antiguas anáforas cristianas, y con docilidad filial, suavemente empujados por el Espíritu.

Es plegaria *filial* en su diálogo abierto con el Padre, a quien se dirigen normalmente todas las expresiones; es oración *presidencial*, porque desde siempre se ha reservado al presidente de la asamblea. Lo cual quiere decir que el sacerdote expresa el nosotros filial y familiar de toda la Iglesia celebrante. Desde el prefacio hasta la doxología, el sacerdote invoca al Padre, lo reconoce como fuente de todo bien y como meta de toda la plegaria. Es un momento importante para que el sacerdote recupere su dignidad y su confianza de hijo.

Una Oración que interpreta y asume la oración de toda la Iglesia

Pero la oración del sacerdote no es sólo suya. Es oración eclesial, conserva el tono plural de la Iglesia entera, familia y pueblo de Dios, según las hermosas expresiones del canon romano. Ya san Juan Crisóstomo insistía en esta dimensión comunitaria del nosotros de la plegaria eucarística, para que todo el pueblo se viese reflejado en los sentimientos expresados por el sacerdote: «Vemos que la oración eucarística es común, ya que el sacerdote no da gracias -no «eucaristiza»-por sí solo sino que el pueblo «eucaristiza» con él, ya que el sacerdote no comienza su acción de gracias sino después de haber obtenido la conformidad de los fieles, expresada en la frase «Es justo y digno»... Pues bien, todo esto os lo digo para que todos vosotros estéis atentos, es decir, todos los fieles, aun los más simples, a fin de que caigamos en la cuenta de que formamos todos un solo cuerpo y que entre nosotros no existe más diferencia de la que puede haber entre los miembros de un mismo organismo» (*Com.in 2 Cor., Hom. 18,3: PG 61,527*).

El mismo sentido dialogante, propio de muchas anáforas antiguas y de algunas recientes, ofrecen el pleno sentido de una participación en la que el plural oracional no puede ser simplemente mayestático, expresión del «nosotros» del ministro o de los concelebrantes, sino más bien, como parece expresar el canon romano, en su típico equilibrio: el de la ministerialidad propia de los sacerdotes y la asociación sacramental de los fieles a la ofrenda del sacrificio: «nosotros tus siervos y todo tu pueblo santo».

En la voz del sacerdote tiene que reconocer la asamblea su propia voz. Y en su oración el sacerdote tiene que llevar hasta el Padre la oración de toda la Iglesia.

DE LA EUCARISTÍA A LA VIDA

Cuando hablamos del sacerdote como hombre eucarístico, no nos referimos sólo a su modo de celebrar la eucaristía, o a su piedad eucarística personal. Los sentimientos que vive en la eucaristía celebrada, por ser los mismos sentimientos vividos por Jesús en su existencia cotidiana, tienen que hacer de él una persona que se deja plasmar por lo que celebra. Y tiene que dejarse eucaristizar por el misterio celebrado.

Hay dos dimensiones que son importantes en esta vivencia de la eucaristía. Eucaristizar su oración y eucaristizar su vida.

Eucaristizar su oración significa invitar a hacer de su oración un reflejo de la eucaristía celebrada: una oración que en la «lectio divina» prolonga la liturgia de la palabra. Y una oración que es capaz de orar la palabra y la vida con las mismas actitudes de la oración eucarística: alabanza, súplica, oblación, intercesión.

Eucaristizar la vida es hacer que poco a poco esas actitudes de la plegaria eucarística vayan creando una especie de antropología sacerdotal eucarística. Vamos a intentar decirlo con brevedad.

El sacerdote hombre de la gratitud y de la gratuidad

La eucaristía nos sitúa siempre ante un Dios que es la fuente de todo don y de toda gracia. Ante este Dios hay que responder con gratitud. Tener ojos limpios para ver que todo es gracia. Saber leer la propia historia como una historia de salvación, con gratitud por los dones de Dios, incluso por esas felices culpas que nos llevan o nos han llevado a reconocer a Cristo más hondamente como nuestro Redentor.

Ser persona agradecida es tener una actitud noble ante Dios y ante los hombres, si un corazón agradecido es un corazón bien nacido. Ese saber dar gracias y ser, para Dios y para los otros, hombres agradecidos, es de importancia capital para cambiar la cultura del egoísmo.

Ojalá cada uno de nosotros sepa decir con una hermosa canción del Movimiento de los Focolares, reconociendo todo lo que hemos recibido y recibimos de Dios: «Doy gracias, por todo y por siempre... ». La eucaristía nos educa a la gratuidad. No a la cultura del egoísmo, sino a la cultura de don y del donarse.

Una cultura que tenemos que propagar, porque es la cultura de Jesús, del hombre que pasó haciendo bien a todos. Con gratuidad. Hasta dar la vida.

Persona de la súplica y de la intercesión por su pueblo

El sacerdote sabe, por su propia experiencia, que él y todos tenemos necesidad del Espíritu Santo. Con él todo es posible. Sin él todo es precario. Por eso Jesús nos enseña que no negará nunca el Espíritu a quien se lo pida en su nombre al Padre con confianza (cf. Lc 11,13) Otras cosas no nos concede, pero el Espíritu nunca nos lo niega.

La epiclesis de la eucaristía significa en la vida real tener y propagar entre los fieles una confianza infinita en el Espíritu Santo, pedir sus dones, manifestar sus frutos, crear las condiciones, como María hizo en Pentecostés con los apóstoles, para que viniera el Espíritu: la perseverancia de la fidelidad, el fervor de la oración, la concordia y la unidad de los corazones.

Las comunidades que tengan esta sensibilidad tendrán todos los dones y frutos del Espíritu. De estos dones y frutos tiene necesidad nuestra Iglesia, en todas sus instancias, para el próximo milenio.

Como Cristo, pan que se parte y se reparte

El sacerdote que celebra la eucaristía aprende, o puede aprender cada día, que el gesto de la Cena y el gesto de la cruz, el pan y el cuerpo entregados, el vino y la sangre derramadas, no son realidades aisladas, sino el gesto fundamental y supremo de Jesús, hecho memorial cotidiano, para que la Iglesia viva como él vivió, en una actitud de donación.

Esta antropología eucarística que hace el hombre nuevo, nos indica fundamentalmente el modo de ser cristianos, de continuar en ese «como» ontológico de la vida trinitaria que continúa en la Iglesia, el modo de ser de Dios. Un don que se reparte en la creación, que se entrega en la Encarnación, que se derrama con el Espíritu.

Ser don para los demás, provocar una reacción en cadena de don en la gratuidad. He aquí la gran revolución eucarística, nunca del todo actuada. que ya en la *Didaché* hacía decir: «Si tenemos en

común los bienes celestiales, ¿por qué no compartiremos también los bienes materiales?» (*Didaché* 4,8).

Volvamos a la cultura del don. Dar la propia vida, empezando por darla los unos por los otros. Este es el pacto de la eucaristía, al comer el mismo pan y beber juntos el cáliz. La conjura de la unidad, el brindis de la comunión y del pacto de la fraternidad, sellado con el cuerpo y la sangre del Señor.

Podríamos hablar también de una espiritualidad de la intercesión, es decir de la mediación, del diálogo. Del sacerdote capaz de llegar a los lugares más difíciles, descubrir las nuevas pobrezas, hacerse abogado de los pobres, ser mediador de todas las causas justas. Interceder con misericordia, incluso por los injustos. Para que nadie se sienta excluido del amor de Dios.

Animador de una espiritualidad eucarística

En la medida en que el sacerdote tiene un ministerio central de la presidencia de la eucaristía, puede y debe ser animador de una vida eucarística, entendida desde estas perspectivas nuevas, como realización de una espiritualidad viva. La comunidad cristiana no puede simplemente celebrar la eucaristía. Tiene que vivirla. Jesús en la eucaristía nos ha dejado el memorial de su existencia hasta el don supremo de sí. La celebración del memorial de su vida y de su pasión nos empuja a vivir con él, como él.

Los ministerios ejercitados en la liturgia son ministerios que requieren una continuidad en la vida cotidiana. La palabra proclamada se transforma en catequesis, la plegaria común en promoción de una pastoral de la oración; los que recogen las limosnas, tendrían que ser los que promueven los compromisos de la caridad y del servicio.

De este modo la liturgia eucarística podrá plasmar, como diremos, una comunidad eucarística que vive como celebra y vive lo que celebra. Con la fuerza misma de lo que celebra: el memorial de Cristo. Para sembrar con el culto y la vida la memoria viva de Jesús.

Una eucaristía que plasma y transforma la comunidad

En densas y sugestivas páginas de espiritualidad eucarística, F. X. Durwell habla del «rostro eucarístico de la Iglesia»; es decir, de aquella imagen ideal que la Iglesia ofrece de sí cuando celebra la eucaristía. Los rasgos luminosos del rostro eucarístico son simplemente los de una *Iglesia que ama* -en el sacramento del amor de Cristo hasta el don de la vida-, de una Iglesia que *crea y sabe*, o sea, que en la fe posee el secreto de la vida y de la historia, y celebra la fe que le ha sido dada; de una *Iglesia que espera* y se proyecta hacia el día del Señor-, de una Iglesia *destinada a la resurrección*, lavada de sus pecados, evangélica en sus compromisos, porque es evangelizada y evangelizadora. De una Iglesia «imagen de la Trinidad». De una Iglesia que tiene también un rostro mariano (cf. F.X. Durwell, *La eucaristía sacramento pascual*, Salamanca, 1982, pp. 142-153).

Este rostro eucarístico de la Iglesia está destinado a ser mostrado al mundo en la continuidad de la vida eucarística que surge de la celebración. La eucaristía es, entonces, la *forma* de vida de la Iglesia, el molde interior en el cual se vacía cada día, para recibir en la gracia del Espíritu el semblante mismo de Cristo, el primogénito. Sin la eucaristía la Iglesia se *deforma*, no adquiere el rostro eucarístico que la hace semejante a su Esposo. Con la eucaristía se *conforma* y se *transforma*, día tras día, con Cristo, en la gracia del Espíritu Santo, que es el *iconógrafo* interior de la belleza y la santidad eclesial.

Vivir al unísono con lo que se celebra y vivir lo que se celebra: ésta es la lección vital, cada día nueva, en el don renovado de la eucaristía. Los cristianos que participan en la eucaristía se hacen

partícipes del misterio del Crucificado resucitado, o sea, de aquel misterio que está en el centro de nuestra fe y de nuestra vida. En la celebración cotidiana se aprende a ser, en la oblación de sí y en el amor hacia los hermanos, «eucaristía para el mundo», así como Cristo ha sido y es todavía en la celebración cotidiana del misterio, «eucaristía para el Padre y para la humanidad».

En favor de la socialidad eucarística

En la espiritualidad de los Padres de la Iglesia, como Juan Crisóstomo o Basilio, hay una relación indisoluble entre el sacramento de la eucaristía y el sacramento del hermano. Son de sobra conocidos los textos de Juan Crisóstomo que proponen la analogía entre la presencia de Cristo en la eucaristía y su presencia en el hermano, en un paralelismo entre las palabras de la institución y las palabras del juicio final, en el capítulo 25 de Mateo (cf. la homilía que se encuentra en el oficio de lecturas del sábado de la XXI semana del tiempo ordinario). Si con la celebración tenemos «el ciclo en la tierra», clásica expresión de la liturgia oriental, con la caridad social que se desprende de la celebración y que lleva la vida eucarística hasta los hermanos necesitados, con la fuerza de una socialidad eucarística, conseguimos, según la certera expresión de Juan Crisóstomo, que la «tierra se convierta en cielo», se trata de una actitud que favorece la «mística» del hermano del pobre, en particular.

O. Clément ha hablado de la tragedia eclesial que supone una disociación entre el sacramento de la eucaristía y el sacramento del hermano. Sin una referencia a la eucaristía, el servicio tiende a secularizarse; sin la pasión por el hermano que hay que servir, la eucaristía se empobrece en una simple actitud devocional.

CONCLUSIÓN

Eucaristizar la vida personal

La celebración de la plegaria eucarística, y por lo tanto de nuestra participación orante y comprometida en el sacrificio y el banquete eucarístico, es el momento culminante de la espiritualidad de la Iglesia en su ser y en su obrar. En ella alcanza la plenitud de su ser Iglesia, en oración delante del Padre, en comunión con Cristo, llena del Espíritu. Aunque el momento sacramental necesite siempre una explicitación vital en el compromiso y en el testimonio de vida eucarística, por la comunión con el misterio que celebra y la alta expresión de vida teológica que la celebración requiere.

Tanto los sacerdotes que celebran la eucaristía como los fieles que con él «concelebran» el misterio de nuestra redención, expresan, de una manera muy intensa, su ser eucarístico; pueden reestructurar conscientemente su modo de vivir de cara a Dios, al menos en esos intensos momentos sacramentales de la celebración. como personas «eucarísticas». Se trata de una expresión que no debe ser asumida con superficialidad ni rebajada a devocionalismo. En su significado cabal quiere decir que el hombre, el cristiano, consciente de su creaturalidad y de su llamada al diálogo con Dios, conoce y reconoce, alaba y da gracias a su Creador por la economía de la salvación realizada en Cristo. Y lo hace con el gozo que es típico de esta oración adulta y libre: la acción de gracias. Dar una dimensión eucarística a la propia existencia significa aceptar el misterio pascual como fuente, culmen y norma de la propia vida, y por ello volver constantemente al misterio que plasma nuestra personalidad con los mismos sentimientos de Cristo. Podemos decir que es persona de hondas raíces eucarísticas la que se convierte con su oración y con su vida, a imitación de lo que celebra, en «epiclesis», invocación del Espíritu, ofrenda viva, intercesión universal por la salvación del mundo.

Y vive para Dios, como alabanza de su gloria, según la expresión paulina recogida en la IV plegaria: «seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria».

Transformar la vida comunitaria y social

La experiencia celebrante de la eucaristía debe forjar una espiritualidad del ser y del deber ser de la Iglesia, desde su más alta dimensión sacramental hasta las más comprometidas dimensiones de una evangelización liberadora y de una socialidad eucarística.

La celebración del misterio tiende a forjar o modelar una existencia que expresa la coherencia entre lo que se celebra y lo que se vive. Una existencia en la que la celebración pasa a la vida, en la dimensión del culto espiritual hacia Dios y en el amor al prójimo en el servicio. Ambas dimensiones están unidas indisolublemente en la espiritualidad eucarística de los Padres.

La eucaristía es fuente, culmen y norma de la vida de la Iglesia. En la plegaria eucarística podemos concentrar de un modo muy concreto esta afirmación que supone la espiritualidad del celebrar y del vivir al unísono de la, confesión de la fe que se proclama, con la intensidad de los sentimientos que se expresan y con la conciencia de sellar una alianza que compromete a vivir lo que se ha celebrado.

La espiritualidad de la plegaria eucarística puede dar un sentido nuevo a la oración. ya que ayuda a «eucaristizar» la oración personal y comunitaria, dejándola fluir por los cauces de la alabanza, de la invocación de la ofrenda y de la intercesión, sobre todo en la típica expresión adorante ante el Santísimo Sacramento. Pero la espiritualidad que nace de la plegaria eucarística va más allá y quiere plasmar una actitud de vida personal, comunitaria y social. con amplias repercusiones en la vida diaria y en compromiso de los cristianos.

Esta dimensión eucarística de la Iglesia ha sido confiada al ministerio sacerdotal. Desde esta perspectiva el ministerio del presbítero alcanza toda su hondura teológica y encuentra su dimensión de universalidad. La eucaristía, encomendada a los presbíteros por Jesús en la última cena se convierte, puede convertirse, en el centro de una renovación total de la comunidad cristiana, como comunidad de culto, de intensa vida fraterna, de gozosa y concreta vida de servicio.

La eucaristía se coloca así, naturalmente, en el centro mismo de la pastoral, en el culmen de la vida de la Iglesia; a su servicio tienen que estar todas las instituciones eclesiales, como realidades que fluyen de la eucaristía como fuente y a ella se orientan como culmen.

Espiritualidad

El sacerdote del tercer milenio

Pbro. Fernando Rodríguez Trives

Rector del Seminario de Orihuela-Alicante

1.- TRIPLE MARCO REFERENCIAL

En esta conversación que vamos a compartir, mi aportación parte de un presupuesto, la eclesiología; de un contexto, la pos-modernidad; y de un proyecto pastoral, la Nueva Evangelización. Este triple marco referencial creo que puede ayudar a barruntar y fundamentar el perfil del sacerdote del tercer milenio que pretendo dibujar.

1.1. Un presupuesto: la eclesiología

Si *Christifideles laici* define a la Iglesia como misterio (cf. ChL 7-17), comunión (cfr. ChL 18-31) y misión (cfr. ChL 32-44), y, *Pastores dabo vobis* afirma que "es en el misterio de la iglesia donde se manifiesta la identidad específica del sacerdote" (PDV 12) se ha de concluir que el ser y el quehacer del sacerdote también hemos de buscarlo en estas mismas categorías teológicas. El sacerdote se presenta como el hombre del misterio, de la comunión y de la misión.

Utilizo la palabra misterio dándole un contenido paulino: es la obra de salvación que Dios va llevando a cabo y se desvela en su misma realización (cfr. Ef 1,9). En este sentido, el sacerdote es el *hombre del misterio* porque ha sido llamado y consagrado. La vocación es un misterio (cfr. PDV 34) de amor gratuito (cfr. PDV 25): "es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor" (PDV 36). La llamada, por tanto, define el ser del sacerdote: es el hombre llamado. Por esta vocación, al igual que la Iglesia (cfr. PDV 35), el sacerdote se configura como "misterio de vocación". La consagración operada por el Espíritu realiza sacramentalmente este misterio de vocación, por ella, el sacerdote se configura con Cristo y está llamado a "imitar y revivir su misma caridad pastoral" (PDV 21).

La misión no es algo extrínseco o yuxtapuesto a la consagración: la consagración es para la misión (cfr. PDV 24). El sacerdote es el *hombre de la misión*. Así como la consagración de Cristo fue llevada a cabo por el Espíritu en función de la misión, así también la consagración del sacerdote no se entiende si no es en relación con la misión. El sacerdote en la misión vive y actualiza su consagración. Esta misión es constitutiva de su ser y quehacer ministerial porque, como la Iglesia, el sacerdote también "existe para evangelizar" (EN 14). "Los presbíteros existen y actúan para el anuncio del Evangelio al mundo y para la edificación de la Iglesia personificando a Cristo Cabeza y Pastor" (PDV 15).

En virtud de su consagración y misión es *el hombre de la comunión*. Es decir, "en su comunidad es como un signo sacramental de la unidad en la fe y en el amor, testigo de la herencia apostólica por su conexión con el obispo y signo de la comunión de los fieles"⁵⁰. Está al servicio de la unidad en la fe y de la comunión en la Iglesia. Este servicio de comunión no es una tarea hacia el interior de la Iglesia, sino que posibilita y hace eficaz la misión. Así lo dice *Christifideles laici*, "la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión" (ChL 32).

⁵⁰ CEC, *Sacerdotes para evangelizar*. 71

1.2. Un contexto: pos-modernidad

El segundo marco referencial para dibujar el perfil del sacerdote del tercer milenio, está ligado a los procesos culturales y a las repercusiones que éstos tienen en la vida del sacerdote.

En apretada síntesis, el contexto filosófico y sociológico actual se describe como el final de la modernidad: se habla de un mundo pos-moderno. La racionalidad científico-técnica ha asumido la función legitimadora de la realidad y ha acelerado un proceso que ha ido relegando lo religioso al ámbito de lo privado y marginal. Este proceso, que no es nuevo, pasa por tres momentos: el cambio de los modelos sagrados para explicar la realidad (desacralización), la autonomía de la ciencia y de la técnica y la incidencia, cada vez menor, de lo religioso en la sociedad (secularización), junto con la mayor preeminencia de lo civil Y laico (laicización). Cuando este proceso implica rechazo de toda experiencia religiosa y de toda presencia de Dios, se habla de secularismo. Por secularismo se entiende aquí la visión autónoma del hombre y del mundo que prescinde, margina o niega la dimensión trascendente y teológica de la realidad.

Este contexto, tan sólo insinuado, se refiere directamente a mi ámbito cultural. La realidad es mucho más poliédrica y plural. No obstante, independientemente de otras concreciones, el tomar conciencia del momento histórico y de sus procesos culturales es condición imprescindible para balizar el camino por donde el sacerdote ha de conducirse en el futuro si quiere ser fiel a su misión.

1.3. Un proyecto pastoral: la Nueva Evangelización

El proyecto pastoral de la Nueva Evangelización significa, implícitamente, reconocer el Final de un ciclo histórico marcado por la implantación y el desarrollo de la fe cristiana en un determinado contexto cultural. Evangelizar de nuevo supone promover cristianos que tengan la valentía de profesar, practicar y anunciar la fe en este nuevo mundo cultural en el que estamos inmersos. "Se trata de poner el fundamento de un mundo nuevo en el que el hombre descubra la posibilidad y el gozo de alabar a Dios desde sus condiciones reales de hombre moderno, que se vea hijo e imagen de Dios en su conocimiento científico del mundo, en la responsabilidad de su propia vida y de su historia, en el disfrute racional y fraterno de los bienes de la tierra"⁵¹.

La Nueva Evangelización, por tanto, requiere sacerdotes dispuestos y capacitados para trabajar pastoralmente de manera diferente. Sacerdotes impulsados por el Espíritu y suficientemente creativos para anunciar la Buena Noticia y desbrozar, con el testimonio de sus vidas, caminos de nuevas síntesis entre la fe y la cultura.

"Hoy en particular, la tarea prioritaria de la nueva Evangelización, [...], exige sacerdotes radicales e íntegramente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral, marcado por la profunda comunión con el Papa, con los Obispos y entre sí, y por una colaboración fecunda con los fieles laicos, en el respeto y promoción de los diversos cometidos, carismas Y ministerios dentro de la comunidad eclesial" (PDV 18, cfr. 10, 82, 51, 54).

II.- SEIS PALABRAS SOBRE EL SACERDOTE DEL III MILENIO

Fundado en este presupuesto eclesiológico, teniendo como contexto el nuevo marco cultural y como proyecto pastoral la Nueva Evangelización, quiero pronunciar seis palabras que dibujen el perfil del sacerdote del III milenio: testigo, misionero, pastor, hermano, servidor y misericordioso.

⁵¹ FERNANDO SEBASTIÁN, *Sacerdotes nuevos para la Nueva Evangelización en CEC, Sacerdotes para la nueva Evangelización*, Madrid 1990, 20.

2.1. Primera palabra: testigo

El sacerdote es fundamentalmente testigo. Esta palabra no es nueva, pero adquiere particular significación en el momento presente porque subraya en el sacerdote la necesidad de afirmar la experiencia cristiana fundante: el acontecimiento pascual. Somos testigos de Cristo resucitado.

Por tres razones creo que el sacerdote del tercer milenio ha de testificar con radicalidad a Cristo resucitado y ha de afirmar que Jesús es el Señor.

En primer lugar, porque la afirmación pascual significa que el sacerdote está decidido a contemplar y vivir la realidad no desde sus propias posibilidades, sino a partir de las posibilidades de Dios. En segundo lugar, porque el sacerdote siendo testigo de Cristo resucitado esta afirmando que la resurrección es el fin de la muerte, es decir, que la muerte no es la última palabra pronunciada sobre la vida. La muerte que representa el final, el fracaso de un proyecto, es al mismo tiempo hazaña de Dios y por ello, nuevo comienzo y razón de la esperanza. Y, en tercer lugar, porque la resurrección de Cristo es realidad anticipada de aquello que espera toda creación (cfr. Rom 8,19SS).

Por estas razones, la confesión pascual que realiza el sacerdote significa, de hecho, una crítica directa a toda imagen del mundo y del hombre cerrada y centrada en sí mismo, que se absolutiza sin dejar espacio a las posibilidades de Dios y es también anuncio de un futuro que ya es realidad pero que todavía no ha llegado a su consumación.

2.2. Segunda palabra: misionero

El testigo es misionero. Jesús se siente enviado por el Padre para anunciar la llegada del reino de dios y "para proclamar, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios" (EN 6). Este mismo encargo trasmite Jesús a los suyos. El sacerdote, transparencia de Cristo resucitado (cfr. PDV 15), es un enviado que ha sido seducido por Cristo y por el Reino. Esta seducción le hace exclamar con Pablo, "porque si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!", (1 Cor 9, 16). "Existen y actúan para el anuncio del Evangelio y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo Cabeza y Pastor y en su nombre" (PDV 15).

Destaco a continuación algunas actitudes que han de estar presentes en el sacerdote-misionero del tercer milenio. Es un sacerdote a quien puede más la pasión por evangelizar que sus limitaciones y temores. Se sabe enviado, por ello, no remite a sí mismo, ni retiene a los oyentes para sí, sino que los orienta hacia el Padre y los confronta con el Reino. Impulsado por la fuerza del espíritu se dirige a aquellos grupos y personas pobres y alejadas que no han oído el anuncio del Evangelio, porque en ellos se acredita más explícitamente la realidad del Reino que anuncia. Proclama íntegro el mensaje y sus oyentes perciben la originalidad del Evangelio que él testimonia. Experimenta que le va la vida en el Evangelio y le importa, en el fondo, más el Evangelio que su propia vida. Da gratis lo que ha recibido gratis (cfr. Mt 10.7) porque tiene experiencia de la gratuidad amorosa del Padre. Se entrega incondicional y definitivamente al Evangelio, empeña de por vida su vida entera. No se absolutiza con la tarea; él no inicia ni consume la obra evangelizadora, la responsabilidad última es del Señor y en sus manos deja sus azares y sudores. Convoca y genera comunidad en torno a la Mesa y la Palabra, y la preside en el nombre del Señor.

En definitiva, el sacerdote del tercer milenio, sale a los caminos llevando en su mochila el envío y la confianza en Aquel que le envía. Al igual que la Iglesia, su vida tiene pleno sentido "cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Noticia" (EN 15).

2.3. Tercera palabra: pastor

El sacerdote, como sabemos, por la ordenación se configura con Cristo Pastor. La caridad pastoral "es don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero. El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo a su imagen" (PDV 23).

La caridad pastoral, por ser deber y llamada, denuncia el ejercicio, en ocasiones, mediocre de nuestro ministerio y nos anuncia cómo debemos imitar, revivir y comunicar la caridad pastoral de Cristo.

Denuncia las deficiencias que ensombrecen el ejercicio de nuestro ministerio porque nos pregunta ¿en qué medida nosotros estamos participando existencialmente de las carencias sociales causas del desaliento, vacío o frustración que a veces experimentamos en el ministerio? Nos denuncia cuando pretendemos organizar el ministerio a nuestro propio interés y medida y no organizamos nuestra propia vida a la medida del ejercicio del ministerio. Desde la caridad pastoral, el Señor también hoy, como hizo en otro tiempo por medio del profeta Ezequiel, nos puede acusar de apacientarnos a nosotros mismos olvidándonos de las ovejas (cfr. Ez 34, 1-31).

La caridad pastoral, también es llamada y, por ella, nos anuncia el camino que hemos de recorrer en el futuro si queremos configurarnos plenamente con Cristo, Cabeza, Pastor, Esposo de la Iglesia. Si queremos imitar y revivir la caridad pastoral de Cristo hemos de amar con un amor primario y total a la comunidad a la cual servimos. Tiene que ser un amor que tenga como cualidades la ternura y la fidelidad. Las señales o frutos de este *amoris officium* están recogidas en PO 13: dar la vida por las ovejas, "consolar a los que viven en apreturas", deseo de renovar y mejorar el servicio pastoral, apertura a la Iglesia universal, trabajo pastoral en comunión con obispo, presbítero y laicos⁵².

2.4. Cuarta palabra: hermano

El sacerdote participa y ejerce la misión de Cristo desde la fraternidad. El sacerdote es un hermano entre hermanos (cfr. PO 9a) unido a todos los miembros del Pueblo de Dios. La fraternidad nos debe orientar a intensificar en el futuro la comunión con el obispo, el presbítero y los seglares, y también, a descubrir nuestra propia identidad en la relacionalidad porque el ministerio ordenado "tiene una radical forma comunitaria y puede ser ejercido sólo como una tarea colectiva" (PDV 17).

La abundancia de vocabulario que se utiliza para indicar la relación del sacerdote con su obispo "expresa la misteriosa multiformidad de la relación obispo-sacerdote, que se puede sintetizar en el trinomio: paternidad-filiación- fraternidad, o también en comunión de espíritu y vínculo de unidad y caridad"⁵³.

Con los otros presbíteros, el sacerdote es co-presbítero y co-misionado en la única tarea que todos comparten con el Obispo. Esta co-responsabilidad ministerial exige, por una parte, una apertura mental y vital hacia los hermanos y, por otra, una participación activa en el Proyecto Pastoral de la Diócesis porque ya hoy, pero todavía más en el futuro, ningún sacerdote podrá realizar plenamente su misión si no es "uniendo sus fuerzas con otros presbíteros, bajo la dirección de quienes están al frente de la Iglesia" (PO 7c).

Esta co-responsabilidad es también el espacio en donde el sacerdote vive la fraternidad con los laicos. En este sentido, el Vaticano II nos sigue recordando lo que es una tarea no suficientemente

⁵² Cfr. CEC, *Espiritualidad Sacerdotal y Ministerio*. Documento de trabajo, págs. 63-66.

⁵³ A. FAVALE, *El Ministerio presbiteral. Aspectos doctrinales, pastorales y espirituales*. Madrid 1989.260.

realizada y un reto para el futuro: reconocer y promover la dignidad de los laicos y “la parte propia que a éstos corresponde en la misión de la Iglesia” (PO 9a).

2.5. Quinta palabra: servidor

Llegados a este punto, resuenan con toda claridad las palabras de Cristo, “el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será el esclavo de todos. Pues el Hijo del Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y dar la vida en rescate por todos”(Mc. 10,41-45).

Servir en la figura del siervo para que resplandezca la gratuidad del amor del Padre al hombre. El sacerdote incorporado al destino de Jesús camina por la senda de la servidumbre de amor hasta dar la vida por los hermanos y, así, está *en* la Iglesia y al *frente* de la Iglesia “como el que sirve” (Lc 22.17). Es servidor. Siervo del Siervo Jesús. El servicio que realiza el sacerdote brota del amor de Cristo y consiste en ese mismo amor.

El sacerdote del tercer milenio si quiere servir *en* la Iglesia tendrá que salir a los campos, a las calles, a las fábricas a convocar a los hermanos por medio del anuncio de la Palabra. Si quiere servir en la Iglesia congregará y sentará alrededor de la mesa a los hermanos y con ellos partirá el Pan. Si quiere servir en la Iglesia conducirá de nuevo a los hermanos a los caminos del mundo que instauren el Reino del Padre.

En la Palabra pronunciada, en el Pan partido y en el camino recorrido tendrá que entregar su vida si quiere servir en la Iglesia y, de esta manera, transparentará en su cuerpo la fuerza de la gracia del Resucitado que se desborda a los hermanos y al mundo.

Estará al *frente* de la Iglesia como el que sirve cuando entienda que su autoridad "se debe sostener, únicamente, en el envío apostólico, en la caridad pastoral, y en la recepción de los fieles que le reciben como al Señor cuando él se presenta con sus signos y con su Palabra. Autoridad de representante, no autoridad original: autoridad de moderación, no de creación; autoridad sobre hijos, no sobre esclavos"⁵⁴.

2.6. Sexta palabra: misericordioso

Nos acercamos al tercer milenio *con* una humanidad necesitada, hambrienta, rota por las divisiones y enfrentamientos, *sufriente por el dolor y la guerra, explotada por las injusticias*, encarcelada por la ausencia de libertad, contradictoria por sus conquistas y lacras. Una humanidad donde el clamor de los pobres llega hasta los oídos de Dios Padre (cfr. Ex 3,7). Esta realidad no nos puede dejar indiferentes ni en el presente ni en el futuro.

Los pobres ocupan en la vida y misión de Jesús un lugar preferente. Él ha sido enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres (cfr. Lc 4,18). El sacerdote del tercer milenio, si quiere ser fiel al Señor y tener sus mismas entrañas de misericordia, será un hombre de corazón pobre (misericordioso) que optará preferentemente por los pobres y dejará que éstos se conviertan en compañeros de camino. Sólo así, anunciará al Dios rico en misericordia que Jesús nos ha revelado como Padre (cfr. DM 1 a).

La pobreza nos aproxima a la injusticia, a la marginación, a la explotación del hombre por el hombre, en suma, a la realidad de pecado que Cristo con su Encarnación vino a redimir. La pobreza nos ayuda a vivir el sentido providencial del hijo que se reconoce querido por el Padre y lo invoca

⁵⁴ L. TRUJILLO, *Relaciones propias del presbítero y su espiritualidad en Actas del Congreso sobre espiritualidad sacerdotal*. Madrid 1989.148.

corno Abba; nos hace testigos de un Dios que es rico en misericordia que mira la humillación de sus hijos, que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.

“Los pobres son sacramento de Cristo” (IP 9. cfr. Mi 25,40ss). Para el sacerdote, la opción preferencial por los pobres no es fruto de un snobismo o exigencia de una estrategia pastoral, sino una opción que hunde sus raíces en su mismo ser y quehacer sacerdotal. Los sacerdotes, afirma Pastores *dabo vobis*, "deben considerar a los pobres y a los más débiles como confiados a ellos de un modo especial" (PDV 30).

Los pobres, para el sacerdote del tercer milenio, son una llamada constante a la conversión. El sacerdote de corazón pobre, viviendo con los pobres, corriendo su misma suerte, desestabiliza los criterios y valores de la cultura actual: su presencia pobre, interroga, cuestiona, convoca, es, por tanto posibilidad evangelizadora y oportunidad de vivir la gratuidad. Los pobres "son, [como dicen los obispos españoles], un lugar teológico donde nos espera Cristo para darnos todo aquello que necesitamos para ser verdaderamente su Iglesia. La Iglesia santa de los pobres y para los pobres. De aquí la necesidad de conocer, vivir y compartir el mundo de los pobres" (IP 28).

En ocasiones hemos sufrido la tentación de pretender ocupar los espacios centrales en la sociedad para mejor influir en ella y realizar nuestra misión con una mayor efectividad. Nos olvidamos que una Iglesia pobre es gracia para este mundo. A la Iglesia, marginada por la cultura emergente actual, viviendo en la periferia y a la intemperie, se le ofrece la oportunidad de ser para esta sociedad, que le relega, anuncio y realidad de una nueva civilización, la civilización del amor.

III.- EL RADICALISMO EVANGÉLICO: CRITERIO DE DISCERNIMIENTO EN EL PROCESO VOCACIONAL

Después de escribir estas seis palabras que, a mi juicio, dibujan el contorno del sacerdote del tercer milenio, me pregunté ¿qué acentos hemos de poner en los Proyectos Educativos de nuestros Seminarios para acompañar a los sacerdotes del mañana en su proceso formativo? La contestación la encuentro en el radicalismo evangélico.

“El radicalismo evangélico es una exigencia fundamental e irrenunciable, que brota de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo, en virtud de la íntima comunión de vida. Con él, realizada por el Espíritu" (PDV 27), por ello, aplicado a nuestros proyectos formativos nos ofrece criterios de discernimiento de los procesos vocacionales de nuestros seminaristas.

Los consejos evangélicos que Jesús propone en el Sermón de la Montaña, “el sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero la expresan" (PDV 27). “La naturaleza específica del carisma ministerial hace que todos los dones bautismales sean, por un lado, relativizados al ministerio, y por otro, reconvertidos en gracias ministeriales al servicio de la misión”⁵⁵.

3.1. Pobreza

La pobreza “asegura al sacerdote su disponibilidad a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente” (PDV 30); ofrece “el testimonio de una total transparencia en la administración de los bienes de la misma comunidad” (PDV 30); custodia y alimenta la libertad interior y prepara al sacerdote para estar al lado de los débiles y “para hacerse solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa” (PDV 30).

⁵⁵ L. TRUJILLO, O.C.. 155.

Por tanto, según *Pastores dabo vobis*, la pobreza evangélica nos ofrece como criterios discernimiento vocacional: la disponibilidad, la transparencia, la libertad y la solidaridad. La pobreza nos ayuda a acompañar la historia vocacional de un seminarista disponible, siempre dispuesto a servir; transparente, sin intereses y proyectos ocultos; capaz de compartir lo que tiene, lo que quiere y lo que es; libre, que vive su libertad con responsabilidad e interioriza y personaliza el Proyecto Educativo del Seminario: sensible y solidario con los débiles: austero y sencillo.

3.2. Virginidad y celibato

El celibato sacerdotal "es un don de sí mismo *en y con* Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia *en y con* el Señor"(PDV 29). En él, "la castidad mantiene su significado original, a saber, el de una sexualidad humana vivida como auténtica manifestación y precioso servicio al amor de comunión y de donación interpersonal" (PDV 29). Por ello, ha de ser acogido y vivido "como estímulo de la caridad pastoral, como participación singular en la paternidad de Dios y en la fecundidad de la Iglesia, como testimonio ante el mundo del Reino escatológico" (PDV 29).

Desde estos planteamientos, los criterios de discernimiento son la oblatividad y la exclusividad. Estos criterios nos invitan a recorrer junto con nuestros seminaristas, la senda del propio conocimiento; de la aceptación personal; de la total donación de sí mismos sin esperar nada a cambio: de la coherencia y fidelidad a una vocación y a un proyecto de vida: de una sexualidad integrada y madura: de una capacidad de amar y de relacionarse con los otros: de un amor creativo capaz de imaginar el futuro.

3.3. Obediencia

Finalmente, "la obediencia en el Espíritu es el sentimiento de filiación puesto en el centro de la libertad.[...] El presbítero no promete obediencia para planificar su identidad bautismal, sino que recibe la obediencia al ser coordinado, el ser referido a otros para una misión solidaria.

El presbítero nace a la vida presbiteral atado sacramentalmente al obispo y, en él, al Presbítero"

Es, por tanto, "una obediencia apostólica que reconoce ama y sirve a la Iglesia en su estructura jerárquica" (PDV 28), y una exigencia comunitaria "que nace de su pertenencia al único presbítero y que siempre dentro de él y con él aporta orientaciones y toma decisiones corresponsables" (PDV 28). Tiene un carácter de pastoralidad, "es decir, se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi devorar, por las necesidades y exigencias de la grey" (PDV 28).

La obediencia, por tanto, nos ofrece como criterios la eclesialidad y la pastoralidad. La obediencia introduce al joven seminarista en la fraternidad y en el proyecto eclesial. En ella, se reconoce en el amor y servicio a la Iglesia: descubre la comunidad como único espacio para ser fiel a la misión; es corresponsable; respeta los valores y carismas de los otros; se enseña a ejercer la autoridad desde el servicio; aprende a hacer la voluntad de Dios Padre; sustituye el yo por el nosotros; unifica su vida; y es capaz de entregar su vida por la comunidad a la cual sirve.

Concluyo. El sacerdote del tercer milenio tiene un único camino que recorrer: el hombre. "Este hombre, [nos dice Juan Pablo II] es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo" (RH14).

Para hacer suyo el camino del hombre, el sacerdote tiene que ser testigo de Cristo-vivo: misionero que sale al encuentro del hombre para anunciarle la Buena Noticia del Evangelio; pastor que entrega la vida por el hombre; hermano del hombre; servidor que convoca a los hombres y parte con ellos el Pan: misericordioso que conoce, vive y comparte la vida del hombre pobre.

Experiencias

Fraternidad en el ministerio diocesano - Subsidio para un encuentro de reflexión

Pbro Emilio Cardarelli

Arquidiócesis de Rosario

“Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis, a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo presbiterio” (Presbyterorum Ordinis 8)

Estas páginas acerca de la fraternidad sacerdotal no tienen otra pretensión que, sin agotar el tema, ser un subsidio para la reflexión y el diálogo grupal desde nuestra condición de discípulos de Jesús llamados a vivir radicalmente la fe como ministros suyos en bien de los hermanos.

No tengo dudas que la vivencia de la fraternidad en el presbiterio diocesano se gesta en el Seminario; es en la etapa de la formación inicial donde se va conociendo la historia de la Iglesia diocesana, se aprende a valorar la fidelidad de los sacerdotes ancianos, la relativa experiencia y la vitalidad de los de mediana edad y el entusiasmo de los más jóvenes entre los que se cuentan los que hasta hace poco fueron los propios compañeros.

Por otra parte el Seminario permite reiterar la experiencia formativa que el Señor dedicó a los doce... “La identidad profunda del Seminario es ser, a su manera, una continuación en la Iglesia, de la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús...” Pastores Dabo Vobis 60

Quien escribe estas vivió un Seminario en el que las posibilidades de esta experiencia comunitaria eran muy limitadas; formábamos una única comunidad de más de cien miembros y encuentros de reflexión o de oración en grupos más reducidos o revisiones de vida eran más que escasos.

Gracias a Dios el retiro previo a la ordenación presbiteral, que hicimos los rosarinos de mi curso, nos permitió sentar las bases de una vivencia fraterna abierta al resto del presbiterio que hace que hoy recordemos con gratitud a Dios y a nuestros formadores el período de la formación inicial.

Creo que nos ha ayudado el no habernos quedado con la imagen del hermano tal como nos la habíamos forjado en el Seminario, como así también el hecho de que ninguno se considerara a sí mismo “hecho” una vez ordenado y el estar abiertos a los signos de los tiempos.

Nos reunimos mensualmente y hemos instituido el diezmo para socorrer a los sacerdotes en dificultades económicas. Es verdad que no somos todos igualmente perseverantes en las reuniones ni en diezmar. Respecto a esto último sostengo que es un punto de partida ya que lo evangélicamente nuevo es la comunión de bienes entre los hermanos en la fe.

También debo decir dolorosamente que de los dos hermanos del curso que dejaron el ministerio ninguno de los dos abrió su corazón en nuestras reuniones para hacernos partícipes de su drama interior; creo que en esto la responsabilidad no es sólo de ellos; tal vez el resto no supo crear un clima tal que les permitiera expresarse.

Esta es la experiencia que puedo ofrecer a los hermanos que leerán estas páginas.

Hoy, sobre todo en el clero joven y en el de edad media, es muy sentida la urgencia de la vivencia de la fraternidad. Y esto creo que por dos razones: ante todo por los desafíos que nos plantea para nuestra vocación y misión la sociedad postmoderna y también atendiendo a las posibles dificultades de aquellos que abandonaron el ejercicio del ministerio. Motivaciones legítimas pero que, a mi entender, suponen sus riesgos.

Es verdad que formamos única comunidad presbiteral presidida por nuestro obispo tal como lo afirmaba el número citado del Presbyterorum Ordinis. Creo que la cuestión es tener claro que una cosa es vida comunitaria y otra cosa es vida en común que, en principio, es propia de la vida

religiosa. Si queremos ser fieles a nuestra condición de seculares no podemos impostar nuestra vivencia comunitaria desde la vida en común. Necesitaremos creatividad para asumir los existentes y crear nuevos espacios y modalidades de vida comunitaria que nos lancen al ministerio. Tal vez, después de alguna experiencia, podríamos exclamar como Pedro en el monte de la Transfiguración: “es bueno estarnos aquí...” (Mc.9,5); sin embargo habrá que descender de allí para subir al calvario de la vida entregada en el servicio a los hermanos con la mirada puesta en Jesús que “inicia y consume la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios” (Hebr.12,2).

Recuerdo una meditación del Card. Martini sobre las exigencias de la vocación apostólica (Lc.9,57-62). Refiriéndose a la primera escena: “Mientras iban caminando uno le dijo: “Te seguiré adondequiera que vayas”. Jesús le dijo: “Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”(57-58), comenta el cardenal arzobispo de Milán:

La madriguera es el lugar en que uno se refugia y encuentra su seguridad, porque allí está bien y se siente defendido.

El *nido* es el calor que nutre y protege.

Hoy el lenguaje psicológico utiliza símbolos diferentes: madriguera y nido se convierten en querer permanecer en el seno materno y en cuanto él representa, por tanto, ser mimado, estar seguro, dentro del propio ambiente, en el calor de los afectos, al resguardo de toda agresividad.

Al hombre, en efecto, le resulta trabajoso aceptar la expulsión del seno materno, se traumatiza y se mantiene por ello siempre tentado de formarse otro nido, otro ambiente protegido⁵⁶.

Tal vez el Seminario, aún con su disciplina y sus normas, pudo asumir la función del nido, del seno materno. Y si se convirtió en un nido, se habrá vivido un cierto trauma existencial al salir de él con la consiguiente tentación de buscarse otro nido que dé seguridad; quizá después de años de ministerio se sigan buscando nidos... es difícil comprender aquello de “el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”

Con frecuencia, y ya en la perspectiva de la teología del ministerio ordenado, parece que el ideal de las relaciones entre los presbíteros y el obispo se pensara según la imagen que pensó en el siglo II S. Ignacio de Antioquía. Tengamos presente que la pequeña iglesia urbana de este período se parece más a una de nuestras parroquias de la ciudad que a nuestras a veces tan extensas diócesis y que el presbítero de este presbiterio no era responsable de una comunidad, no ejercía una acción pastoral propiamente suya y no predicaba ni celebraba la Eucaristía a no ser juntamente con el obispo.

Al respecto dice el teólogo italiano Severino Dianich:

“La referencia al modelo ignaciano puede ser ambiguo en cuanto significase más o menos explícitamente, un instinto totalmente clerical de reabsorber, para defenderla, la espiritualidad ministerial en un ámbito separado del secular de la comunidad del pueblo de Dios.

A veces tengo la impresión que el presbiterio sea como el sueño de un refugio para el sacerdote que se encuentra incómodo inmerso en el mundo, y el obispo una especie de padre o protector para un hijo inmaduro e indefenso. Fundamentalmente, en cambio, es necesario que la espiritualidad ministerial se centre en la relación del sacerdote con su comunidad más que con el presbiterio o el obispo: él está al servicio de la comunidad, a ella y no al obispo está destinado su ministerio, ella es su casa y el templo de su sacerdocio. Su formar parte de un presbiterio y ser enviado por un obispo es un componente esencial de su conciencia ministerial para que él pueda

⁵⁶ Martini, C.M. *La radicalidad de la fe* Santafé de Bogotá 1993, 27-28

hacer de sí y de su comunidad una realidad católica y apostólica, vivir la dimensión universal de la Iglesia y no encerrar el misterio de la salvación del universo en la cáscara de una pequeña comunidad”⁵⁷.

Entiendo que las palabras precedentemente citadas no son un argumento para que alguien con el pretexto de su entrega a la comunidad se aisle en su parroquia y no pise nunca una reunión de presbiterio, de decanato, o de las tantas reuniones informales que, como las de curso, se dan en nuestros presbiterios. Se trata sólo de clarificar cuál es la relación central en nuestra vida de presbíteros diocesanos.

El autor anteriormente citado lo expresa de este modo: “No se quiere decir, por tanto, que las relaciones con el presbiterio y con el obispo sean de escasa importancia en la espiritualidad del sacerdote: todo lo contrario. Es necesario sólo evitar que ellas representen el soporte de una espiritualidad de tipo clerical que dé al sacerdote la sensación de ser extranjero en su comunidad y en su casa sólo en el presbiterio que, por otra parte, en la situación actual, es una realidad más bien evanescente y no una concreta realidad comunitaria”⁵⁸.

La realidad de hoy nos está interpelando. Hemos de abandonar toda búsqueda de seguridad personal para gestar desde el compromiso con Jesucristo y su Evangelio y cuanto nos enseña la Iglesia acerca del ministerio ordenado, comunidades de creyentes activos en la transformación del mundo.

Aplicaciones

En vistas de servirse de este artículo para un encuentro comunitario propongo tres modalidades concretas de reflexión sobre lo leído.

Un intercambio libre sobre los aspectos de lo expuesto que más les han impactado.

Cada uno verifique cómo reacciona ante la tesis de la constante tentación a formarse un nido, un ambiente protegido que lo saque del mundo ¿me parece aceptable que el estar encerrado en la propia necesidad de protección física es un obstáculo para el ministerio? ¿que siempre será necesario decidirse y arriesgar?

Traten de descubrir si es la teología del ministerio ordenado la que suscita el reclamo de una comunión con el obispo y con los hermanos sacerdotes o si no habrá algo de un neo-clericalismo.

⁵⁷ Dianich, S. Ministerio Pastoral *Nuevo Diccionario de Espiritualidad* Madrid, 1983

⁵⁸ Ib.

Pastoral sacerdotal

Vivir desde el sacerdocio la gracia de la Semana Santa

-Vida espiritual desde el ministerio-

Pbro. José María Recondo

Diócesis de Morón

1.- En esos días de gracia tan particular para el pueblo de Dios como son los de Semana Santa, se advierte con singular claridad e intensidad cómo la vida espiritual del sacerdote está unida al ejercicio de su ministerio. Es más, cómo el ejercicio del ministerio pastoral configura y alimenta su vida espiritual. Y esto se explica, en buena medida, por la circularidad que existe, en la vida del hombre, entre el “ser” y el “hacer”: en la vida humana, el hacer no es pura consecuencia del ser. El ser se expresa en la actividad, pero al mismo tiempo el hacer refluye sobre el ser, repercute en él, y lo ilumina y enriquece o lo oscurece y degrada. El ejercicio del ministerio no se sustrae a esta ley. La actividad ministerial no sólo refleja la temperatura interior sino que, a su vez, la modifica, elevándola o disminuyéndola⁵⁹. El ministerio ha de ser descubierto como el lugar donde se configura nuestro modo característico de seguir al Señor, nuestro modo propio de vivir “la vida según el Espíritu”; es decir, nuestra espiritualidad. Es desalentador pensar que el hacer ministerial no nos *dé* nada y nos *quite* siempre algo. La Semana Santa es, pues, uno de esos momentos en los que se puede experimentar vivamente cómo el ejercicio del ministerio no desgasta sino que nutre y enriquece nuestra vida espiritual⁶⁰. Nunca como en esos días nuestro sacerdocio adquiere tanta densidad.

Así como los esposos *ya son* tales desde el momento en que celebran el sacramento del matrimonio y, sin embargo, *se van haciendo* marido y mujer en la convivencia cotidiana, así también nosotros, si bien somos sacerdotes desde la misma ordenación presbiteral, *nos vamos haciendo* “curas” a medida que ejercemos el ministerio. Es en el ejercicio del ministerio donde nos vamos haciendo lo que somos. Y la Semana Santa es uno de esos momentos privilegiados en los que ahondamos y consolidamos vitalmente nuestra identidad. Por lo que uno entrega, y por lo que uno recibe. Seguramente en ningún otro momento del año uno *gasta y desgasta* tanto su sacerdocio como en estos días: confesando, predicando, contemplando, celebrando, orientando, sosteniendo, alentando; en definitiva, *pastoreando*... Y, a su vez, en ningún otro momento del año *se enriquece* tanto nuestra vida sacerdotal como en estos días: uno experimenta que se nutre celebrando el Misterio y presentando la Palabra. Y que se dilata al rezar cada día *mirando* la Palabra y el Misterio con los ojos puestos en el Pueblo de Dios. Y que uno se renueva en el encuentro pastoral con la gente: en el contacto con la búsqueda de conversión o de acercamiento a Dios de quienes solicitan la reconciliación, en el contacto con la mirada de fe de la gente cuando recibe la bendición de sus ramos, en el contacto con la devoción de infancia con que el pueblo creyente besa la cruz -pudiendo

⁵⁹ Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO (España), *Espiritualidad sacerdotal y ministerio*, “Pastores” 2 (1995) n° 2, 36.

⁶⁰ Es preciso reconocer que mucho se ha avanzado, en los últimos tiempos, en favor de una espiritualidad sacerdotal que sepa integrar y, más precisamente, *nacer* de la misma vida ministerial. Inquietud que vemos ya presente en los debates conciliares que llevaron a *Presbyterorum Ordinis*, cuando el cardenal Léger, insatisfecho con uno de los esquemas preparatorios, formulaba la siguiente advertencia: “Se llega a pintar el ministerio de los sacerdotes como una fuente de peligros. Y parece proponerse una santidad al margen de su acción, como si por un lado debieran trabajar y por otro ser santos. Y así es como [se] deja sin describir la santidad «propia» de los sacerdotes”. Y, por eso, reclamaba: “¡No se separe la santidad de los sacerdotes de su ministerio! [...] Y sobre este eje constrúyase todo lo demás: ¿Cuáles son las virtudes propias del sacerdote? Las virtudes del buen Pastor. [...] ¿Cómo han de vivir los sacerdotes los consejos evangélicos? Como lo pide su ministerio. [...] ¿Y sus medios de santificación? Los que su ministerio exige. [...] Sólo planteando así las cosas ofreceremos a los sacerdotes una santidad que no les haga hombres divididos” (J.L. MARTÍN DESCALZO, *Un periodista en el Concilio*, vol. 4, Madrid 1966, 349-350).

uno observar su amor a Jesús como Siervo y experimentar, a su vez, por un momento, el hacerse secretamente uno mismo Cireneo de tantas cruces-, en el contacto con la expresión esperanzada con que la gente recibe la aspersion del agua bautismal en la noche pascual, y en el contacto con el cariño con que nuestro pueblo saluda y agradece lo recibido al retirarse. Con todo esto se nutre y se renueva la vida espiritual del sacerdote.

2.- Por otra parte, uno se siente, realmente, en esos días, testigo de *un misterio*: hay algo en la Semana Santa, independientemente de lo que nosotros podemos poner de bueno, que mueve, atrae, llama a la gente, quiere entrar en sus vidas. No puede uno sino recordar las palabras del Señor: “cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). Hay una atracción misteriosa, operada en esos días santos, que viene de la Cruz. Hay un llamado de la gracia hecho a todos los creyentes que hemos *nacido* de la Cruz. Y, a su vez, al recorrer luego con la memoria del corazón lo vivido durante esa semana, uno no puede sino decir, como Pedro tras la pesca milagrosa posterior a la resurrección del Maestro: “¡Es el Señor!”. Como una confesión de fe en la presencia y en la responsabilidad de Jesús sobre un resultado tan generoso en la pesca, en contraste con tantos esfuerzos aparentemente estériles y tanta impotencia muchas veces experimentada.

3.- Durante las interminables confesiones, siendo testigos de tantos que *pasan* de la muerte a la vida, vamos recibiendo como anticipos pascuales, como las marcas del Resucitado en sus miembros, en las que de hecho y sin proponérselo somos llevados a poner nuestros dedos. Gracias a esa bendita y sabia costumbre del pueblo de Dios de volcar sobre nosotros en la confesión no sólo los pecados sino también las penas, las preocupaciones, los deseos, los pedidos, en definitiva, la vida, en busca de misericordia, descanso y bendición (hasta tal punto la fe les dice que al confesarse no vienen a *hacer algo* sino a *encontrarse con Alguien*), ¡cuántas marcas de la Pasión, cuánta herida todavía abierta en el cuerpo de Cristo en una humanidad llagada por el sufrimiento y por el pecado, cuánta misteriosa presencia del Siervo sufriente que prolonga su pasión en sus miembros (cf. Col 1,24), pasan por nuestros ojos...! Uno es allí testigo, también, de cómo “junto con el amor, el sufrimiento es el corazón de la humanidad”⁶¹. Cuando san Agustín comenta la parábola del Buen Samaritano, sostiene que éste último no es otro sino Cristo que carga sobre sí y cura a una humanidad golpeada y despojada por el pecado de su salud y de sus bienes. Él la sana y la devuelve a la vida... Uno, como sacerdote, tiene la sensación, y con más claridad en estos días, de estar participando de ese servicio redentor de Cristo, limpiando llagas, suturando heridas, incorporando a los caídos, alentando y fortaleciendo a los golpeados, animando a levantarse a los vencidos, alimentando a los hambrientos... Y a su vez, es preciso decirlo, ¡cuántas veces siente uno encogerse el corazón, como avergonzándose ante tantos reflejos de las bienaventuranzas en la vida de los sencillos...! “Te alabo, Padre...” (Lc 10, 21).

4.- Contemplando y *saboreando* en la fe la obra de Dios en su pueblo, el *paso* de Dios por la vida de la gente, la presencia salvadora del Resucitado en su Iglesia, podemos decir con el salmista: “Recuerdo las proezas del Señor; sí, recuerdo tus antiguos portentos, medito todas tus obras y considero tus hazañas” (Sal 76). Como también: “Mi corazón se regocija en el Señor, porque gozo con tu salvación” (1S 2, 1). Se trata, por ello, de tener en estos días una actitud receptiva y contemplativa frente al misterio, de callada admiración ante la presencia de la obra de Dios, ante el secreto crecimiento de su Reino, que se transforme en gozosa alabanza. Esta mirada creyente nos posibilita -liberándonos de la trampa narcisista de la autocomplacencia pastoral- complacernos y

⁶¹ R. ETCHEGARAY, *Jésus: vrai homme, vrai Dieu*, Paris 1997, 63.

gozar en lo que Dios va haciendo en la vida de la gente. Pero esta mirada del corazón nos pedirá también reclinar la cabeza sobre el pecho del Señor cuando el sufrimiento contemplado nos pueda, cuando veamos que ya no podemos contener solos el dolor de la gente y necesitemos depositarlo en manos del Señor. Sin palabras, sólo apoyando en Él nuestro corazón vencido y desbordado por el peso del rebaño.

5.- Es un desafío para nosotros en estos días guardar el corazón atento al *misterio*. La multiplicidad de trabajos que nos esperan conspiran a menudo contra esto. Pues podemos acabar mirando mucho lo que hacemos, olvidándonos de mirar a Jesús y de mirar a la gente. Es, pues, un reto en estos días saber *estar con Él*, y estar *para la gente*. Y lo primero dispone a lo segundo.

6.- Y es preciso que nosotros, los sacerdotes, como después de una gran fiesta, sepamos *paladear* todo esto luego, en el marco de una gran acción de gracias. Una vez que la Semana Santa acabe, volver a hacerla *pasar* por nuestro corazón, rumiando la memoria de todo *lo que hemos visto y oído*, de todo el Misterio contemplado en la liturgia y en la vida de la gente. ¡Cuánta vida nueva, cuánta esperanza renovada, cuánta alegría, consuelo, paz que ve uno renacer en tantos rostros que llegan cansados y agobiados! Como en el Resucitado, también en su Pueblo podemos apreciar en estos días que, sin que desaparezcan sus llagas, es posible reconocer los signos de la vida nueva.

Los discípulos del Señor “veían la cabeza -decía san Agustín-, y respecto al cuerpo creían lo que él decía. Por lo que veían, creían en lo que no veían. Semejantes a ellos somos también nosotros. Vemos algo que ellos no veían y no vemos algo que ellos veían. ¿Qué vemos nosotros que no veían ellos? La Iglesia presente en todos los pueblos. ¿Qué no vemos nosotros que veían ellos? A Cristo en carne. Del mismo modo que ellos le veían a él y creían lo referente al cuerpo, así nosotros que vemos el cuerpo, creemos lo referente a la cabeza. Sírvanos de ayuda recíproca lo que cada uno hemos visto. Les ayuda a ellos creer en la Iglesia futura el haber visto a Cristo. La Iglesia ya difundida que vemos nos ayuda a nosotros a creer que Cristo ha resucitado” (*Sermón 116*).

Con la octava de Pascua la Iglesia nos está diciendo que un solo día no basta para contemplar y celebrar *tanto* misterio, por lo que *ensancha* el tiempo material en el que poder gozarse. Dios quiera vernos siempre salir de estos días físicamente gastados pero remozados en la vida teologal, y con un ilusionado deseo de ser, en medio de tanto desencanto, *testigos del Resucitado*.

Estudio

Semblanza del magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II

P. Gerardo Daniel Ramos SCJ

Pquia San Roque

Diócesis de Santiago del Estero

Resulta un poco aventurado intentar sintetizar en unas pocas páginas el prolífero magisterio de Juan Pablo II [=JP]. No sólo por la cantidad de mensajes y alocuciones, discursos y homilias, exhortaciones y textos catequéticos, cartas y encíclicas promulgadas por el actual pontífice, sino también por la diversidad temática a la que estos textos hacen referencia y la multiplicidad de circunstancias, contextos y destinatarios a los que ellos se dirigen.

Además está también de por medio la crítica redaccional: siendo que el Pontífice dispone de equipos de trabajo a los que más o menos involucra en la composición de documentos, y siendo que él asume con más o menos observaciones lo esbozados o redactado por ellos, es fácil intuir que los escritos pontificios no salen todos –o al menos no en la misma forma- de la mismísima pluma de Karol Wojtyła.

Sin embargo estas dificultades no pequeñas a la hora de un estudio más o menos científico no pueden impedir que –*grosso modo*- podamos intentar una cierta sistematización, a manera de semblanza, de los al menos más significativos documentos, en los cuales el Papa desarrolla los principales aspectos de su enseñanza magisterial.

Sin entrar en detalles demasiado pormenorizados, intentaré ofrecer una perspectiva general del pensamiento que –podemos fácilmente entenderlo- animará sus opciones pastorales y, en gran manera, las de la misma Iglesia en estas últimas más de dos décadas (1978-2001).

1. La manifestación del misterio de misericordia en Cristo, Redentor del hombre

Lo primero que surge de los escritos propios o asumidos de JP es la vertiente trinitaria de los mismos a partir de una fundamental referencia cristológica. Esto es de notar incluso hasta cronológicamente, ya que rasgos apropiables al Hijo, al Padre y al Espíritu Santo pueden ser encontrados en tres de sus primeras cartas encíclicas: *Redemptor Hominis* [=RH] (1979), *Dives in misericordia* [=DiM] (1980) y *Dominum et vivificantem* [=DeV] (1986). El mismo Pontífice indica la estrecha vinculación de esta trilogía:

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes’ (2 Co 13,13).

“De esta exhortación han partido, en cierto modo, y en ella se han inspirado las precedentes encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*, las cuales celebran el hecho de nuestra salvación realizada en el Hijo, enviado por el Padre al mundo, ‘para que el mundo se salve por él’ (Jn 3,17) y ‘toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre’ (Fp 2,11). De esta misma exhortación arranca ahora *la presente encíclica sobre el Espíritu Santo*, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria” (DeV 2).

Pero no sólo esto. La celebración del Jubileo -que como veremos parece ser el horizonte pastoral último de su praxis y enseñanza magisterial- se ve preludiado por tres años preparatorios dedicados al Hijo (1997), al Espíritu Santo (1998) y al Padre (1999), para concluir con la glorificación de la Trinidad en el 2000. Este itinerario ya será trazado en *Tertio millennio adveniente*

[=TMA] (1994), como expresión de una intencional y concienzuda preparación inmediata al Jubileo⁶².

a) La manifestación de la Trinidad y el acceso del hombre a la vida de Dios se realiza en **Jesucristo, Redentor del hombre**. Por el misterio de su encarnación, Él se ha constituido en el centro del cosmos y de la historia, dando a la vida humana el horizonte trascendente que Dios tuvo concebido para cada hombre desde siempre:

“El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia. Está ya muy cercano el año de un gran Jubileo: ‘Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros’ (Jn 1,14); ‘Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna’ (Jn 3,16). En este acto redentor, la historia del hombre ha alcanzado su cumbre en el designio de amor de Dios. A través de la Encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimensión que quería dar al hombre desde sus comienzos y la ha dado de manera definitiva” (RH 1)

Por haber penetrado Jesucristo en lo profundo del corazón y la existencia humana, cada hombre puede descubrirse en Él plenamente a sí mismo y descubrir la sublimidad de su vocación:

“En Jesucristo, el mundo visible, creado por Dios para el hombre, adquiere nuevamente el vínculo original con la misma fuente divina de la Sabiduría y del Amor. Cristo, Redentor del mundo, es Aquél que ha penetrado, de modo único e irreplicable, en el misterio del hombre y ha entrado en su ‘corazón’. ‘En la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22), y se ha convertido en nuestra reconciliación ante el Padre” (RH 9).

De ahí que la misión fundamental de la Iglesia consista en que el encuentro de cada hombre con Jesucristo pueda seguir actuándose a lo largo de la historia:

“El cometido fundamental de la Iglesia es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús” (RH 10)⁶³.

b) Es también en Jesucristo que **Dios manifiesta al hombre su misericordia**: “Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia” (DiM 2). En particular a través del misterio pascual:

“La Cruz de Cristo, sobre la cual el Hijo, consubstancial al Padre, hace plena justicia a Dios, es también una revelación radical de la misericordia, es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz del mal en la historia del hombre; al encuentro del pecado y de la muerte.

“La Cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre –de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos- llama su infeliz destino. La Cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento, hasta el final, del programa mesiánico que Cristo

⁶² Como se ve, ya en esta primera aproximación podemos percibir el influjo tomista de su formación en el *Angelicum* de Roma (ver su escrito autobiográfico *Don y misterio [=DyM]* (1996), p.60). Como lo expresará el Pontífice en varias oportunidades, el Jubileo nos hará tomar conciencia de que todo procede de Dios Uno y Trino y a él retorna.

⁶³ Va quedando de manifiesto la sensibilidad antropológica de JP, desarrollada en una etapa pre-magisterial en *Persona y acción*, siguiendo intuiciones filosóficas de M. Scheler.

formuló una vez en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,18-21) y repitió más tarde ante los enviados de Juan Bautista (Lc 7,20-23)” (DiM 8)⁶⁴.

Ante esta manifestación de la misericordia en Jesucristo, imagen visible del Padre invisible, JP se detiene en un análisis general de presencias y ausencias de esa misericordia en nuestro tiempo. Respecto a las segundas afirma que

“Teniendo a la vista la imagen de la generación a la que pertenecemos, *la Iglesia comparte la inquietud de tantos hombres contemporáneos*. Por otra parte, debemos preocuparnos también por *el ocaso* de tantos valores fundamentales que constituyen un bien indiscutible no sólo de la moral cristiana, sino simplemente *de la moral humana*, de la *cultura moral*, como el respeto a la vida humana desde el momento de la concepción, el respeto al matrimonio en su unidad indisoluble, el respeto a la estabilidad de la familia. El permisivismo moral afecta sobre todo a este ámbito más sensible de la vida y de la convivencia humana. A él van unidas la crisis de la verdad en las relaciones interhumanas, la falta de responsabilidad al hablar, la relación meramente utilitaria del hombre con el hombre, la disminución del sentido del auténtico bien común y la facilidad con que éste es enajenado. Finalmente, existe la desacralización que a veces se transforma en ‘deshumanización’: el hombre y la sociedad para quienes nada es ‘sacro’ van decayendo moralmente, a pesar de las apariencias” (DiM 12).

Dado que “quien me ha visto a mí ha visto al padre” (Jn 14,9)

“La Iglesia profesa la misericordia de Dios, la Iglesia vive de ella en su amplia experiencia de fe y también en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en Él, en su vida y en su Evangelio, en su Cruz y en su resurrección, en su misterio entero. Todo esto que forma la ‘visión’ de Cristo en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia nos acerca a la ‘visión del Padre’ en la santidad de su misericordia. La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al corazón de Cristo (...).

“*La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia* –el atributo más estupendo del Creador y del Redentor- y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora” (DiM 13).

c) Toda la vida de Jesús de Nazaret estuvo ungida por el Espíritu, y los relatos evangélicos dan cuenta de ello (DeV 23). No obstante, “el **Espíritu Santo** actuó [de un modo particular y en el contexto del misterio pascual] en la autodonación absoluta del Hijo del hombre [en la cruz] para transformar el sufrimiento en amor redentor” (DeV 40):

“Los *acontecimientos pascuales* –pasión, muerte y resurrección de Cristo- son también el *tiempo de la nueva venida* del Espíritu Santo, como Paráclito y Espíritu de la verdad. Son el tiempo del ‘nuevo inicio’ de la comunicación de Dios uno y trino a la humanidad en el Espíritu Santo, por obra de Cristo Redentor. Este nuevo inicio es la redención del mundo: ‘Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único’ (Jn 3,16). Ya en el ‘dar’ el Hijo, *en este don del Hijo*, se expresa la fuente inagotable de esta dádiva. En el don *hecho por el Hijo* se completan la revelación y la dádiva del amor eterno: *el Espíritu Santo*, que en la inescrutable profundidad de la divinidad es una Persona-don, por obra del Hijo, es decir, mediante el

⁶⁴JP vivió de cerca la dramaticidad de la Segunda Guerra mundial, en la cual pudo encontrarse cara a cara con las más atroces experiencias de sufrimiento, pero simultáneamente con los más altruistas signos de generosidad y misericordia (DyM, pp. 43-48).

misterio pascual es dado de un modo nuevo a los apóstoles y a la Iglesia y, por medio de ellos, a la humanidad y al mundo entero” (DeV 23).

A su vez, Cristo resucitado ‘trajo’ el Espíritu Santo a los apóstoles en Pentecostés (DeV 25). Este Espíritu es el que acompañará la misión de la naciente Iglesia, y el que “convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio” (DeV 27). Él obrará en cada creyente el ‘nuevo nacimiento’ que la vida en Cristo supone y posibilita:

“La filiación de la adopción divina nace de los hombres sobre la base del misterio de la encarnación, o sea, gracias a Cristo, el eterno Hijo. Pero el nacimiento, o el nacer de nuevo, tiene lugar *cuando Dios Padre ‘ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo’*. Entonces, realmente ‘recibimos un Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ‘¡Abbá, Padre!’” (DeV 52).

Por la importancia que la acción del Espíritu Santo comporta en su vida y en la de sus hijos, “*El pensamiento y el corazón de la Iglesia se dirigen al Espíritu Santo al final del siglo veinte y en la perspectiva del tercer milenio de la venida de Jesucristo al mundo, mientras miramos al gran Jubileo con el que la Iglesia celebrará este acontecimiento*” (DeV 49).

2. El hombre concreto, histórico y real, camino de la Iglesia

Para revelar la misericordia de Dios y actuar la redención unguento por el Espíritu, “por su encarnación Jesucristo se ha unido en cierto modo a todo hombre” (GS 22). Esta afirmación conciliar es asumida recurrentemente por JP⁶⁵, quien descubre en “el hombre concreto, histórico y real” –‘este hombre’- el camino de la Iglesia:

“*Mediante la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre*” (GS 22). *La Iglesia divisa por tanto su cometido fundamental en lograr que tal unión pueda actuarse y renovarse continuamente*. Jesucristo es el camino principal de la Iglesia. Él mismo es nuestro camino ‘hacia la casa del Padre’ y es también el camino hacia cada hombre. *La Iglesia, en consideración de Cristo y en razón del misterio, que constituye la vida de la Iglesia misma, no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza*. No se trata del hombre ‘abstracto’ sino real, del hombre ‘concreto’, ‘histórico’” (RH 13).

“El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social; **este hombre** es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión” (RH 14).

a) Desde esta perspectiva, “entre los numerosos caminos, **la familia** es el primero y el más importante⁶⁶. Es un camino común, aunque particular, único e irrepetible, como irrepetible es todo hombre; un camino del cual no puede alejarse el ser humano” (Carta a las familias [=CartF], 2). La familia que en la actualidad vive luces y sombras (Familiaris consortio [=FC], 4-10); la familia en cuanto constituida a partir del amor de los esposos que “son el recuerdo permanente, para la Iglesia,

⁶⁵ Cf RH 13-14; DiM 1; CA 53; VS 7; TMA 4. El Papa indica con esta expresión por una parte su sensibilidad hacia cada ‘rostro’ humano –entre los cuales estarán presentes seguramente los muchos que desfilaron ante él a lo largo de su vida–; por otra, la verdad liberadora de Jesucristo que se opone y/o trasciende toda ideología –por ejemplo, la marxista que le tocó vivir de cerca.

⁶⁶ En DyM JP cuenta el influjo de su propia familia en su vocación (pp.29-30)

de lo que aconteció en la cruz”; que “son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la salvación, de la que el sacramento [del matrimonio] los hace partícipes” (FC 13).

“En su realidad más profunda, el amor es esencialmente don y el amor conyugal, a la vez que conduce a los esposos al recíproco ‘conocimiento’ que les hace ‘una sola carne’, no se agota dentro de la pareja, ya que los hace capaces de la máxima donación posible, por la cual se convierten en cooperadores de Dios en el don de la vida a una nueva persona humana. De este modo los cónyuges, a la vez que se dan entre sí, dan más allá de sí mismos la realidad del hijo, reflejo viviente de su amor, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable del padre y de la madre.

“Al hacerse padres, los esposos reciben de Dios el don de una nueva responsabilidad. Su amor paterno está llamado a ser para los hijos el signo visible del mismo amor de Dios, ‘del que proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra’” (FC 14).

b) Pero también **los jóvenes**: “Si el hombre es el camino fundamental y cotidiano de la Iglesia, entonces se comprende bien por qué la Iglesia atribuye una *especial importancia al período de la juventud* como una etapa clave de la vida de cada hombre” (*Carta a los jóvenes [=CartJ]*, 1)⁶⁷. La juventud es la etapa privilegiada de la vida para descubrir que sólo Dios es bueno (*CartJ* 4), y que es gracias a su amor que el hombre puede vivir de acuerdo a la lógica del don.

‘Jesús poniendo en él los ojos, le amó’: a partir de esa experiencia gratuita de Dios (*CartJ* 7) que invita a vivir en la lógica del don, el joven está llamado a realizar un proyecto de vida que responda a su original vocación cristiana (*CartJ* 9).

c) Otro camino decisivo para la Iglesia es **la mujer**⁶⁸. Dedicó dos documentos a verla como camino de la Iglesia, dado que es “un signo de los tiempos” (*MD* 1).

“Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer’ (...). Este acontecimiento nos lleva al punto clave en la historia del hombre en la tierra, entendida como historia de la salvación. Es significativo que el Apóstol no llama a la Madre de Cristo con el nombre propio de ‘María’, sino que la llama ‘mujer’, lo cual establece una concordancia con las palabras del Protoevangelio en el Libro del Génesis (cf 3,15)” (*MD* 3).

“De esta manera ‘la plenitud de los tiempos’ manifiesta la dignidad extraordinaria de la ‘mujer’. Esta dignidad consiste, por una parte en la elevación sobrenatural a la unión con Dios en Jesucristo, que determina la finalidad tan profunda de la existencia de cada hombre tanto sobre la tierra como en la eternidad” (*MD* 4).

El Papa recuerda que la mujer recibió no solo *con* sino también *junto* al varón la misma dignidad en el acto creacional (*MD* 7). Se detiene en las muchas mujeres con que Jesús se relaciona en los evangelios y agradece lo que cada una de ellas es:

“Te doy gracias, mujer, ¡por el hecho mismo de ser mujer! Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas” (*Carta a las mujeres [=CartM]*, 2).

⁶⁷ Cf *CL* 46; *PDV* 8-9; *EIAf* 115; *EIAm* 46. Ver influjo de los salesianos, *DyM* pp.31-32, y la vinculación pastoral del Papa con los jóvenes (*ib.*, 72). Expresión de esta prioridad pastoral a lo largo de su ministerio petrino son las *jornadas mundiales de jóvenes* que JP ha ido realizando cada dos años.

⁶⁸ Cf *FC* 22-24; *CL* 49-52; *VC* 57; *EIAm* 49.

d) JP no deja de hacer referencia en sendas cartas a quienes encarnan en sus personas el comienzo y el ocaso de la vida humana: **los niños y los ancianos**⁶⁹. Son también ellos camino de la Iglesia. De estos últimos dice:

“Los ancianos ayudan a ver los acontecimientos terrenos con más sabiduría, porque las vicisitudes de la vida los han hecho expertos y maduros. Son depositarios de la memoria colectiva y, por eso, intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social. Excluirlos es como rechazar el pasado, en el cual hunde sus raíces el presente, en nombre de una modernidad sin memoria. Los ancianos, gracias a su madura experiencia, están en condiciones de ofrecer a los jóvenes consejos y enseñanzas valiosas” (*Carta a los ancianos [=CartA]*, 10).

e) Pero el camino por excelencia de la Iglesia es el de **los que sufren**⁷⁰:

“*El hombre sufre de modos diversos*. El sufrimiento es algo todavía más amplio que la enfermedad, más complejo y a la vez aún más profundamente enraizado en la humanidad misma” (*Salvifici doloris [=SD]*, 5).

“Cristo se acercó incesantemente al mundo del sufrimiento humano. Sobre todo por el hecho de haber asumido este sufrimiento en sí mismo” (*SD* 16). Simultáneamente le dio un valor salvífico uniéndolo al amor (*SD* 18) y dejándolo abierto a ulteriores participaciones por parte de los hombres:

“*La redención obrada en virtud del amor satisfactorio, permanece constantemente abierta a todo amor que se expresa en el sufrimiento humano*. El misterio de la Iglesia indica aquél espacio, en el que los sufrimientos humanos completan los de Cristo” (*SD* 24).

Por último, “el sentido salvífico del sufrimiento no se identifica de ningún modo con una actitud de pasividad” (*SD* 30). La parábola del buen samaritano inspira –a respecto- el camino de compasión que debe recorrer la Iglesia para que en Cristo se ilumine “‘el enigma del dolor y de la muerte’ (*GS* 22)” (*SD* 31).

3. La comunión de la Iglesia en la diversidad de vocaciones y ministerios

Voy a detenerme ahora en el núcleo eclesiológico del magisterio de JP. Éste se desarrolla en la línea de la teología conciliar de la Iglesia-comunión⁷¹, particularmente en las tres exhortaciones apostólicas postsinodales dedicadas a las modalidades vocacionales más expresivas del ser de la Iglesia.

Christifideles laici [=CL] (1989) es el texto donde JP desarrolla más amplia y sistemáticamente la eclesiología de comunión. El documento tiene como trasfondo bíblico la imagen de la viña (*CL* 2-3). En el contexto de esa imagen describe a la Iglesia como misterio de comunión misionera (cf *CL* 32).

“La Iglesia misma es, por tanto, la viña evangélica. Es *misterio* porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf *Jn* 3,5), llamados a revivir la misma *comunión* de Dios y a manifestarla y comunicarla en la historia (*misión*): ‘Aquel día –dice Jesús- comprenderán que Yo estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes’ (*Jn* 14,20)” (*CL* 8).

⁶⁹ La *CartA* la escribe, de hecho, sintiéndose ‘uno de ellos’ (n°1).

⁷⁰ *DiM* 3.6.8; *CL* 53; *RelAL* 20.

⁷¹ Cf *CL* 19-20; *RH* 20; *DeM* 25-26; *PDV* 12; *VC* 31.41; *EIAM* 32.

a) En ese marco simbólico y eclesiológico define quiénes son **los laicos**⁷², como así también la igual dignidad de todos los miembros del pueblo de Dios:

“Con el nombre de laicos –así los describe la Constitución *Lumen gentium*, 31- se designan (...) los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el Bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde” (CL 9).

“Los fieles laicos ‘viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de las ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de la que su existencia se encuentra como entretejida’ (LG 31). Ellos son personas que viven la vida normal en el mundo, estudian, trabajan, entablan relaciones de amistad, sociales, profesionales, culturales, etc.” (...).

“De este modo, el ‘mundo’ se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo” (CL 15).

La comunión de la Iglesia incorpora en el seno de un mismo Cuerpo una vasta diversidad y complementariedad de vocaciones y ministerios (CL 20-21). Por su carácter secular, la misión específica de los laicos supondrá no sólo el anuncio del Evangelio (CL 33) por todo el mundo (CL 34), sino su vivencia en servicio a la dignidad de la persona humana y a la sociedad (CL 35-36). Exigirá la defensa de la vida como derecho inviolable (CL 38), de la libertad religiosa (CL 39) como así también la promoción de la familia (CL 40).

b) JP se dirige a **los sacerdotes** en *Pastores dabo vobis* [=PDV] (1992) y en las *Cartas de los Jueves Santos*. Además habla de su propia vida sacerdotal en *Don y misterio* [DyM] (1996)⁷³.

Constata esperanzas y dificultades en la aproximación del joven de hoy a la vida sacerdotal (PDV 6-7), lo que exige a respecto un más prolijo discernimiento evangélico (PDV 10). Pero se detiene sobre todo en reflexionar sobre la naturaleza y misión del sacerdocio ministerial en el marco de la eclesiología más arriba expuesta:

“El presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual como, como cabeza y pastor de su pueblo, se configura de un modo especial para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo (...).

“La eclesiología de comunión resulta decisiva para descubrir la identidad del presbítero, su dignidad original, su vocación y su misión en el pueblo de Dios y en el mundo. La referencia a la Iglesia es pues necesaria, aunque no prioritaria, en la definición de la identidad del presbítero” (PDV 12; cf DyM cap.VIII y IX).

Esta peculiar identificación con Cristo lleva al sacerdote a estar al servicio de la Iglesia y del mundo. Haciéndose eco de *Presbiterorum ordinis* 10 afirma que:

⁷² “Son tan numerosos que no es posible citarlos a todos por su nombre, pero los llevo en el corazón, porque cada uno de ellos ha ofrecido su propia aportación a la realización de mi sacerdocio (...). entre ellos había simples obreros, hombres dedicados a la cultura y al arte, grandes científicos” (DyM pp.79-80).

⁷³ Hace particular referencia al presbiterio de Cracovia (pp.78-79) y agradece profundamente a todos aquellos que de algún modo intervinieron y acompañaron su propia vocación sacerdotal (ver, por ejemplo, pp.10-11).

“El sacerdote, en cuanto que representa a Cristo, cabeza, pastor y esposo de la Iglesia, se sitúa no sólo *en la Iglesia*, sino también *al frente de la Iglesia*. El sacerdocio, junto con la palabra de Dios y los signos sacramentales, a cuyo servicio está, pertenece a los elementos constitutivos de la Iglesia. El ministerio del presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia; está para la promoción del ejercicio del sacerdocio común de todo el pueblo de Dios; está ordenado no sólo para la Iglesia particular, sino también para la Iglesia universal (cf *PO 10*)” (*PDV 16*).

De la vocación y misión del presbítero se desprenden las exigencias y talante de su vida espiritual (*PDV 23*); como así también la necesidad de una formación inicial (*PDV 42-69*) y permanente (*PDV 70-74*) acorde a su ser.

c) Por último, el Papa se dirige también a **los consagrados**, particularmente en la exhortación postsinodal *Vita consecrata [=VC]* (1996). La especificidad de este estilo de vida en el marco de la eclesiología de comunión (*VC 30*) se debe buscar:

“En la especial relación que Jesús, en su vida terrena, estableció con algunos de sus discípulos, invitándoles no sólo a acoger el Reino de Dios en la propia vida, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su *forma de vida* (...).

“Este especial ‘seguimiento de Cristo’, en cuyo origen está siempre la iniciativa del Padre, tiene pues una connotación esencialmente cristológica y pneumatológica, manifestando así de modo particularmente vivo el carácter *trinitario* de la vida cristiana, de la que anticipa de alguna manera la realización *escatológica* a la que tiende toda la Iglesia” (*VC 13*; cf *Redemptionis donum [=RD]*, 8).

Teniendo como trasfondo el relato bíblico de la transfiguración y con el esquema ‘Iglesia misterio – comunión – misión’, habla de la vida consagrada como el estilo de vida que tiene por misión “señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano” (*VC 14*). Así toda ella es una *confessio Trinitatis, signum fraternitatis y servitium caritatis*.

En América Latina en particular, y en vísperas de la *celebración del Vº Centenario*, JP destaca “la valoración globalmente positiva” de los primeros evangelizadores, en su mayoría miembros de órdenes religiosas⁷⁴, a la par que subraya la necesidad presente de contribuir a la comunión eclesial (II) y al servicio de la nueva evangelización (III).

d) Pero el desarrollo teológico-pastoral de la eclesiología de comunión supone aspectos vinculados no solo con la vida *ad intra* de la Iglesia Católica en la cual ‘subsiste’ la única Iglesia de Cristo, sino también con elementos *ad extra*. Por eso es que en relación a esta inquietud pontificia por desarrollar la eclesiología de comunión hay que incluir también su **preocupación ecuménica**. En *Ut unum sint [=UUS]* (1995) JP dice que:

“Además de las divergencias doctrinales que hay que resolver, los cristianos no pueden minusvalorar el peso de las *incomprensiones ancestrales* que han heredado del pasado, de los *malentendidos* y *prejuicios* de los unos contra los otros. No pocas veces, además, *la inercia*, *la indiferencia* y un *insuficiente conocimiento recíproco* agravan estas situaciones. Por este

⁷⁴ *Carta a los religiosos y religiosas de América Latina [=RelAL]* (1990), 5

motivo, el compromiso ecuménico debe basarse en la conversión de los corazones y en la oración, lo cual llevará incluso a la *necesaria purificación de la memoria histórica*. Con la gracia del Espíritu Santo, los discípulos del Señor, animados por el amor, por la fuerza de la verdad y por la voluntad sincera de perdonarse mutuamente y reconciliarse, están llamados a *reconsiderar juntos su doloroso pasado* y las heridas que desgraciadamente éste sigue produciendo también hoy. Están invitados por la energía siempre nueva del Evangelio a reconocer juntos con sincera y total objetividad los errores cometidos y los factores contingentes que intervinieron en el origen de sus lamentables separaciones. Es necesaria *una sosegada y limpia mirada de verdad*, vivificada por la misericordia divina, capaz de liberar los espíritus y suscitar en cada uno una renovada disponibilidad, precisamente para anunciar el Evangelio a los hombres de todo pueblo y nación” (UUS 2).

JP reconoce como frutos del diálogo la fraternidad reencontrada (UUS 41-42), la solidaridad al servicio de la humanidad (UUS 43), las convergencias en la palabra de Dios y el culto divino (UUS 44-46), el aprecio de los bienes presentes en los otros cristianos (UUS 47-48), el crecimiento de la comunión (UUS 49), la reanudación de contactos (UUS 52), el diálogo y las relaciones eclesiales con las Iglesias de Oriente y Occidente (UUS 50-71), y las colaboraciones realizadas (UUS 74-76).

Simultáneamente propone medios para seguir recorriendo el camino hacia la plena unidad (III), entre los que subraya el continuar intensificando el diálogo (UUS 77-79), dar acogida a los resultados alcanzados (UUS 80-81), y continuar con el ecumenismo espiritual y el testimonio de santidad (UUS 82-85).

e) Por último, y como articulando la *communio* con la *diakonia*, no podemos dejar de incluir la figura de **María**. JP la presenta como ‘peregrina en la fe’, vinculada al Hijo desde la anunciación (RMa 13) como imagen viva de la Iglesia Esposa y Madre⁷⁵. De este modo, el camino de fe de ella – al que se une el de José (cf *Redemptoris custos* [=Rcu], 17)- precede al de la Iglesia, llamada a hacerlo en fidelidad al hombre ‘concreto, histórico y real’ (cf RH 13; RMa 35).

“La Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles, se hace plenamente consciente de estas grandes obras de Dios *el día de Pentecostés* (...) (Hch 2,4). Desde aquel momento *inicia* también aquel camino de fe, *la peregrinación de la Iglesia* a través de la historia de los hombres y de los pueblos. Se sabe que al comienzo de este camino está presente María, que vemos en medio de los apóstoles en el cenáculo ‘implorando con sus ruegos el don del Espíritu’ (...).

“El camino de fe de María, a la que vemos orando en el cenáculo, es ‘más largo’ que el de los demás reunidos allí: María les ‘precede’, ‘marcha delante de’ ellos. *El momento de Pentecostés* en Jerusalén ha sido preparado, además de la cruz, por el *momento de la anunciación* en Nazaret” (RMa 26).

4. La misión de la Iglesia como servicio al hombre en su encuentro con Jesucristo

La **Iglesia** comunión, nacida en Cristo del misterio trinitario, se hace **misionera** en la medida que promueve el encuentro de cada hombre con la persona de Jesucristo (RMi 4; cf 2). Esta convicción que hace a la *diakonia* eclesial encuentra efectivamente su eje vertebrador en la

⁷⁵ Cf RH 22; DiM 9; DeV 66; RMa 38; MD 3-4.26; CartM 10-11; VC 28. Sobre la ‘trayectoria mariana’ de JP, ver DyM pp.37-39.

Redemptoris missio [=RMI] (1991), construida a partir de la sugestiva estructura de la *Evangelii nuntiandi* (1975) de Pablo VI, y en continuidad con el decreto conciliar *Ad gentes*.

Así, “la salvación consiste en creer y acoger el misterio del Padre y de su amor que se manifiesta y se da en Jesús mediante el Espíritu” (RMI 12); y en el proyecto del Reino está destinada a todos los hombres (RMI 14). La Iglesia es portadora de esa salvación, ya que fue el mismo Jesús quien envió a sus discípulos a **anunciar** el Evangelio “hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8) (cf RMI 22-23). Esta misión es constantemente animada por el Espíritu Santo:

“La misión de la Iglesia, al igual que la de Jesús, es obra de Dios o, como dice a menudo Lucas, obra del Espíritu. Después de la resurrección y ascensión de Jesús, los Apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés. La venida del Espíritu Santo los convierte en *testigos o profetas* (cf Hch 1,8; 2,17-18), infundiéndoles una serena audacia que les impulsa a transmitir a los demás su experiencia de Jesús y la esperanza que los anima. El Espíritu les da la capacidad de testimoniar a Jesús con ‘toda libertad’” (RMI 24).

Es ese Espíritu el que invita también hoy a discernir los nuevos e “inmensos horizontes de la misión (‘ad gentes’)” (RMI IV), siendo el primero “el mundo de la comunicación, que está unificando a la humanidad y transformándola en una ‘aldea global’” (RMI 37).

A su vez, un desafío al que hoy la Iglesia es particularmente sensible es el de la inculturación (RMI 52-54), el cual está vinculado al diálogo interreligioso (RMI 55-57). JP se detiene en el análisis de un ejemplo concreto de ésta en *Slavorum Apostoli* [=SA] (1985), donde analiza la acción misionera de Cirilo y Metodo en Europa oriental (SA 4-7).

Por último, en el contexto de la evangelización y vinculada al anuncio de Jesucristo, está toda la labor de profundización en la fe que el Papa desarrolla en las *catequesis de los miércoles* y particularmente en *Catechesi tradendae* [=CT] (1979):

“La finalidad de la catequesis, en el conjunto de la evangelización, es la de ser un período de enseñanza y de madurez, es decir, el tiempo en que el cristiano, habiendo aceptado por la fe la persona de Jesucristo como el solo Señor y habiéndole prestado una adhesión global con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su ‘misterio’, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle” (CT 20).

El contenido de la catequesis se condensa en el ‘Credo’ (CT 28), tiene por destinatario a todo el pueblo de Dios (CT 36-45), supone diversidad de métodos y medios (CT 46-55), y concierne a todos los miembros e instituciones de la Iglesia (CT 63-71).

a. Iglesia ‘en’

La acción misionera de la Iglesia supone la progresiva maduración de **Iglesias regionales** con rasgos característicos propios. Esto lo expresa JP en la convocación de *Sínodos continentales* en vista al Jubileo: para África (1996), para América y Oceanía (1998), y para Europa y Asia (1999). A su vez, las ‘proposiciones’ de los mismos los recoge en las exhortaciones postsinodales que muestran una Iglesia cada vez más arraigada más allá del ‘viejo mundo’. Y esto porque “el universalismo no es uniformidad, sino más bien comunión en la diversidad compatible con el Evangelio” (*Ecclesia in Africa* [=EIAf], 20; cf 59). Cada Iglesia regional tiene, en efecto, su realidad socio-cultural y sus

preocupaciones prioritarias; si bien en muchos casos puede llegarse a encontrar comunes denominadores.

i) En **África**, por ejemplo, se destacan como preocupaciones prioritarias:

“La pobreza creciente, la urbanización, la deuda externa, el comercio de armas, el problema de los refugiados y de los prófugos, los problemas demográficos y las amenazas que pesan sobre la familia, la emancipación de las mujeres, la propagación del sida, la existencia en algunos lugares de la práctica de la esclavitud, el etnocentrismo y la oposición tribal, forman parte de los desafíos examinados por el Sínodo” (*EIAf* 51).

Una de las causas más significativas de esta situación radica en:

“El comportamiento deshonesto de algunos gobernantes corruptos que, en complicidad con intereses privados locales o extranjeros, derrochan en provecho propio los recursos nacionales, transfiriendo dinero público a cuentas privadas en bancos extranjeros. Se trata de verdaderos y auténticos robos, sea cual fuere la cobertura legal. [Se propone que se dispongan] los medios jurídicos adecuados para hacer volver los capitales indebidamente sustraídos” (*EIAf* 113).

ii) En **América** uno de los fenómenos que más ha incidido en los últimos tiempos es el de la globalización (*EIAM* 20), vinculado a la urbanización creciente. El mismo merece un cuidadoso discernimiento:

“Una característica del mundo actual es la tendencia a la globalización, fenómeno que, aún no siendo exclusivamente americano, es más perceptible y tiene mayores repercusiones en América (...).

“Desde el punto de vista ético, puede tener una valoración positiva o negativa. En realidad, hay una globalización económica que trae consigo ciertas consecuencias positivas, como el fomento de la eficiencia y el incremento de la producción, y que, con el desarrollo de las relaciones entre los diversos países en lo económico puede fortalecer el proceso de unidad de los pueblos y realizar mejor el servicio a la familia humana. Sin embargo, si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas. Tales son, por ejemplo, la atribución de un valor absoluto a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, el aumento de las diferencias entre ricos y pobres, y la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada” (*EIAM* 20).

Además, el documento señala como factores negativos de la actual realidad del continente el peso de la deuda externa (*EIAM* 22), la corrupción (*EIAM* 23) y el comercio y consumo de drogas (*EIAM* 24). Todo esto invita a un urgente ‘camino de conversión’ (*EIAM* 26).

Es interesante destacar que *Ecclesia in America* presenta –en la línea de la eclesiología desarrollada en 3- a Jesucristo como ‘camino de comunión’ (*EIAM* 33-51), y también –interesante en el presente punto- como ‘camino de solidaridad’ (*EIAM* 52).

Esta solidaridad que debe globalizarse (*EIAM* 56) invita a la Iglesia –inspirándose en su doctrina social (*EIAM* 53-54)- a promover los derechos humanos de todos los hombres (*EIAM* 57), pero particularmente los de los pobres y marginados (*EIAM* 58).

iii) En **Asia** uno de los puntos de referencia obligados para la Iglesia es el del reconocimiento de la rica tradición cultural y religiosa:

“Lo que más impresiona del continente es la variedad de sus poblaciones, heredadas de antiguas culturas, religiones y tradiciones. (...) Asia es también la cuna de las mayores religiones del mundo, como el judaísmo, el cristianismo, el islamismo y el hinduismo. Es el lugar de nacimiento de muchas otras tradiciones espirituales, como el budismo, el taoísmo, el confucianismo, el zoroastrismo, el jainismo, el sijismo y el shintoísmo” (*EIAs* 6).

En este contexto,

“La contribución específica de la Iglesia a los pueblos del continente es la proclamación de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el único Salvador de todos los pueblos (...). La fe de la Iglesia en Jesucristo es un don recibido y un don que ha de compartirse; es el don mayor que la Iglesia puede ofrecer a Asia” (*EIAs* 10).

Vinculado a este anuncio estará, pues, el desafío de la inculturación (*EIAs* 21-22) y el diálogo ecuménico (*EIAs* 30) e interreligioso (*EIAs* 31). Como en África y en América aparece también la referencia concreta a la doctrina social de la Iglesia (*EIA* 32), a la defensa de la dignidad de la persona humana (*EIAs* 33) y al amor preferencial por los pobres (*EIAs* 34).

Respecto a lo esbozado sobre los *Sínodos continentales* cabe destacar el talante precursor que a respecto tuvieron las **Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano**. A JP le tocó convocar la tercera y cuarta: *Puebla* (1978), centrándola prevalentemente en torno a la ‘verdad sobre Jesucristo, el hombre y la Iglesia’; y *Santo Domingo* (1992), en referencia a la ‘nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana’.

b. Ámbitos concretos de servicio al hombre

A lo largo de su magisterio, descubrimos en JP algunos ámbitos concretos y recurrentes de servicio al hombre.

i) El primero de ellos se refiere a la **cuestión social**. La plantea ya en *RH*, y la aborda en relación a la **dignidad del trabajo** en *Laborem exercens [=LE]* (1981)⁷⁶. El Papa sostiene que el trabajo es la clave de la cuestión social (*LE* 3). Distingue los planos objetivo o técnico del trabajo (*LE* 5) y el subjetivo:

“El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. A esto va unida inmediatamente una consecuencia muy importante de naturaleza ética: es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo; pero, ante todo, el trabajo está ‘en función del hombre’ y no el hombre ‘en función del trabajo’. Con esta conclusión se llega justamente a reconocer la preeminencia del significado subjetivo del trabajo sobre el significado objetivo” (*LE* 6).

Así, JP inserta el trabajo en el contexto más amplio de los derechos humanos (*LE* 16). De ahí que uno de los problemas más acuciantes de nuestro tiempo sea el del desempleo estructural, en cuya superación es preciso involucrar también al llamado ‘empresario indirecto’; es decir, al “conjunto de instancias a escala nacional e internacional responsables de todo el ordenamiento de la política laboral” (*LE* 18)..

⁷⁶ JP describe su experiencia de trabajo en las canteras junto a los obreros polacos (*DyM* pp.12-16, 30-31).

En continuidad con la *Populorum progressio* (1967) de Pablo VI, y junto a la ‘constatación desconcertante’ de un super desarrollo a la par de sectores sumidos en la miseria, *Sollicitudo rei socialis* [=SRS] (1988) JP también analiza la **índole del verdadero desarrollo** (SRS 28):

“No sería verdaderamente *digno del hombre* un tipo de desarrollo que no respetara ni promoviera los *derechos humanos*, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los *derechos de las naciones y de los pueblos*” (SRS 33).

Por ello indica que es preciso “un cambio en las actitudes espirituales que definen las relaciones de cada hombre consigo mismo, con el prójimo, con las comunidades humanas (...), y ello en función de unos valores superiores, como el bien común, o el pleno desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres” (SRS 38). JP habla así de ‘solidaridad’, no como “un sentimiento superficial por los males de tantas personas”, sino más bien como “la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno” (*ib.*). Así,

“La preocupación acuciante por los pobres (...) debe traducirse, en todos los niveles, en acciones concretas hasta alcanzar decididamente algunas reformas necesarias” (SRS 43).

JP habla en concreto de las referentes a los sistemas monetario, financiero y de comercio internacionales, como así también al mismo ordenamiento mundial; sabiendo que los principales agentes de estas reformas tienen que ser las mismas naciones en vía de desarrollo (*ib.*).

En *Centessimus annus* [=CA] (1991), JP propone una **relectura de la *Rerum Novarum***. Con ocasión del centenario de la encíclica leoniana se le ofrece la oportunidad de tratar –a la luz de las ‘cosas nuevas’ de hoy- temas como los principios de subsidiariedad y solidaridad, y rol del Estado en la vida social (CA 16); propiedad privada y destino universal de los bienes; desarrollo de personas y pueblos actualmente excluidos de toda posibilidad de crecimiento (CA 33).

Al analizar los acontecimientos de 1989 –particularmente, la *caída del muro de Berlín*- celebra la agudeza profética de León XIII que ya había advertido acerca de la inviabilidad de un sistema político-ideológico no centrado en el hombre. Simultáneamente sostiene –de cara al ‘capitalismo salvaje’- que “la libertad económica es solamente un elemento de la libertad humana” (CA 39), y que ésta sólo se ve salvaguardada por “la obediencia a la verdad sobre Dios y sobre el hombre” (CA 41).

En la sexta parte del documento vuelve a insistir en que en estas intervenciones magisteriales vinculadas a la doctrina social (CA 54) la “única finalidad [de la Iglesia] ha sido la atención y la responsabilidad hacia el hombre, confiada a ella por Cristo mismo”. Y aclara en la línea de RH 13 que:

“No se trata del hombre abstracto, sino del hombre real, concreto e histórico: se trata de cada hombre, porque a cada uno llega el misterio de la redención, y con cada uno se ha unido Cristo para siempre a través de este misterio” (CA 53).

ii) Otra preocupación constante a la vez que polémica de JP es el tema de **la verdad**. Frente a los vertiginosos cambios del mundo actual, cuando la gran tentación puede ser la actitud relativista o subjetivista, la Iglesia tiene la misión de custodiar la objetividad del mensaje revelado⁷⁷.

En *Veritatis Splendor* [=VS] (1993), el Papa desarrolla aspectos prevalentemente dogmáticos y morales referentes a la verdad. Afirma tajantemente que el ‘esplendor de la verdad’ brilla en la

⁷⁷ Cf DIP I,4-5.8-9; RH 12.19; DiM 11-12; FC 6-7.28-35; VS 2; VC 88.91-92; FR 2.

misma creación, pero que resplandece plenamente en Jesucristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre y que guía a la Iglesia (VS 1-3). En un tono que no deja de ser controvertido insiste en que:

“Hoy se hace necesario reflexionar sobre el *conjunto de la enseñanza moral de la Iglesia*, con el fin preciso de recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas. En efecto, ha venido a crearse *una nueva situación dentro de la misma comunidad cristiana*, en la que se difunden muchas dudas y objeciones de orden humano y psicológico, social y cultural, religioso e incluso específicamente teológico, sobre las enseñanzas morales de la Iglesia. Ya no se trata de contestaciones parciales y ocasionales, sino que, partiendo de determinadas concepciones antropológicas y éticas, se pone en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral” (VS 4).

En torno al pasaje bíblico del joven rico, JP muestra la necesidad que todo hombre tiene de encontrarse con la verdad absoluta sobre el bien moral, que no puede dejar de estar referido a Dios, y al que sólo responde en plenitud la persona de Jesucristo. Misión de la Iglesia –una vez más- es propiciar este encuentro (VS 8-9).

A continuación el Papa hace un discernimiento de algunas tendencias de la teología moral actual (VS 32ss), recordando que la moralidad de los actos depende “fundamentalmente del objeto elegido por la voluntad deliberada (*Santo Tomás de Aquino*)” (VS 78).

Con *Fides et ratio* [=FR] (1998) el Pontífice aborda la cuestión desde una perspectiva especulativa que linda entre lo filosófico y teológico. Afirma, por una parte, que “cada pueblo posee una sabiduría originaria y autóctona que tiende a expresarse y a madurar incluso en formas puramente filosóficas” (FR 3); y por otra, que “el conocimiento que la Iglesia propone al hombre no proviene de su propia especulación, sino del hecho de haber acogido en la fe la palabra de Dios” (FR 7). Pero a la vez sostiene que “hay una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la razón y el de la fe” (FR 16).

En torno al diálogo entre fe y razón hay una larga historia (FR 38-55), con síntesis a veces más logradas (FR 38-43) y otras veces menos (FR 54-55). En vista a las dificultades contemporáneas, JP subraya la necesidad de que la filosofía “encuentre de nuevo su dimensión sapiencial” (FR 83); y de que la teología renueve “las propias metodologías para un servicio más eficaz a la evangelización”, y mire “hacia la verdad última que recibe con la Revelación, sin darse por satisfecha con las fases intermedias” (FR 92).

iii) La tercera preocupación que manifiesta el Pontífice está referida a **la vida**, y queda condensada en *Evangelium vitae* [=EV] (1995). En este documento JP comienza por señalar las amenazas que actualmente se ciernen sobre la vida humana y el “no menos grave y preocupante fenómeno” del relativismo de la conciencia humana respecto a esa misma vida (EV 3). Para su exposición se apoya en la descripción bíblica de Caín y Abel (EV 10-18), y menciona entre otras amenazas la del aborto y la anticoncepción (EV 13), las técnicas de reproducción artificial y diagnósticos prenatales utilizados para eliminar vida inocente (EV 14), la eutanasia (EV 15) y la planificación demográfica (EV 16).

Frente a estas situaciones de muerte, JP desarrolla el mensaje cristiano sobre la vida a partir de numerosas referencias bíblicas (EV 55-73); y lo hace en particular respecto al aborto (EV 58) y la eutanasia (EV 64), crímenes que ninguna ley puede legitimar (EV 64-74).

Concluye exhortando a la Iglesia, pueblo de la vida y para la vida (EV 78-79), a que anuncie, sirva y celebre el *Evangelio de la vida* (EV 80-91). Cultivado en la familia ‘santuario de la vida’ (EV 92-94), está llamado a hacerse cultura (EV 95-100) en la ‘ciudad de los hombres’ (EV 101).

5. El horizonte celebrativo del gran Jubileo del 2000

a) Si el Concilio Vaticano II –en línea de continuidad con Juan XXIII y Pablo VI– fue el término *a quo* del magisterio teológico-pastoral de JP (cf VQA 2; TMA 18), creo que no cabe duda que su horizonte *ad quem* es el **Jubileo**. Lo atestiguan las numerosas referencias al mismo a lo largo de los documentos⁷⁸.

“El pensamiento y el corazón de la Iglesia se dirigen al Espíritu Santo al final del siglo veinte y en la perspectiva del tercer milenio de la venida de Jesucristo al mundo, mientras miramos al gran Jubileo con el que la Iglesia celebrará este acontecimiento (...).

“Hay que tener presente que para nosotros los cristianos, este acontecimiento significa, según el Apóstol, la ‘plenitud de los tiempos’ (Gal 4,4), porque a través de ellos Dios mismo, con su ‘medida’, penetró completamente en la historia del hombre: es una presencia trascendente en el ‘ahora’ (‘nunc’) eterno (...) (DeV 49).

“El ‘Primogénito de toda la creación’ (Col 1,15) al encarnarse en la humanidad individual de Cristo, se une en cierto modo a toda la realidad del hombre, el cual es también ‘carne’, y en ella a toda ‘carne’ y a toda la creación” (DeV 50).

i) El tema se desarrolla especialmente en *Tertio millennio adveniente* [=TMA] (1994), donde a la par que se ilumina el sentido de ‘este año de gracia’ desde las fuentes teológico-bíblicas (TMA 9-16), se traza un plan pastoral preparatorio al mismo para toda la Iglesia (TMA 17-55). En su etapa inmediata se programa una trilogía de años dedicados a Jesucristo (1997), al Espíritu Santo (1998) y a Dios Padre (1999); la cual prelude la ‘fase celebrativa’ cuyo “objetivo será la glorificación de la Trinidad”:

“Un capítulo particular es la *celebración misma del Gran Jubileo*, que tendrá lugar simultáneamente en Tierra Santa, en Roma y en las Iglesias locales del mundo entero. Sobre todo en esta fase, la *fase celebrativa*, el objetivo será la *glorificación de la Trinidad*, de la que todo procede, y a la que todo se dirige, en el mundo y en la historia. A este misterio miran los tres años de preparación inmediata: desde Cristo y por Cristo, en el Espíritu Santo, al Padre. En este sentido la celebración jubilar actualiza y al mismo tiempo anticipa la meta y el cumplimiento de la vida del cristiano y de la Iglesia en Dios uno y trino” (TMA 55; cf IM 3).

ii) En vísperas del año jubilar, el Pontífice proclama la Bula *Incarnationis mysterium* [=IM] (1998), con la cual busca centrar la atención en los diferentes aspectos del gran jubileo. Señala su impronta trinitaria a partir del misterio de la encarnación (IM 3), el carácter ecuménico (IM 4), su invitación a la plena conversión y reconciliación (IM 6 y 11), los signos de la *peregrinación* (IM 7) y la *puerta santa* (IM 8), el don de las indulgencias (IM 9), la renovación de la caridad y la solidaridad (IM 12), y la memoria de los mártires (IM 13) y de la Virgen María (IM 14).

b) En el itinerario al jubileo varios documentos jalonan la **vertiente litúrgico-celebrativa** de su preparación.

⁷⁸ Cf RH 1; DeV 49-66; UUS 1.100; TMA 9; IM 1; DD 74.

i) Merece inicial consideración la *Vicesimus quintus annus* [=VQA] (1989), ya que hace un balance general de la **renovación litúrgica postconciliar**, a los veinticinco años de la *Sacrosanctum Concilium*. Después de analizar los principios directivos de la constitución –actualización del misterio pascual (VQA 6), presencia de la Palabra de Dios (VQA 8) y automanifestación de la Iglesia (VQA)- se detiene a considerar las orientaciones para seguir dirigiendo la renovación de la vida litúrgica (VQA 10), destacando dificultades (VQA 11), resultados positivos (VQA 12) y aplicaciones erróneas (VQA 13) que se han dado. Simultáneamente insiste –de cara al futuro- en la importancia de la formación bíblica y litúrgica, en la necesidad de la adaptación de esta última, de prestar atención a los nuevos problemas, y de vincular liturgia y piedad popular (VQA 14).

ii) Más en particular caben destacar los textos sacramentales, especialmente los que tienen referencia eucarística y –subordinados a ella- los que presentan connotaciones penitenciales.

En *Dies Domini* [=DD] (1998) se dice que

“En la experiencia cristiana, el domingo es ante todo una fiesta pascual, iluminada totalmente por la gloria de Cristo resucitado. Es la celebración de la ‘nueva creación’” (DD 8).

Con su antecedente inmediato en el ‘*shabbat*’ que recordaba el gozoso descanso del Creador (DD 11), el domingo conmemora la resurrección del Señor y el don del Espíritu (DD 20). Así, el ‘día de Cristo’ primer día de la semana (DD 21) –día de la nueva creación (DD 24)- es también el octavo día, figura de la eternidad (DD 26). Es el ‘día de la Iglesia’, ya que en él se reúne la asamblea eucarística en torno a Jesucristo Resucitado (DD 31) y se renueva el fundamento de su unidad (DD 37) en torno a la doble mesa de la Palabra y el Cuerpo de Cristo (DD 39). En la celebración eucarística del domingo se renueva también la fraternidad (DD 44) y se promueve la misión (DD 45)⁷⁹.

El domingo es también –por último- ‘día del hombre’, ya que en él éste está llamado a gozar de la gratuidad de su existencia filial de nueva creatura en el descanso y la solidaridad (DD 57-73). Así, el domingo se revela como ‘día de los días’, como la fiesta primordial reveladora del sentido del tiempo (DD 74-75).

iii) La exhortación apostólica *Reconciliatio et poenitentiae* [=RP] (1984), por su parte, había notado la “nostalgia de **reconciliación**” en “un mundo en pedazos” (*Proemio*). Teniendo como trasfondo bíblico la parábola del padre misericordioso, destacaba que “la reconciliación es un don de Dios, una iniciativa suya; que se concreta en el acto redentor de Cristo, en el misterio pascual de su muerte y resurrección” (RP 7). A su vez, esta reconciliación pone de manifiesto que “el amor es más grande que el pecado” (*ib.*).

En efecto, si el pecado es el drama fundamental del hombre (RP 13) que por exclusión y ruptura con Dios (RP 14) “desemboca dramáticamente en la división entre los hermanos” (RP 15) con graves consecuencias sociales (RP 16), el documento destacaba que “el misterio de la infinita piedad de Dios hacia nosotros es capaz de penetrar hasta las raíces más escondidas de nuestra iniquidad” (RP 21), y de abrir “la inteligencia humana a la conversión y reconciliación”, posibilitando “una vida reconciliada” (RP 22). Es en este contexto que se desarrolla, pues, la pastoral de la penitencia y la reconciliación (RP 23-34).

⁷⁹ Ya el Papa se había referido en términos análogos en una carta a todos los obispos acerca del *Misterio y culto de la Eucaristía* (1980), 6.

Estos **aspectos penitenciales** vinculados a la reconciliación fueron expresados por parte de la Iglesia en forma pública durante el jubileo, cuando JP hizo una histórica *confesión de las culpas y petición de perdón*⁸⁰ por los pecados cometidos por los hijos de la Iglesia contra el servicio de la verdad y la unidad del Cuerpo de Cristo; en relación a Israel, y por las culpas contra el amor, la paz, los derechos de los pueblos, el respeto de las culturas y de las religiones; contra la dignidad de la mujer y la unidad del género humano, y por los pecados en el campo de los derechos fundamentales de la persona.

Conclusión

Tenemos que ‘concluir empezando’, como lo va haciendo JP en su magisterio. Recientemente, en efecto, promulgó la *Novo millennio ineunte* [=NMI] (2001) que, recogiendo la **herencia del jubileo**, busca plasmar el espíritu con que él quiere que la Iglesia comience el nuevo milenio.

“Al comienzo del nuevo milenio, mientras se cierra el gran jubileo en el que hemos celebrado los dos mil años del nacimiento de Jesús y se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino, resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a ‘navegar mar adentro’ y echar las redes: ‘*Duc in altum*’ (Lc 5,4) (...).

“¡*Duc in altum!* Estas palabras resuenan también hoy para nosotros y nos invitan a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: ‘Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será para siempre’ (Heb 13,8)” (NMI 1).

En realidad, la herencia del jubileo es la propia herencia de JP. Él la resumirá sobre todo como **encuentro con Cristo** en la plenitud de los tiempos por la encarnación del Hijo de Dios (NMI 5) a través de las diferentes actividades jubilares (NMI 6-14):

“Si quisiéramos individualizar el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja, no dudaríamos en concretarlo en la *contemplación del rostro de Cristo*: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino” (NMI 15).

Este encuentro marca simultáneamente el **camino** que la **Iglesia** –con espíritu orante y contemplativo- deberá emprender en el **tercer milenio** de la fe⁸¹:

“Ahora tenemos que mirar hacia delante, debemos ‘remar mar adentro’, confiando en la palabra de Cristo: ¡*Duc in altum!*” (ib).

De ahí que en la segunda parte del documento JP insista en la contemplación del rostro de Cristo, al cual se accede por los Evangelios y –mediante un camino de fe- se internaliza ‘doliente’ y ‘resucitado’ en el misterio pascual. Así, esta contemplación del rostro de Cristo tiene que animar a la Iglesia a caminar desde Él, en Él y con Él en santidad de vida:

“No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar para vivir en él la vida trinitaria y transformar

⁸⁰ Cf L’Osservatore Romano 17/03/00, 8.

⁸¹ Esta vertiente espiritual tal vez la deba JP a su contacto con los padres carmelitas (DyM p.35), que lo pusieron en contacto con San Juan de la Cruz, a quien dedicó su tesis doctoral.

con él la historia, hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celestial. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz” (NMI 29).

El carácter recapitulador de *NMI* me recuerda el más informal estilo (¿magisterial?) de *Cruzando el umbral de la Esperanza [=CUE]* (1994). El libro surgió a partir de unas preguntas que un periodista formuló a JP por escrito después de una frustrada entrevista televisiva y que el Pontífice respondió, pudiendo en aquella ocasión expresar más o menos sintéticamente sus principales esperanzas y preocupaciones como Pastor Universal. Más allá de la variedad de temas allí comentados en tono coloquial –que son los mismos a los que he ido haciendo referencia a lo largo del presente trabajo-, *CUE* trasunta el espíritu creyente y entusiasta, solidario y abierto de una Papa que –cercano a los “gozos y esperanzas, tristezas y angustias” de los hombres y mujeres de nuestro tiempo (GS 1)- repite una y otra vez, como en su primera homilía en San Pedro: “**¡No tengan miedo!**” (cap. 1 y 35).

“*¡No tengan miedo! ¡Abran, abran de par en par las puertas a Cristo! Abran a su potestad salvadora los confines de los Estados, los dilatados campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. ¡No tengan miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Solo Él lo sabe! Tantas veces hoy el hombre no sabe qué lleva dentro, en lo profundo de su alma, de su corazón. Tan a menudo se muestra incierto ante el sentido de su vida sobre esta tierra. Está invadido por la duda que se convierte en desesperación. Permitan, por tanto –les ruego, les imploro con humildad y con confianza- permitan a Cristo que hable al hombre. Solo Él tiene palabras de vida, ¡sí! De vida eterna” (Homilía al inicio del ministerio de Supremo Pastor de la Iglesia, 22/10/78).*

Pbro. Víctor Manuel Fernández

El Evangelio de cada día

Comentario y oración Editorial San Pablo, 512 pags.

Buenos Aires, noviembre de 2000.

Actividad, espiritualidad y descanso Vida armoniosa y unidad interior.

Editorial San Pablo, 198 pags. Madrid, 2001.

Mundanía sacerdotal. Santificarse en la pasión por un mundo. Pastores N° 21, pag. 27
Estimulado por el interés y por ciertas dudas que ha despertado este tema en muchos sacerdotes,⁸² y como complemento de un artículo anterior,⁸³ me parece oportuno explicar sintéticamente una característica distintiva de la espiritualidad del clero diocesano, que podría llamarse “mundanía sacerdotal”. Para mayor claridad, intentando responder a los planteos recibidos, he preferido describirla en quince breves puntos:

Espiritualidad y actividad, en Pastores N° 19, pag. 49

¿Realmente puede vivirse una espiritualidad en la acción? Es indispensable este planteo para que la espiritualidad no sea vivida al margen de la actividad o en conflicto con ella, creando una división interior, una fragmentariedad que no permite que la actividad apostólica sea fuente de gozo y de crecimiento. Y la respuesta es clave para poder entender todo lo que significa “santificarse en el ejercicio del ministerio”.

⁸² A partir de mi libro donde desarrollo más ampliamente este tema: *Actividad, espiritualidad y descanso. Vida armoniosa y unidad interior*, San Pablo, Madrid 2001.

⁸³ *Espiritualidad y actividad*, en Pastores 19, 49-56.

Taller para párrocos. Fechas nuevas para el año 2002

Desde el año 1998 la Comisión Episcopal de Ministerios, a través del Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros, viene organizando estos talleres, en donde con una metodología de intercambio, trabajo personal y en grupo, se busca ofrecer elementos formativos para la gestión de los párrocos en el campo pastoral, jurídico y organizacional. (Para más datos de los Talleres, ver *Pastores* 22, Pág. 63, Diciembre 2001)

Taller I:

La Parroquia desde una **Espiritualidad de Comunión. Gestión organizacional – Autoridad – Trabajo en equipo.** Bases para el trabajo en equipo. Consejos pastorales.

Metodología: A través del método de “taller”, se trata de una semana de capacitación para la conducción a partir de las experiencias compartidas con un facilitador del diálogo para reconocer los desafíos que se nos presentan en la actualidad y proponer caminos de solución.

Taller II:

Este taller consiste en una semana de reflexión personal y grupal a partir de temas y dinámicas orientados a la búsqueda, comprensión y aceptación de uno mismo, con el objetivo de lograr un crecimiento personal, desde las propias posibilidades, fortaleciendo las que tienen que ver con la tarea de ser Pastor en un ámbito concreto como es la Parroquia.

Quienes deseen ampliar esta información o ponerse en contacto con el Secretariado Nacional de FPP pueden dirigirse personalmente o por correo a Suipacha 1034 - 1008 Buenos Aires. Teléfono: (011) 4328.0859 /2015/ 5823/ 0993; fax: (011) 4328.9570

Fechas:**Taller I**

- 8 al 12 de julio, San Juan
- 9 al 13 de septiembre, Pilar (Bs. As.)

Taller II

(Para aquellos que ya hicieron el Taller I)

- 29 de abril al 3 de mayo, Bella Vista (Bs. As.)
- 14 al 18 de octubre, Córdoba

III° Encuentro Nacional de Sacerdotes

Villa Cura Brochero
2-6 de septiembre de 2002

Recordamos la invitación realizada en *Pastores* 22 (Diciembre 2001, pág. 62) para este Encuentro organizado por el Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros.

En este Tercer Encuentro del año 2002, reflexionaremos sobre: “La Espiritualidad del Clero Diocesano”, y será invitado Mons. Juan María Uriarte, Obispo de San Sebastián, España, que entre otras actividades fue Presidente de la Comisión Episcopal del Clero en la Conferencia Episcopal Española.

Para más información comunicarse con:
Pbro. Gustavo Oscar Zanchetta
Secretario Ejecutivo de la CEMIN
Conferencia Episcopal Argentina. Suipacha 1034
C1008AAV Buenos Aires
fax 011-4328-9570 / 4322-4788
e-mail: cura@obisquil.org.ar

*Ponga sobre mi tumba mi nombre.
Y mi apellido: SACERDOTE.
Y nada más.
Porque jamás he sido ni querido ser otra cosa.
Ahora ya sé bien que nada hice que fuera mío.
Que donde yo ponía
pan o vino, o mi cansancio y mis palabras,
Alguien lo convertía en carne y sangre,
cual si también yo mismo estuviera consagrado.
Y que yo no sabría jamás
quien bendecía cuando yo bendecía
y que mi voz también amanecía en otros
aunque era noche en mí.
¡Oh, noche que guiaste cada día mis pasos
y que ahora me sigues sosteniendo en el cansancio,
noche que multiplicas mi diminuto amor,
noche que alumbras mi paso vacilante hasta el final!
Déjame bendecirte con mis manos atadas que te suplican:
Sigue, sigue, río de Dios, lamiendo mis reseca orillas;
sigue tu sosteniendo estos tartamudeos
que nada dicen sino lo que tu dices a través de mis labios asombrados;
sigue, pan, floreciendo entre mis dedos
hasta que un día duerman, por fin mis huesos
mientras tú sigues hablando a mis hermanos
a través de mi última, definitiva, noche.*

José Luis Martín Descalzo

Testimonio

Reportaje a Mons. Maccarone

Obispo de Santiago del Estero

Miembro de la Mesa del Dialogo Argentino

¿Por qué la Iglesia decidió intervenir en la Mesa de Diálogo?

Para responder a esta pregunta, creo que tendríamos que remitirnos a algunas cosas que los obispos comenzamos a decir ya desde el año 2000. En uno de esos documentos, nos preguntábamos ¿quién piensa la Argentina? ¿cómo la pensamos? También, viendo el desajuste que institucionalmente comenzaba a aparecer en el país, decíamos que esto era una crisis inédita, algo nunca antes visto; y frente a esa crisis, los pastores, como ministros de la reconciliación y de la comunión, también teníamos que estar dispuestos a hacer gestos inéditos. Esto es el fondo de reflexión que tenía la Iglesia al momento de ser invitada al Diálogo, un diálogo que comenzó -según la información que tengo- en agosto de 2001. Allí tendría que darse una confluencia en algún interés común para el gobierno, los políticos, sindicalistas, empresarios, y diversos sectores sociales que se acercaron a la Conferencia Episcopal -tomando contacto en el mes de agosto, en oportunidad de la Comisión Permanente- para que la Iglesia convocara o ayudara al diálogo que, según la opinión de quienes se acercaron en esa oportunidad, podría tener el apoyo técnico de las Naciones Unidas, con el Programa para el Desarrollo (PNUD). Esta convocatoria tenía que hacerla el gobierno de aquel entonces y esto se hace recién en diciembre. Ahora, insisto en la actitud recurrente de muchos sectores que acudían a la Conferencia Episcopal a solicitar la intervención de la Iglesia, no fue solamente el gobierno de turno sino también, sectores sociales y diferentes partidos políticos.

En el mes de diciembre se convoca y fracasa, en la reunión llamada "Cáritas 1", al día siguiente de esa reunión cae el gobierno del doctor De la Rúa, la asamblea elige un nuevo presidente, con el cual también se intentó convocar al diálogo. A los pocos días, cae este gobierno y asume el gobierno del doctor Duhalde, elegido por la misma asamblea, y él incluye en su programa de gobierno la continuidad del diálogo, volviendo a convocarlo. La Iglesia acepta, para esta convocatoria, ser el ámbito espiritual en el cual los dialogantes se puedan encontrar. La Comisión Permanente del Episcopado, reunida en enero de 2002, decide participar y allí se eligen a los tres obispos que representarán a la Iglesia en este diálogo, los cuales tendrían que acompañar su gestión con tres laicos. Lo inédito de las circunstancias y del requerimiento reiterado es lo que motivo y ayudó a discernir el compromiso que tenía la Iglesia para con la sociedad, había que servir de una manera nueva, diferente.

¿Cómo vive como obispo-sacerdote su servicio ministerial en esta tarea concreta?

Entiendo que la pastoral es una respuesta a las circunstancias. Sin dudas, hay un mandato evangelizador de Jesucristo, pero se debe servir al hombre concreto, en su circunstancia histórica, en su momento personal y social. Por eso, tratando de ubicarme evangélicamente en este ministerio que la Iglesia nos confió, me pareció que nos puede iluminar la "Parábola del buen samaritano". En ella vemos, frente a la situación de alguien que había sido maltratado, herido y robado, la actitud displicente y no comprometida del sacerdote y del levita que pasaron de largo aún viendo la penuria de este hombre, quizás queriendo conservar la pureza legal; y por otro lado, vemos la actitud del samaritano que lo ve y se conmueve, lo levanta y rectifica su camino para llevar a este hombre a un lugar a donde lo atiendan. Pensaba que en estos gestos de compasión, el hecho de asumir una carga de una manera real, el samaritano hasta se hubiese ensuciado y manchado con sangre para ayudarlo. Este complicarse en una situación ajena, nos permite comprender que también la Iglesia podía

complicarse en esta tarea que asumía participando del diálogo; muchas veces en este tiempo nos dijeron "van a quedar pegados" en situaciones que podrían desprestigiar el ministerio episcopal.

También, vivo esto como un desafío que todo cristiano deber tener, mucho más un obispo, de no pensar en términos de éxito sino de frutos. Un éxito que no se cómo se podría imaginar, y a no temer al fracaso ante un pretendido éxito. Porque entiendo que el fracaso hubiera sido quedar indiferentes y no comprometerse. Pensar en términos de frutos, que la misma experiencia dialogal ha puesto en la vida social argentina, como una etapa superadora del conflicto en su fas primera y extrema, en donde parece que todo tiende a disolverse. Aquellos vínculos sociales débiles o rotos, ahora había que reconstruirlos con el paciente ejercicio del diálogo. Si hay algo que me permite vivir como obispo esta experiencia es pensar que esta manera es una forma de evangelizar con un ejercicio de la caridad concreta. Más allá de lo que durante el diálogo hemos podido decir, rectificar, iluminar, humildemente, a veces, con la sencillez de mostrar a los dialogantes qué es lo obvio, lo urgente, lo necesario, qué es lo más importante, y desde allí construir la utopía de un país mejor, más digno y que sea hogar para todos los que en él habitan.

¿Cuáles serían los aspectos positivos y negativos de la misma, hasta ahora?

Entre los aspectos negativos, podría mencionar esta especie de dualidad de servicio entre atender la iglesia particular y esta misión más general; estos elementos de "complicación" que algunos avizoraban. Y el aspecto positivo, es la posibilidad de cambiar la actitud de "no dialogo" por "diálogo", cambiar el "no renunciar" por "renunciar", cambiar la actitud de "no solidaridad" por "solidaridad". Evidentemente, esto no se consigue en un momento, todo el esfuerzo se ha encaminado hacia acuerdos sectoriales, los que deberán producir legislaciones congruas a las transformaciones que se quieren, se debe pensar estratégicamente el país que se quiere. Tenemos que esperar, exigir, rogar la buena voluntad de los actores para que lo vayan plasmando mediante las medidas de gobiernos que cada uno en su responsabilidad tiene que tomar, la Iglesia no va a reemplazar a ningún sector en la responsabilidad propia, y por eso también, su permanencia no tiene que ser un impedimento para que maduren las instituciones y los agentes sociales que deben asumir la responsabilidad que les compete. Es el aliento, la exhortación para sumir esos roles sociales, lo que aparece como positivo de esta tarea.

¿Qué "mensaje" le daría a los sacerdotes para un servicio pastoral en esta línea concreta?

Les diría con todo cariño y respeto, estar atentos a la realidad, no pensar la misma conforme a esquemas pastorales, que pueden ser bien pensados pero a veces no pueden contener una realidad cambiante. Recuerdo que cuando era superior del seminario, les decía a los futuros sacerdotes que si hay una forma de la caridad pastoral es la "agenda abierta", estar expectante al que viene, al otro, al nuevo, al distinto. Es el primer servicio que se debe prestar si queremos hacer de la historia un lugar en donde crezca la semilla del Reino de Dios. Más allá de todo plan o proyecto que fuese ponderado verdaderamente necesario, sin embargo, hay una realidad cambiante que exige reflejos que nos permitan responder a ella. El camino de atender la realidad concreta pasa por una actitud de docilidad a la realidad que, además, es parte de la virtud de la prudencia. Docilidad que significa humildad, dejarme enseñar por otros y por las cosas; y tener el corazón de Cristo que se conmueve ante la realidad y hace emerger su capacidad salvífica, justamente, por la compasión que la realidad provoca. Creo que esto exige despojo, humildad, docilidad, mucha fortaleza y decisión y, sobre todo, no pensar en términos de éxitos sino de frutos que maduran, generalmente, con más tiempo que los éxitos.